

Cuadernos del Sur

32

N. I. Carrera / M. C. Cotarelo
A. Piva / E. Lucita

Protesta social: viejas y nuevas formas de lucha



Juan Berterrechte

¿Réquiem para el sueño americano?

Alberto Bonnet
**ELECCIONES
2001:
NADIE VOTA
A NADIE**

Rolando Astarita:
**Un análisis
crítico sobre
la tesis de las
ondas largas**



Cuadernos del Sur

Año 17 - Nº 32

Noviembre de 2001

Tierra  fuego
del

Consejo Editorial

Argentina: Eduardo Lucita, Roque Pedace, Alberto Plá, Alberto Bonnet,
Carlos Suárez
Brasil: Enrique Anda, Florestán Fernandes [1920-1995]
Bolivia: Washington Estellano
Chile: Alicia Salomone
Perú: Alberto di Franco
México: Alejandro Dabat, Adolfo Gilly, Alejandro Gálvez C.,
John Holloway
Escocia: Werner Bonefeld
España: Daniel Pereyra
Francia: Hugo Moreno / Michael Löwy
Italia: Guillermo Almeyra
Rusia: Boris Kagarlitsky

El Comité Editorial está compuesto por los miembros del Consejo Editorial residentes en Argentina.

Colectivo de Gestión

Mariano Resels, Gustavo Guevara, Katharina Zinsmeister, Leónidas Cerruti,
Rubén Lozano, Hernán Ouviaña, Juan Grigera

Coordinación artística

Juan Carlos Romero

Composición y Diagramación:

Taller del Sur

Isotipo de tapa:

El grito. Ricardo Roux, 2001

Toda correspondencia deberá
dirigirse a:

Casilla de Correos N° 167, 6-B.

(1406) Buenos Aires, Argentina

Email: cdsel@arnet.com.ar

Cuadernos del Sur, número 31

publicado por:

Editorial Tierra del Fuego

Argentina, noviembre de 2001.



Cuadernos del Sur

incluye los sumarios de sus
ediciones en la base de datos de
Latbook (libros y revistas)

Disponible en Internet
en la siguiente dirección:
<http://www.latbook.com>

Índice

EDITORIAL:	El día que el sólido imperio se desvaneció en el aire.....	5
JUAN BERTERRECHTE:	¿Réquiem para el sueño americano?.....	13
ALBERTO BONNET:	Elecciones 2001: nadie vota a nadie.....	23
	Protesta social: viejas y nuevas formas de lucha	
NICOLÁS IÑIGO CARRERA / MARÍA CELIA COTARELO : ADRIÁN PIVA:	Clase obrera y formas de lucha en la Argentina actual..... “La década perdida”. Tendencias de la conflictividad obrera frente a la ofensiva del capital (1989-2001)....	43 55
EDUARDO LUCITA:	Cortando rutas, abriendo nuevo senderos. Desocupados, ocupados, “piqueteros”, viejas y nuevas formas de lucha.....	79
ROLANDO ASTARITA:	Un análisis crítico sobre la tesis de las ondas largas	95
	Controversias sobre el “Imperio”	
ANTONIO NEGRI:	Imperio: el nuevo lugar de nuestras conquistas.	111
DANIEL BENSAÏD:	Teoremas de la resistencia a los tiempos que corren	129
ALBERTO BONNET:	Imperialismos e imperio (Reseña de Michael Hardt y Antonio Negri: <i>Empire</i> , Cambridge, Harvard University Press, 2000).....	159

El día en que el sólido Imperio se desvaneció en el aire

*La guerra que vendrá
no es la primera. Hubo
otras guerras.*

*Al final de la última
hubo vencedores y vencidos.
Entre los vencidos, el pueblo llano
pasaba hambre. Entre los vencedores
el pueblo llano la pasaba también.*

BERTOLT BRECHT

Los atentados perpetrados en Nueva York y Washington el pasado 11 de septiembre resultaron sin duda alguna un parte aguas en la política internacional de las últimas décadas. El llamado *nuevo orden mundial*, gestado al calor de la caída del muro de Berlín y de los bombardeos generalizados contra el pueblo irakí, quedó enterrado bajo los escombros de las Torres Gemelas y el Pentágono, máximos símbolos del poder económico y militar norteamericano. Debemos remontarnos a los primeros años de la segunda guerra para recordar un hecho de similar envergadura contra los Estados Unidos. Sin embargo, Pearl Harbor era una base naval de la marina, y sus víctimas en su mayoría no eran civiles. La envergadura resulta aún mayor si tenemos en cuenta que el World Trade Center era el epicentro de la especulación financiera mundial, negociándose diariamente en sus oficinas alrededor de 50 billones de dólares, cifra cercana al doble del PBI generado en todo el planeta. De ahí que, parafraseando a los autores del *Manifiesto Comunista*, podemos expresar que la solidez del imperio norteamericano se desvaneció en el aire de la ciudad de Manhattan, junto con el tendal de víctimas dejado por los ataques terroristas.

Frente a este panorama, resulta muy difícil sustraerse a la fascinación que provoca el remitirse al mismo terrorismo practicado por los Estados Unidos desde comienzos de siglo de forma constante y sistemática, para expli-

car –o incluso en algunos casos extremos vanagloriar– los atentados. Sin embargo, querer justificar la masacre de civiles realizada por un grupo de fundamentalistas, basándonos en el historial imperialista norteamericano sería, cuanto menos, hipócrita. Ni la doctrina Monroe y el “Destino Manifiesto”, ni Hiroshima y Nagasaki, ni la guerra de Corea y Vietnam, ni las numerosas incursiones en el Líbano, Irán, Granada, Panamá, Sudán y la ex Yugoslavia, ni las 200.000 toneladas de bombas arrojadas en los últimos diez años sobre el Golfo Pérsico, ni el sin fin de las restantes operaciones militares que ha comandado EE.UU., pueden opacar un hecho tan repudiable y atroz como el de las Torres Gemelas. Ya Marx y Engels, hace más de un siglo y medio, se burlaban de aquellos que, en su afán de “guardarse a la historia en el bolsillo”, intentaban reducir acontecimientos como estos a una mecánica dialéctica del amo y el esclavo. Numerosos intelectuales, en especial en Argentina, han caído nuevamente en esta trampa teórico-política. ¿Tiene sentido discutir si el multimillonario Ben Laden, que luchó durante décadas por extirpar el comunismo de la faz de la tierra, puede ser considerado un revolucionario, luego de planificar el asesinato de miles de civiles indefensos? Creemos que no. Aún así, más allá de las interpretaciones maniqueas que proliferan, resulta imprescindible esbozar algún análisis, aunque más no sea provisorio, en relación con las consecuencias de los atentados para la futura lucha emancipatoria a nivel global:

Un primer eje a tener en cuenta es la erosión de la hegemonía político-militar de los Estados Unidos: ha quedado demostrado, luego del derrumbe de los más grandes emblemas del capitalismo mundial, que la defensa del país –anclada en el mega proyecto del escudo anti-misilístico y en más de una docena de servicios de inteligencia– puede ser burdamente vulnerada por un grupo de fanáticos a simple punta de cuchillo, tomando endeble el hasta entonces infranqueable *american way of life*. Ni siquiera las grandes potencias con un considerable poderío nuclear o atómico pudieron atacar (o al menos amenazar) el territorio nacional como lo han hecho los fundamentalistas el 11 de septiembre. En este sentido, el intelectual Noam Chomsky ha expresado que lo novedoso de los actos terroristas radica no solo en su escala o dimensión destructiva, sino ante todo en los objetivos elegidos.

Asimismo, a nivel económico-financiero, Norteamérica se encuentra en la antesala de un nuevo ciclo recesivo. La profundización de la crisis parece ser un dato incontrastable, al margen de las inyecciones dinerarias que puedan aplicar los Estados a sus engangrenadas economías. El comienzo de un nuevo escenario bélico a escala planetaria, si bien puede llegar a reactivar

var ciertos sectores industriales como el armamentístico, no permitiría, en principio, restablecer el patrón de dominación social roto a mediados de los '70, ni tampoco supondría una mayor *certidumbre* para los millones de estadounidenses aterrorizados tras los atentados. Vale la pena recordar que uno de los motivos principales de conflicto en aquella época fue el abastecimiento de petróleo. Actualmente, Norteamérica cuenta con reservas propias para apenas cinco años. En consecuencia, uno de los objetivos implícitos de la invasión a Afganistán es consolidar su hegemonía en una región tan rica en minerales como el Asia Central, con el fin de garantizar su supremacía geo-política y económica en las próximas décadas. A esto habría que sumar, por supuesto, la necesidad de perpetuar los extraordinarios negocios espurios de tráfico de drogas y armamento que se realizan en la zona, de los cuales participan activamente organismos como la CIA y el Servicio de Informaciones de Pakistán.

De ahí que, mal que nos pese, la contraofensiva iniciada por los Estados Unidos fuera totalmente previsible. La intensificación de su rol de Estado gendarme del mundo resulta imprescindible en un contexto en el cual, como mencionamos, comienza a desmembrarse su hegemonía a nivel planetario. También lo es la ampliación de su esfera de influencia continental, enmarcada en el Plan Colombia y el ALCA. En este último caso, el conflicto que subyace es la confrontación inter imperialista con respecto a la Unión Europea y el Bloque del Pacífico. Resulta, por tanto, más actual y pertinente que nunca la famosa expresión, puesta en la boca de los burgueses por Marx, de que “es preferible un final de terror, que un terror sin fin”.

Un tercer punto de considerable relevancia es que, a diferencia de las experiencias anteriores, la escalada de violencia que Estados Unidos ha emprendido no es convencional ni simétrica. Esto significa que, si bien en un primer momento los bombardeos masivos apuntaron hacia Afganistán, el objetivo último de los ataques es el “terrorismo internacional”, el cual abarcaría densas regiones geográficas, cientos de millones de poblaciones y civiles inocentes, así como decenas de organizaciones móviles, no del todo identificadas. Aparece así, de manera acabada, el concepto de “guerra total”: no es simplemente un combate en todos los frentes, es también –y sobre todo– una guerra que puede estar en cualquier lugar del planeta, una guerra totalizadora en donde *el mundo entero es el que está en juego*. Por lo tanto, además de “larga y cruenta”, como señaló Bush, al ser una guerra sin rostro ni fronteras, supondría un aumento exorbitante del gasto bélico de la potencia imperial a cifras que nos retrotraen al período del llamado “key-

nesianismo militar” reaganiano, esta vez para desarticular a un enemigo tan ignoto como difuso. En paralelo, cual juego de suma cero, se recortarían programas esenciales de educación, sanidad y seguridad social, imponiendo a los trabajadores y pobres del país del norte nuevos planes de ajuste estructural, tal como ya han comenzado a denunciar diversos sindicatos de Nueva York. Los atentados servirían así de pretexto para reformular la política económica interna, a los efectos de amortiguar la crisis en curso. Este hecho fue anunciado por el propio presidente Bush cinco días antes de realizarse los atentados terroristas, al expresar que “el único momento en que se puede tocar el dinero de la Seguridad Social es en tiempos de guerra”. La aplicación de férreos planes de austeridad se enmarca, por tanto, en la necesidad de recomponer el poder de la burguesía, amenazado por la debacle socio-económica.

Por otro lado, en relación a los Estados árabes, cabe señalar que los mismos no conforman un bloque homogéneo. Además del Corán, una de las pocas cosas que los une es que todos ellos tienen intereses directos que los ligan a la política estadounidense. Por eso resulta imprescindible distinguir el abismo que separa y opone a los gobernantes magnates del Medio Oriente, de sus pueblos oprimidos, que padecen dictaduras retrogradadas como las de Arabia Saudita y Pakistán, las cuales hoy en día no casualmente reciben el beneplácito de Norteamérica y la OTAN. Este tipo de regímenes, tales como el del general Pervez Musharraf, tendrán que actuar con suma cautela frente a una población en su mayoría musulmana que se muestra cuanto menos renuente a brindar su apoyo a la “nueva cruzada” liderada por los Estados Unidos. Bajo este contexto tan delicado, la guerra civil aparece como un fantasma difícil de conjurar. Por lo demás, algo está claro: problemas estructurales de esta índole sólo pueden hallar una posible solución en el mediano y largo plazo, y no arrojando nafta al fuego del conflicto, como pretende la soberbia occidental del gobierno de Washington.

En el caso concreto de Afganistán, la indiscriminada incursión norteamericana le ha granjeado un parcial consenso al gobierno talibán, opacando en parte las atrocidades cometidas en materia de derechos humanos en los últimos años en el país, especialmente en relación a la opresión femenina. El fundamentalismo islámico, al menos hasta el momento, se ha visto fortalecido en la región, desestabilizando políticamente a varios de los Estados vecinos que cuentan con una considerable porción de población simpatizante del régimen de Kabul. Los ataques aéreos realizados en las últimas semanas dejaron como único saldo el asesinato de un gran número de personas inocentes y la expulsión hacia zonas fronterizas de enormes con-

tingentes humanos, en su mayoría al borde de la inanición. Las probabilidades de eliminar a Ben Laden y a los militantes de Al-Qaeda, refugiados en regiones inhóspitas e infranqueables para las tropas estadounidenses, son cuanto menos remotas. Además, el posible triunfo de la Alianza del Norte no genera grandes expectativas. Cuando sus miembros gobernaron el país entre 1992 y 1996, la violencia y el caos generalizado forzaron el posterior triunfo de los talibanes.

Este y otros factores tornan la situación tanto o más delicada que hace un tercio de siglo en Vietnam. Por aquel entonces, el movimiento antibélico entonaba con profunda rabia las estrofas de una canción de Pete Seeger que, curiosamente, parecería haberse escrito para el presente conflicto. En ella se relatan las siguientes enseñanzas escolares de un niño, bajo un clima similar de guerra:

*He aprendido que Washington jamás dijo una mentira,
he aprendido que los soldados rara vez mienten,
he aprendido que todos son libres,
eso es lo que el maestro me ha dicho.
He aprendido que los policías son mis amigos,
he aprendido que la justicia es infinita,
he aprendido que los asesinos mueren por sus crímenes
aun cuando a veces cometemos algún error.
He aprendido que nuestro gobierno debe ser fuerte
que siempre está en lo cierto y nunca se equivoca.
Nuestros líderes son los mejores hombres
y los elegimos una y otra vez.
He aprendido que la guerra no es tan mala,
eso es lo que he aprendido en la escuela hoy.*

No obstante, una diferencia es crucial en relación con aquella época: el movimiento revolucionario se encontraba en ebullición. Hoy en día, por el contrario, existe un repliegue generalizado en gran parte del mundo, expresado en una correlación de fuerzas mucho más desfavorable para el polo del trabajo. En el caso particular de los Estados Unidos, los atentados han servido para exacerbar, por si hacía falta, el sentimiento patriótico y racista que anida desde hace décadas en la sociedad. Al día siguiente de la masacre, miles de personas se agolparon en las puertas de los principales supermercados, ansiosos por comprar la bandera que los enorgullece como nación. Para un sector importante de la población, la guerra aparece como so-

lución inmediata, y no como parte del problema a resolver. Esto tiene profundas connotaciones para el incipiente movimiento anticapitalista gestado al calor de las luchas callejeras en Seattle. El desconcierto que han generado los atentados en los llamados grupos “antiglobalización” es por demás considerable. Muestra de ello ha sido la escasa cantidad de gente que se sintió convocada por ellos a la *Marcha Nacional en Washington D.C. Contra el Racismo y la Guerra*, el pasado sábado 29 de septiembre.

En este sentido, es evidente que los atentados han logrado su objetivo primordial: sembrar el pánico en la sociedad norteamericana. Ese mismo pánico sufrido a diario por irakíes, colombianos y palestinos, por nombrar sólo algunos de los enemigos de “larga duración” amedrentados por los Estados Unidos. Este shock psicológico ha exacerbado la *paranoia* construida a lo largo de décadas por sus instituciones públicas y privadas, plasmada hasta el hartazgo en los filmes holliwoodenses. La diferencia entre éstos y la realidad, sin embargo, no es sutil: por primera vez, la posibilidad de una invasión o un bombardeo masivo resultó factible. El gran beneficiario de este clima de incertidumbre y miedo es, sin duda, el extremismo de derecha. Semanas atrás, la administración Bush decidió presentar ante el Congreso un extenso proyecto de ley que, en caso de aprobarse, le otorgaría facultades omnímodas a organismos represivos y de espionaje interno como el FBI, restringiendo las libertades democráticas más elementales. De esta forma, los sectores más reaccionarios de la sociedad norteamericana se han fortalecido enormemente en los últimos meses, y no sería descabellado pensar en algún tipo de vinculación entre los recientes ataques con ántrax y los numerosos grupos nazis que activan a diario en dicho país, a los efectos de consolidar el clima de histeria colectiva, explotando al máximo la tensión racial latente en buena parte de la población. Es probable que los sectores más perjudicados por esta política sean, además de los inmigrantes, los activistas que desde algunos años han comenzado a conformar redes de solidaridad y de resistencia frente a la mundialización capitalista.

En paralelo, un peligroso discurso se ha instalado en los principales medios de comunicación: quienes perpetraron los atentados –se afirma– son totalmente incomprensibles; sus actos no tienen sentido alguno. Los otrora “luchadores mujaidin por la libertad” afgana, a quienes los Estados Unidos destinaron cientos de millones de dólares durante los años ‘80, han devenido –tras la eliminación del enemigo soviético– “hombres locos”, y los Estados de los cuales forman parte son denominados por el propio Bush como “canallas”. La tragedia argentina se repite como farsa a escala global: ayer, fueron un minúsculo grupo de militares descerebrados quienes enca-

bezaron la cruenta dictadura que dejó un saldo de 30.000 desaparecidos. Hoy, nuevamente, se simplifica un proceso complejo y multifacético como es el de Medio Oriente, apelando a descalificativos que sirven, a la vez, de chivo expiatorio respecto de las responsabilidades que le caben a países como Estados Unidos o Inglaterra en el entrenamiento de grupos extremistas como Al-Qaeda. No obstante, las similitudes con la retórica de las FF.AA. y la clase dominante durante el genocidio perpetrado desde el Estado argentino no terminan allí: semanas atrás, el primer ministro de Italia, Silvio Berlusconi, apeló a la *civilización occidental y cristiana*, en la cruzada contra la “barbarie oriental”. Idéntico argumento esgrimieron quienes arrojaban seres humanos vivos al mar a finales de los años '70 en nuestro país. En consonancia, un general inglés, llamado Julian Thomson, propuso que para combatir lo que él denomina “terrorismo internacional”, deben utilizarse métodos “clandestinos”, tales como la desaparición forzada de personas. ¿Demasiadas coincidencias, no?

Huelga expresar que, pese a este conjunto de factores desfavorables (o precisamente por ello), la lucha anti-capitalista no debe quedar opacada. El discurso pacifista en abstracto, vaciado plenamente de contenido, ha impregnado el debate actual, olvidándose que el Estado norteamericano (distinguido claramente del pueblo estadounidense) en tanto gendarme del orden mundial, debe ser combatido prácticamente a través de múltiples frentes, *no sustituyendo a las masas*, sino confluyendo con ellas. La consigna del Che, más de 30 años después, se reactualiza: crear dos, tres, muchos Vietnam!.

Pero, ¿cuál es el Vietnam del siglo XXI? Seguramente no la lucha de los fundamentalistas islámicos. Sí, quizás, la del Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra en Brasil, la de los Zapatistas chiapanecos o, por qué no, la librada en Seattle, Praga y Génova. En rigor, no hace falta irse tan lejos: el movimiento piquetero, gestado al calor de las políticas neoliberales impuestas en Argentina, comienza a sembrar las semillas de un futuro venturoso, en la medida en que deviene un movimiento social y político de confrontación contra el sistema, plenamente autónomo y de participación democrática.

Vale la pena, para finalizar, recordar las palabras expresadas por Toni Negri recientemente en estas mismas páginas: “el terrorismo podrá ser anulado sólo cuando los límites de la democracia, y por lo tanto los límites de la misma figura del Estado contemporáneo, sean superados”. La lucha por la conquista de la *verdadera* democracia, tan ansiada por Marx, resulta en este contexto más imprescindible que nunca. En última instancia, la dico-

tomía continúa siendo *Socialismo o Barbarie*. De nosotros depende que el primero se imponga y que la segunda sea enviada, definitivamente, al basurero de la historia. Por lo pronto, la cita de Brecht con la que iniciábamos el editorial resulta trágicamente actual: de ambos lados, los oprimidos –en tanto espectadores forzados de este conflicto bélico tan dramático a escala planetaria– serán los más perjudicados. De ahí que se torne acuciante la reappropriación del escenario histórico, para impedir que ello ocurra.

HERNÁN OUVIÑA
Buenos Aires, noviembre 2001



realidad Económica

/ADE

Hipólito Yrigoyen 1116 (1088) Buenos Aires

¿Réquiem para el sueño americano?

Juan Luis Berterretche*

Las primeras imágenes de los jet impactando sobre las Torres Gemelas, nos suscitaron una conciencia de confuso final. Para los analistas que trataron tempranamente de valorar los atentados del 11 de septiembre, éstos marcan el fin de una era. Hasta ahora, son muy pocos los que han arriesgado a decir qué es lo que termina y qué se inicia.

Por la magnitud de los hechos, sospechamos que sus consecuencias van a ser estudiadas y debatidas largamente en las próximas décadas. Quizá, emprender hoy la tarea de determinar los cambios provocados por esta acción terrorista, se trate de una arqueología de lo inmediato.

Pero preferimos el intento de aportar a una reflexión sobre los acontecimientos, que dejarnos vencer por la parálisis del estupor. El prólogo de una seria reflexión, es el rechazo terminante a toda justificación de una escalada de violencia revanchista.

Antes de que esta crisis alcanzara su fase crí-



* Juan Luis Berterretche, uruguayo, militante de la izquierda radical y activista del movimiento ATTAC de Florianópolis, ciudad donde hoy está radicado. Coautor y autor de varios ensayos económicos, políticos e históricos, entre los que se destacan: *Prolongar la Agonía. Un plan imperialista para frenar aún más el desarrollo de las fuerzas productivas*. Editorial Letro, edición clandestina, Montevideo 1980; *La dictadura Financiera, Economía del Uruguay 1973-1983*. Editorial Letro, Montevideo 1983; *¿Vale Todo? El Uruguay de la posmodernidad*. Ensayo inédito, Montevideo 1997; *El comisario va a la muerte en coche*. Ediciones Banda Oriental, Montevideo 2000.

ca, Paquistán e Irán ya habían recibido 3,5 millones de refugiados afganos. Se estima que ahora se suman 1,5 millón más que pasarán por el infortunio y la penuria de un éxodo de pánico. Y aún falta contabilizar las bajas de los bombardeos. La experiencia nos dice cuales son las víctimas de esos espirales de violencia. Para mí, por lo menos, aún está fresca la imagen de una niña en Vietnam, corriendo desnuda con el cuerpo quemado por el napalm.

Hegemonía

Emir Sader afirma que: *“El período histórico iniciado con el fin de la URSS sigue plenamente vigente. Los Estados Unidos continúan como la única super potencia, con hegemonía mundial. Nada de lo importante que sucede en el mundo de hoy –en los planos económico, político, militar, informativo, cultural– puede ser entendido haciendo abstracción de esa hegemonía. Ella está fuerte política e ideológicamente.”*

¿Debemos coincidir plenamente con la apreciación de Sader? ¿O de alguna forma ha sido vulnerada esa hegemonía?

Es oportuno recordar que, cuando la URSS aún existía, no se trataba en realidad de una disputa por la hegemonía entre dos superpotencias. Sino de un acuerdo a veces tácito, a veces explícito de reparto de zonas de influencia.

Por otra parte, es cierto que las acciones terroristas no han tenido históricamente capacidad de modificar las relaciones de fuerza nacionales o internacionales. Pero eso no impide que, en este caso, hayan minado especialmente, la aprobación a la supremacía norteamericana.

Uno de los principales componentes de esa hegemonía es la seguridad, la estabilidad interna de EE.UU. Y sin lugar a dudas, el haber situado la violencia en el centro político-financiero-militar del país, con millares de injustas y condenables bajas civiles, pone en cuestión la invulnerabilidad del imperio.



Ya no es sólo en Chechenia, Palestina, Serbia o Colombia, donde la violencia militar domina la vida cotidiana. También NY y Washington son ahora escenarios del horror, de la incertidumbre, de la tragedia. Los atentados, quizá no hagan más que condensar una disconformidad con el liderazgo norteamericano de la globalización y sus consecuencias, acumulada en los últimos años.

En la etapa actual, la crisis de hegemonía podría no devenir de la competencia de otra potencia as-

cedente. No olvidemos a Gramsci. La función hegemónica depende, en gran medida, del apoyo o beneplácito de los hegemonizados. Una crisis de credibilidad podría minar el asentimiento con el predominio americano. Es lo que estábamos comenzando a ver a partir de las acciones del movimiento antiglobalización. La alianza de los países más ricos del mundo, para sojuzgar a uno de los estados más miserables del planeta, no puede más que socavar la autoridad moral del imperialismo y sus cómplices.

Liderazgo

Los norteamericanos han elegido como presidente –en un acto electoral bastante cuestionado– a un líder que, desde el comienzo de su mandato, pretendió ahondar la contaminación ambiental a niveles que ponen en peligro la existencia del planeta, relanzar la carrera armamentista a gran escala, avivar los conflictos en todo el mundo y abismar aún más las diferencias económicas entre pobres y ricos.

Para el propio periodismo norteamericano es el presidente peor preparado que ha tenido EE.UU. Según opinión reservada del presidente brasileño FHC se trata de *“un idiota despreparado”*. Es cierto que cuenta con un equipo con experiencia en guerras en la zona del petróleo. Tanto el vicepresidente –Dick Cheney– como el Secretario de Estado –Colin Powell– fueron figuras claves bajo el gobierno del padre y durante la guerra del golfo.

La crítica situación que se ha abierto en el mundo por los atentados y la reacción guerrillerista norteamericana, encuentra en el liderazgo del país hegemónico, a un incierto personaje que puede conducir al mundo hacia una catástrofe. Por lo ya constatado, es previsible que Bush acelere el descontento con su país y promueva una mayor resistencia a la política estadounidense.

Seguridad y Tecnología

Los atentados del 11 de setiembre han declarado obsoleto al modelo de seguridad norteamericano. Es un país con millares de agentes esparcidos por todos los rincones del mundo, la más sofisticada tecnología de espionaje, con impunidad total para todo tipo de acciones anti-terroristas (y también terroristas) en el extranjero. Y sin embargo, en sus principales ciudades, que cuentan con el aparato de seguridad más grande, más complejo y con mayores recursos (treinta mil millones de dólares anuales), se produce un aten-



tado que movilizó a decenas de terroristas, sin que los servicios de inteligencia fueran capaces de detectarlos. Tanto la CIA como el FBI son protagonistas de un trágico fiasco... o de lo contrario, existe algún tipo de implicancia.

¿Y las FF.AA.? En realidad los acontecimientos reafirman, por enésima vez, que los ejércitos no sirven para lo que dicen haber sido creados: defender a los civiles.

Los aparatos de seguridad, los ejércitos, o son directamente los ejecutores de la violencia sobre la población en sus países o en el extranjero, o lejos de disuadir, son hoy una invitación y un desafío a los atentados terroristas.

El principal proyecto de defensa militar de Bush –el escudo anti-misiles– se muestra inoperante antes de ser implementado. Los atentados no usaron ni misiles, ni vinieron de la estratosfera; los proyectiles fueron aviones comerciales capturados a punta de cuchillo.

Esto no significa que EE.UU. se va a ahorrar los desembolsos previstos. Todo indica que se gastará una suma similar o mayor, en otro delirio armamentista. El compromiso del gobierno Bush con el lobby de las corporaciones del armamento hace ineludible este despilfarro.

Otro protagonista humillado por los atentados, ha sido el desarrollo tecnológico. Falló la tecnología de seguridad de aeropuertos y aviones. Fracasó la tecnología de espionaje de los servicios de seguridad. Y el enorme número de víctimas del atentado estuvo en relación directa, a las fallas de la tecnología constructiva de las torres, que se desintegraron enteramente.

Megalópolis

En 1950 NY era la única ciudad en el mundo que superaba los 10 millones de habitantes. Fue, entonces, la primera con derecho a ser designada como megalópolis. NY, aloja el centro financiero más importante del planeta, es la capital del mercado cultural y artístico mundial, es el mayor complejo urbanístico– arquitectónico de la humanidad, alberga la sede de la ONU, es un enorme polo de atracción turística y de compras y es la ciudad más cosmopolita del mundo. Y cumple otra cantidad de funciones de primer orden en el globo.

“La ciudad es un discurso y ese discurso es en verdad un lenguaje”, nos dijo Barthes. Aldo Rossi y Robert Venturi agregaron que, como lenguaje, la ciudad es un instrumento de comunicación simbólica. NY es la mercancía con mayor contenido simbólico que posee el capitalismo. Es la capital del *american way of life* y el set privilegiado del sueño americano. Para Franco Rella las grandes ciudades son el escenario donde se reorganiza mecánica y cien-

tíficamente el tiempo de trabajo. NY fue lo más cercano a la “moderna máquina de vivir” que soñó la euforia tecnológica capitalista. Como maquinaria de habitar, de existir, de relacionarse o aislarse, pero sobre todo de producir y consumir, NY es el mecanismo privilegiado de EE.UU. Y por algunas horas los terroristas lograron trabar sus engranajes que no se detenían por siglos. Lo hicieron al costo de millares de víctimas civiles, un millón de toneladas de escombros, y una profunda herida en el orgullo americano.

Para los fundamentalistas islámicos es la Sodoma y Gomorra donde se concentran todas las iniquidades y perversiones de occidente. Distintos valores simbólicos para unos y otros.

Esa NY que en los últimos años ha asumido la función de zona céntrica de la aldea global, fue el blanco de una pesadilla de impactos, explosiones, fuego y derrumbes. Y estos eventos dieron inicio a un síndrome de inseguridad. ¿Cuántos de sus habitantes han comenzado a pensar en alejarse de la amenaza y la incertidumbre? ¿Cuántas empresas evaluarán la conveniencia de mudar sus instalaciones, en los próximos meses? ¿Cuántos futuros turistas querrán evitar el riesgo de un nuevo once de setiembre?

La vertiginosa caída en la venta de vuelos a EE.UU, las salas de juego casi vacías en Las Vegas y la ausencia de visitantes a Disney World, nos anuncian que las mismas preguntas que nos hacemos para NY pueden extenderse a todo el país. Hoy NY es una zona de desastre. Es previsible un ingente esfuerzo para que la ciudad recobre todo su simbolismo. Igualmente su horizonte está saturado de incertezas. Y será muy difícil recuperar su antiguo valor iconográfico empañado por el aciago desplome de las torres gemelas.

Torres

El complejo de las dos torres de más de 400 metros de altura, contaba con otros cinco edificios menores y ocupaba unas seis hectáreas y media. El conjunto albergaba los escritorios de 400 empresas de 25 países. Cincuenta mil personas trabajaban en las torres norte y sur. Contaban con un estacionamiento para dos mil vehículos y generaban 50 toneladas de basura por día. Sus ocupantes consumían diariamente 8,5 millones de litros de agua potable. Esto es 170 litros por persona y por día. Pero si contamos los 363 mil litros de agua por minuto, que las máquinas de aire acondicionado extraían del Río Hudson, deberíamos agregar otros 3500 litros de agua por persona.

Y no olvidemos que este consumo corresponde sólo a las horas de trabajo. Un habitante de Madagascar utiliza, en promedio, 5 litros de agua



por día. Las torres fueron levantadas para encarecer una zona de la isla de Manhattan que se había desvalorizado. Su construcción abrió una suculenta especulación inmobiliaria. El complejo era una síntesis de despilfarro y violenta agresión ambiental. Símbolos del capitalismo globalizado. Iconos del libre mercado, de la tecnología más sofisticada, de la grandiosidad y opulencia de un imperio hegemónico.

Su arquitectura era el discurso del ideal de ciudad del capitalismo tardío: espacios controlados por la última tecnología, limpios, seguros, bien iluminados, habitados por toda clase de gente exitosa.

No eran parte de la ciudad sino su equivalente y sustituto. Sus relojes daban la hora de cada rincón del planeta. Y en los monitores de sus millares de oficinas se diseñaba numéricamente, la dicha de unos pocos y la desdicha de millones de personas.

Entre sus paredes, las guerras, las hambrunas, las infamias del capital globalizado se contabilizaban sólo como pérdidas o ganancias. Algún lejano conflicto que figuraba en sus balances, los abrazó con el odio de la destrucción. La cantidad de víctimas está en relación a sus dimensiones deshumanizadas.

Terrorismo

Como bien recuerda Chomsky no podemos restringir la palabra terrorismo a los actos terroristas cometidos por enemigos del poder. Para América Latina el terrorismo mas conocido es el de los estados dictatoriales que los EE.UU. ayudaron a colocar en el poder y luego sustentaron. De cualquier manera estamos frente a un nuevo tipo de terrorismo.

Según el periodista especializado en Oriente Medio, Robert Fisk *“el terrorista suicida de hoy, vino para quedarse”*. Se trata de un extremista religioso, con instrucción y experiencia, y decidido a morir en la acción terrorista. Es un arma exclusiva y ninguna potencia ha logrado contrarrestarla. Sería necesario crear un nuevo sustantivo para nombrar a los fanáticos suicidas de esta nueva modalidad de atentados apocalípticos.

Los soldados de EE.UU. y sus aliados están decididos a arriesgarse, pero no a inmolarse como única opción. A este tipo de terrorismo no se le puede declarar la guerra. No cuenta con un país, un estado, un ejército regular. Aunque actúe en diferentes lugares. Es un subproducto de la intolerancia religiosa, del fanatismo nacionalista, y del sectarismo cultural, origi-

nado, en la mayoría de los casos, en un escenario de injusticia, postergación y desigualdad.

En Blade Runner, los androides, expertos en violencia, se rebelan contra el poder y es preciso eliminarlos. Los *"replicantes"*, del film de Ridley Scott, son una alegoría de Osama bin Laden y su organización: Al Qaeda. Instrumento de EE.UU. en la guerra de Afganistán del lado de los talibanes y contra el gobierno títere de la URSS, Laden contó durante diez años con el entrenamiento, las armas y el



dinero de la CIA, a través del servicio secreto pakistaní. En 1989, luego de la derrota rusa en Afganistán, volvió como héroe a Arabia Saudita. Pero un año después, actuando como asesor del clan real saudita, rompió con su gobierno por el establecimiento de tropas norteamericanas en el país, durante la guerra del golfo. A partir de allí es un enemigo de EE.UU. Es a este *"replicante"* fuera de control, que se responsabiliza de los atentados. Y es contra él y el gobierno de Afganistán que lo ampara, que se declaró la guerra desde el imperio.

Los norteamericanos ya experimentaron en Vietnam, que toda guerra en el extranjero tiene su camino de vuelta a casa. Es en el desmantelamiento del despotismo y la arbitrariedad, es desmontando los escenarios de conflicto, es en la búsqueda sincera de la paz, donde se juega el esfuerzo contra este tipo de terrorismo. Las represalias armadas de EE.UU. y sus aliados sólo avivarán la audacia e irracionalidad, de esta modalidad de violencia insensata.

La política norteamericana ayudó a transformar a Osama bin Laden en un personaje emblemático para las masas populares islámicas. Mañana, su liderazgo, puede derribar los corruptos gobiernos aliados a Norteamérica en la zona.

Economía

Produciendo cerca de 10 millones de millones de dólares anuales, EE.UU. ha sido la locomotora que empuja el crecimiento económico del capitalismo globalizado. Desde el año pasado EE.UU. tiene los síntomas de una caída económica. El mundo, entonces, ha quedado a las puertas de una recesión global. El gobierno Bush apostó a abrir los cofres estatales como motor de recuperación. Pretendía que el Congreso le votara la realización de un escudo antimisiles por valor de 300 mil millones de dólares.

Se apostaba al armamentismo para impulsar la recuperación económica. Los anuncios del gobierno norteamericano permiten prever que el gasto se hará en armamento más convencional. Y en el combustible y pertrechos necesarios para trasladar la máquina militar al otro extremo del planeta. Es muy posible que la mayoría de la industria se beneficie con las adquisiciones estatales. La familia Bush, con importantes intereses petroleros, ya se ha visto favorecida por la inmediata suba del precio de los hidrocarburos. EE.UU. ha elegido la destrucción y la muerte como camino de la recuperación económica.

En el plano interno, el gobierno intenta utilizar el consenso político en el Congreso, frente al enemigo, para imponer planes de rebaja de impuestos al capital. Como contrapartida amenaza los beneficios populares. *“No se puede defender la previdencia social, cuando la seguridad nacional está amenazada.”*, declaró el senador Orin Hatch.

Bajo el Mar Caspio y sus alrededores se encuentran importantes reservas de petróleo, gas natural y minerales. Asia Central, entonces, tiene importancia estratégica para el imperio. La intervención militar, pretende también imponer una influencia decisiva sobre la zona.

Libertades

El gobierno Bush ha pedido potestades extraordinarias para limitar las libertades ciudadanas. La investigación de los atentados comenzó con allanamientos violentos y prisiones sin orden judicial. Las medidas para aprobación del Congreso incluyen:

- Posibilidad de detener y expulsar extranjeros sin pruebas ni proceso.
- Congelamiento de cuentas de sospechosos en EE.UU. y el extranjero.
- Autorización para espiar las comunicaciones privadas de los ciudadanos (teléfonos, correo, internet) sin autorización judicial.
- En el extranjero, la actuación de sus agentes estará signada por lo que han definido como *“guerra sucia”* *“No podemos tener libertades individuales cuando la colectividad está amenazada.”*, declaró el senador republicano, Trend Lott.

Epílogo

“El saber de la caducidad, el saber de la discontinuidad histórica, es el saber de la revolución, y de la transición hacia otros órdenes...” nos dijo Walter Benjamín. Descifrar en este infortunado acontecimiento los signos de la caducidad, será la tarea de todos aquellos que quieran imaginar otro mundo posible.

La represalia militar norteamericana ha sido anunciada como de largo alcance, en el espacio y en el tiempo. Más aún, EE.UU. pretende que el mundo se divida entre los que están de su lado o del lado del terrorismo. El imperio intenta globalizar la guerra y sumergirnos a todos en la barbarie.

Los atentados en EE.UU. han conducido hacia nuevas y peculiares relaciones internacionales, por las prioridades político-militares que se ha fijado el imperialismo. En los medios, en los diferentes niveles del poder, las viejas raposas reaccionarias han salido a justificar la violencia del imperio. Y aún ex-izquierdistas como el mexicano Castañeda han respaldado la incierta guerra en que se embarca su vecino. Pero, el paradigma económico-social-cultural-político-militar dominante, que acrecienta la brecha entre hambre y despilfarro y que promueve la decadencia moral, la manipulación de los medios, la marginación, la demagogia, el consumismo irresponsable, la destrucción de la naturaleza y la violencia, ha perdido capacidad de cautivar con su discurso.

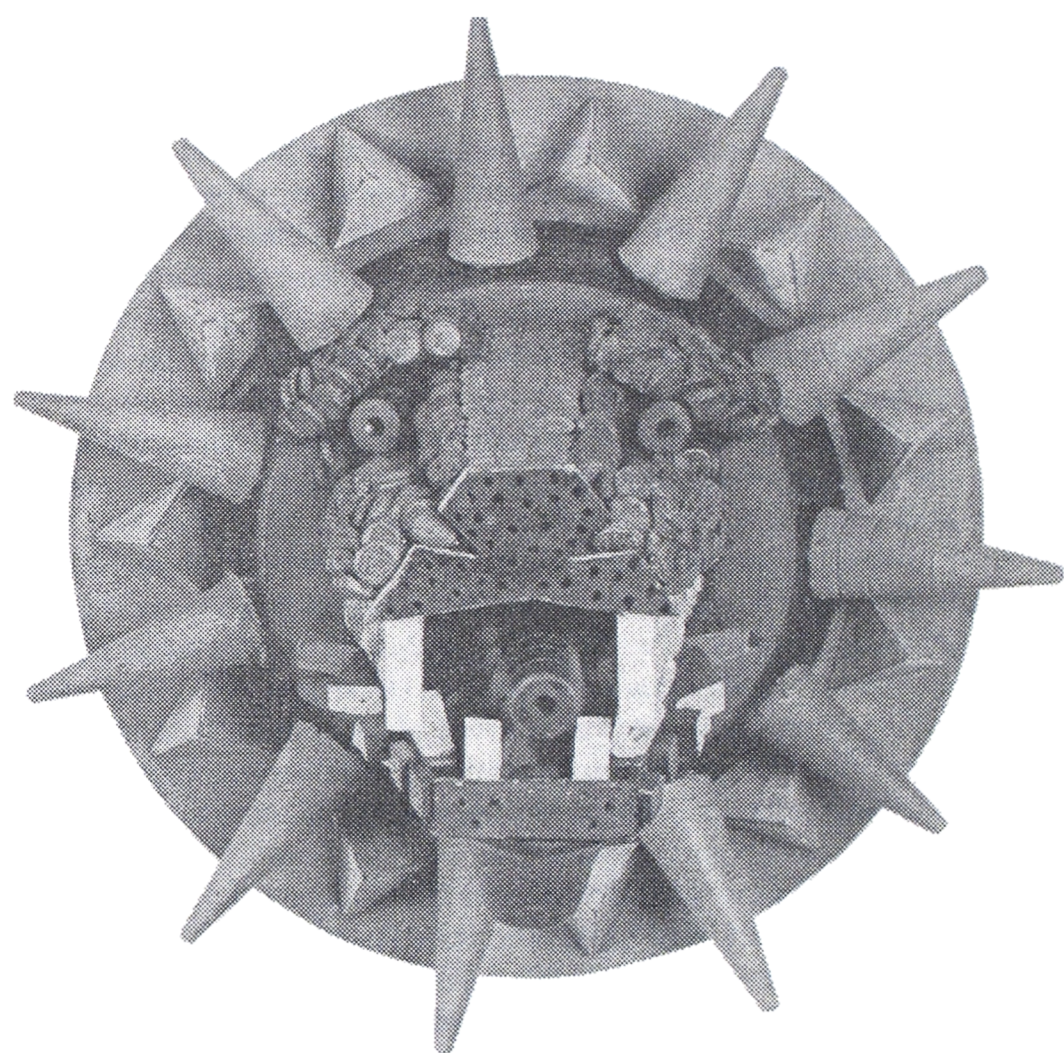
¿Acaso el sueño americano ha comenzado a tener síntomas de caducidad? El movimiento anti-globalización neoliberal, no ha sido ajeno a ese desgaste de la credibilidad del imperio. En menos de dos años este movimiento ha ganado autoridad ética por sus propuestas y acciones.

Es previsible que a partir de ahora asuma también, la defensa de la paz, de la soberanía nacional, de las libertades civiles, de la tolerancia religiosa y cultural, mientras se opone a la xenofobia, el racismo, la militarización y la guerra. Ya existen propuestas en ese sentido. En el camino de las formas afirmativas de la resistencia, sin atentados ni terrorismo, este reciente espacio ciudadano mundial, está forjando una nueva conciencia internacionalista.

En las últimas décadas del siglo anterior, las avideces del capital globalizado nos impusieron un “vale todo” en los mercados y en las relaciones internacionales. Como contrapartida, millares de activistas de todo el mundo coincidieron con Adorno en los atributos de un futuro posible: evitar toda clase de sufrimientos innecesarios.

Para ellos, que no temen los desafíos de los nuevos tiempos, que no se amedrentan con lo inusitado, que eligen el camino de la crítica más implacable sobre lo actual –en las palabras y en lo hechos–, también se abre una época de vale todo.

Santa Catarina, Brasil, 6 de octubre, 2001



Elecciones 2001: nadie vota a nadie

Alberto Bonnet

Los que quedamos escapados, desnudos como nacimos y perdido todo lo que traíamos, y aunque todo valía poco, para entonces valía mucho. Y como entonces era noviembre, y el frío muy grande, y nosotros tales que con poca dificultad nos podían contar los huesos, estábamos hechos la propia figura de la muerte”. Así narra don Alvar Núñez Cabeza de Vaca sus desventuras de náufrago. Acaso ninguna escena como esta, digna de las cámaras de Fassbinder, ilustra mejor la situación de indigencia político-ideológica en que arribamos a las últimas elecciones.

Las elecciones en cuestión se realizaron en el marco de una recesión crónica que ya cuenta con cuarenta meses de duración, veinticuatro de los cuales contabilizados bajo administración delarruista. Un producto, una inversión y un consumo en retroceso hoy conviven con un desempleo que alcanza a un tercio de los hombres y mujeres en condiciones de trabajar, una sostenida caída de los salarios nominales y unos niveles de pobreza que afectan a casi la mitad de la población. La deuda pública argentina asciende a unos ciento cincuenta mil millones, es decir, cinco años y medio de sus exportaciones, mientras los déficits de pagos externos ponen a los títulos de dicha deuda a disputar con los nigerianos los mayores índices de riesgo de *default*. Tras la evaporación de ocho ajustes sucesivos, un salvataje financiero *avant la lettre* (el llamado “blindaje”), una masiva reestructuración de la deuda (el “megacanje”) y la credibilidad de tres ministros, la economía argentina se encuentra a la deriva. La administración delarruista, signada desde el comienzo por esa endémica incapacidad para el gobierno que caracteriza a los radicales, ve entonces reducidos hasta el absurdo sus márgenes políticos de maniobra. La rápida disolución de la Alianza que accediera al gobierno hace dos años, por su parte, no condujo a una recom-

posición duradera de dicha administración sino más bien a la incorporación de algunas figuras individuales de derecha cuyo prestigio fue devorado inmediatamente por la vorágine de la crisis y, en definitiva, la llevó a un completo ostracismo. Una creciente oleada de luchas sociales, con las movilizaciones de piqueteros y empleados públicos a la cabeza –y cuyas características son analizadas en otros artículos de esta entrega de *Cuadernos del Sur*–, diluyó rápidamente cualquier consenso que sustentara a la administración delarruista.

Si las elecciones recientes se realizaron en semejante marco de crisis económica y política, no puede sorprendernos que esas mismas elecciones se convirtieran en una expresión más de esta crisis. Aquí tomaremos como punto de partida estas elecciones, es decir, la manera en que se expresó electoralmente la crisis económica y política que atraviesa la sociedad argentina, para intentar ahondar en algunas características de dicha crisis.

De que nadie vota o todos votan a nadie

Los candidatos de los grandes partidos burgueses se encargaron en sus campañas de que las recientes elecciones estuvieran plagadas de paradojas aún antes de que los votos entraran en las urnas. El presidente De La Rúa convocaba a votar a Terragno como su candidato mientras Terragno vendía su candidatura como opositora al gobierno de De La Rúa. Mientras era evidente que la administración delarruista estaba ya en bancarrota política y que el PJ constituía el principal partido de recambio, los candidatos claves de ese PJ se empeñaban en moderar sus críticas a dicha administración. Mientras Cavallo ocupaba su puesto como ministro de economía de De La Rúa, ordenaba a sus candidatos que se sumaran a las listas justicialistas y declaraba que la Alianza perdería las elecciones porque “ha demostrado ser incapaz de gobernar” (*Clarín*, 19/9).

Las mayores paradojas se conocieron, sin embargo, cuando los votos salieron de las urnas y se divulgaron los resultados. Las elecciones arrojaron como saldo una clara derrota para varios partidos de la burguesía sin que a cambio –y esta es la mayor de las paradojas– arrojaran una victoria en sentido estricto para ninguno de ellos. En efecto, la manera más inmediata en que se expresó electoralmente la crisis radicó en la magnitud alcanzada por las abstenciones y, particularmente, por la combinación entre votos en blanco e impugnados que los medios bautizaron como “voto bronca”.¹

La tendencia hacia un aumento de las abstenciones venía manifestándose con anterioridad, por lo menos desde 1991, y era previsible que volviera a manifestarse en estas elecciones a juzgar por las encuestas pre-elec-

torales.² Y el ausentismo se elevó del 21,8% alcanzado en 1997 (las anteriores legislativas) y el 18,1% en 1999 (las presidenciales) a un 26,3% en 2001 (6.540.777 votantes de un padrón de 24.883.991 no ejercieron su derecho de voto). Pero no es la ratificación de esta tendencia previa lo más significativo, sino la combinación entre votos en blanco e impugnados, cuya incidencia era mucho más constante en elecciones previas pero que, sorpresivamente, alcanzó cerca de los cuatro millones de votos a escala nacional (3.871.211, un 21,1% del padrón) y se ubicó como primera fuerza en distritos tan importantes como la Ciudad de Buenos Aires y la Provincia de Santa Fe en los recientes comicios.³

Este incremento de los votos en blanco e impugnados condujo a que los grandes partidos tradicionales de la burguesía perdieran votos en términos absolutos: la Alianza, la gran perdedora, casi cinco millones y medio, y el PJ de conjunto un millón doscientos mil.⁴ La mayor dispersión del voto –el PJ y la Alianza explicaban el 75% de los votos positivos en 1999 y hoy apenas el 50%– contribuyó también a reducir el peso de esos dos grandes partidos sin que, no obstante, las principales opciones preexistentes de la burguesía pudieran capitalizar dicha dispersión –la AR de Cavallo, en particular, quedó pulverizada tras perder a su vez otro millón doscientos mil votos.

Las pírricas victorias de la mayor parte de los candidatos efectivamente electos deben interpretarse a la luz de estos resultados. Revisemos algunos casos decisivos. En la elección de senadores de la Ciudad de Buenos Aires, los votos impugnados sumaron 432.965 y los votos en blanco otros 73.219. Esto significa que, sin contar los 718.722 ausentes, casi duplicaron sumados los 285.783 votos obtenidos por la Alianza triunfante de Terragno. La Alianza obtuvo así dos senadores por la capital con una “mayoría” de apenas un 11% de los electores. Pero a los peronistas presidenciables no les fue mucho mejor. En la elección de senadores de la Buenos Aires, los votos impugnados sumaron 941.337 y los votos en blanco otros 572.518. Aún sin tener en cuenta las 2.290.141 abstenciones, esta segunda fuerza representó las tres cuartas partes de los 2.032.157 votos obtenidos por el PJ triunfante de Duhalde. El PJ ganó así dos senadores por la provincia, después de perder unos 700.000 votos respecto de 1999, con apenas un 22% de los electores. En la elección de senadores de Santa Fe los votos impugnados sumaron 189.643 y los votos en blanco otros 481.415. Casi duplicaron así, nuevamente sin tener en cuenta 541.284 ausentes, los 350.085 votos obtenidos por el PJ de Reutemann. El PJ obtuvo dos senadores por la provincia con un mísero 16% de los electores. En la elección de senadores

de Córdoba, finalmente, los votos impugnados sumaron 157.439 y los votos en blanco otros 127.767, además de 581.892 ausentes. Esta tercera fuerza se ubicó así muy cerca de los 351.552 votos obtenidos por el PJ de De La Sota y de los 341.680 de la UCR. El PJ ganó entonces dos senadores más con otro mísero 16% de los electores.⁵

La masividad del voto en blanco e impugnado condujo así, institucionalmente, a un debilitamiento de la legitimidad de los candidatos efectivamente electos. Aunque esta afirmación vale para ambas cámaras, es particularmente relevante para el Senado, electo por vez primera a través del voto directo conforme la constitución reformada de 1994. El Senado, desde siempre signado por un carácter oligárquico derivado de la propia constitución bicameral argentina, queda conformado así por la misma pandilla de caudillos provinciales de siempre, pero ahora votados por una ínfima minoría de los ciudadanos de sus provincias.

Pero esa masividad del voto en blanco e impugnado instauró también un horizonte político sombrío para los propios partidos de la burguesía. La Alianza y/o la UCR fue derrotada, aún antes de que se emitiera un voto, en el hecho mismo de resultar incapaz de presentarse a las elecciones con listas oficialistas. Las razones de esta incapacidad son obvias, pero el hecho mismo, que significa una derrota política, no por eso debe ser pasado por alto. (Téngase en cuenta en este sentido que el PJ, durante la administración de Menem, siempre presentó listas oficialistas –que además a menudo triunfaban.) A esta derrota a priori se sumó luego la derrota en las elecciones de sus listas travestidas. El desastre registrado por Alfonsín, Storani y Moreau en la Provincia de Buenos Aires dejó a Terragno, a cuyo magro desempeño en capital ya hicimos referencia, como principal precandidato de la UCR para las presidenciales de 2003.

La viabilidad de su candidatura depende, sin embargo, de la posibilidad de resucitar una fuerza progresista semejante a la que condujo a De La Rúa al gobierno. Y en efecto Terragno convocó de inmediato a la “reconstrucción de la mayoría progresista que dio origen a la Alianza y luego se vio frustrada” (*La Nación*, 15/10) a partir de su pobre triunfo capitalino: “así como la Alianza surgió de aquí y se extendió a todo el país por la capacidad de amplificación que tiene la Capital Federal, ahora estamos en condiciones de hacer un esfuerzo de reunificación de las fuerzas progresistas” (*Página 12*, 16/10). Sin embargo, semejante esfuerzo parece superar con creces las fuerzas del progresismo porteño, no solamente por ese magro desempeño de la UCR capitalina sino también por que el ARI, suerte de nuevo Frepaso y candidato por excelencia a constituir el segundo pilar de una

eventual Alianza resucitada, tampoco alcanzó el desempeño que esperaba. Los feligreses de Lilita esperaban una victoria en la capital, su distrito más confiable, mas apenas si lograron convencer a una parte del desintegrado electorado de la Alianza y un disgustado Bravo quedó disputando con Bé-liz la senaduría por minoría.

A pesar de la masividad del voto en blanco e impugnado el PJ fue, igualmente, el vencedor relativo de los comicios. A los tres gobernadores de provincias grandes que ya se perfilaban como precandidatos (Ruckauf, De la Sota y Reutemann), a pesar de sus modestos desempeños provinciales, los resultados de las elecciones sumaron a Duhalde y restaron completamente a Menem y sus seguidores. Estos resultados serían suficientes para el triunfo de alguno de estos precandidatos del PJ en las presidenciales del 2003 porque, como el propio Duhalde señaló, “no son votados porque sean buenos sino porque los otros son peores” (*Gente*, 16/10). Pero hasta entonces deberán caminar bordeando un abismo para que esa posibilidad se concrete. Deberán garantizar la “gobernabilidad” –un eufemismo que puede traducirse sin más como la dominación política ejercida sobre los trabajadores– votando en el parlamento las iniciativas del gobierno como hicieran con la reforma laboral, la delegación de poderes a Cavallo, el déficit cero, etc., pues de ello depende que exista un ordenado recambio de administraciones con fecha en octubre de 2003. Sin embargo, deberán ser oficialistas con disimulo y sin comprometerse directamente en un co-gobierno, pues arriesgarían hundirse junto a la administración saliente. Pero deberán también ser opositores, en la medida en que la administración dellarruista descargue el ajuste fiscal sobre las provincias y, por ende, sobre sus propias bases electorales. Y así sucesivamente... Los precandidatos justicialistas ya comenzaron a andar en este sentido desde antes de las elecciones, pero todavía les queda un camino largo y escabroso hasta el 2003.

Este largo y escabroso camino, sin embargo, parece ser el único que les queda porque cualquier otro –el atajo a través de una oposición populista, en particular– parece definitivamente clausurado. Recuérdese en este sentido la triste experiencia de Duhalde en las elecciones de 1999, cuando sugirió poner en discusión la deuda externa, la bolsa emitió sus cotizaciones en su contra y dio el *good bye* a su candidatura. (Y en la medida en que ese mismo Duhalde no evidencie haber aprendido de su experiencia, como el *establishment* sigue sospechando, volverá a quedarse en el camino.) Pero además conviene revisar en este sentido el desempeño electoral del Polo Social en la Provincia de Buenos Aires. Las huestes populistas del cura Farinello representan, en efecto, una suerte de duhaldismo por fuera del

PJ y de la exigencia de mantenimiento de la “gobernabilidad” que pesa sobre el mismo. El milagro esperado por Farinello consistía en que su fuerza resultara segunda en la provincia y ascender así como senador por minoría: tres serían entonces los senadores duhaldistas. Pero la realidad terrenal quiso que resultara cuarta y se quedara en su parroquia.⁶ La prédica populista no pareció sumarle demasiados fieles y sus huestes, para desgracia de cierta izquierda que apostara a redimirse sumergiéndose en ellas (ver balance de Tumini en *En Marcha*, 17/10), tienden ahora a integrarse sin más en el duhaldismo.

En cualquiera de los casos parece avizorarse, para los próximos dos años, una nueva reconfiguración del sistema de partidos. El PJ deberá dirimir la compleja disputa abierta entre sus principales referentes y algunos sectores internos, como los restos del menemismo, pueden quedar afuera del resultado de dicha disputa. La defunción de la Alianza en manos del delarruismo y su derrota electoral obliga a los restos marginados del Frepaso a pugnar por integrarse en una nueva fuerza progresista e incluso pone a la propia UCR al borde de la fractura. Y la desaparición de la AR de Cavallo deja a la derecha una vez más, como sucediera con la UCeDé en los inicios del menemismo, sin un referente político propio.

Del programa de ningún partido

La expresión electoral más directa de la crisis, decíamos, radicó en la magnitud alcanzada por las abstenciones y la combinación entre votos en blanco e impugnados que sacudieron a las instituciones y a los grandes partidos políticos de la burguesía. Para seguir avanzando debemos preguntarnos ahora por el significado político e ideológico, por el programa, de este rechazo masivo del voto positivo.

Esta pregunta es compleja y debemos avanzar paso a paso. El carácter masivo alcanzado por este fenómeno y la especificidad de la coyuntura de crisis en que tiene lugar impiden que podamos atribuirle sin más el significado que revestía en elecciones previas. No constituyó un mero agregado de conductas individuales ni una expresión de rechazo colectivo y organizado aunque minúsculo –como en el caso del movimiento “501” en las elecciones anteriores. Constituyó una expresión de rechazo colectivo, semi-espontáneo y masivo, por parte de sectores de la pequeña-burguesía y de la clase trabajadora golpeados por la presente crisis. Veamos estas características con más detenimiento.

El carácter colectivo y masivo de esta expresión de rechazo va de suyo, pero su composición social no parece particularmente reveladora. El recha-

zo al voto positivo reunió desde porteños de clase media, pasando por los pequeños productores agrarios quebrados y/o inundados de varias provincias, hasta desocupados del Gran Rosario (ver *Clarín*, 21/10). La única generalización que parece razonable al respecto consiste en la afirmación, bastante vaga, de que este nuevo carácter masivo alcanzado por el rechazo del voto positivo es una expresión de rechazo por parte de sectores cuya inserción social previa fue destruida o es amenazada directamente por la presente crisis económica. Es claro, en este sentido, que el rechazo al voto positivo es una expresión más de protesta popular dirigida contra una dirigencia política que es responsabilizada por dicha crisis.

Su carácter semi-espontáneo radica en el hecho de que esta expresión de rechazo reunió conductas más o menos organizadas, acaso minoritarias, con otras puramente espontáneas. Hubo campañas públicas que la promovieron, aunque su análisis poco nos dice acerca del contenido político e ideológico de ese rechazo del voto positivo, pues provinieron de un espectro político-ideológico que va desde las Madres de Plaza de Mayo, el PCR y algunas organizaciones de desocupados hasta periodistas fascizantes como Neustadt y Haddad e intelectuales de la derecha como Escudé. Hubo asimismo iniciativas, como el diseño informatizado de pseudo-boletas y su circulación a través de Internet y de mano en mano, que suponen alguna dedicación e incluso presupuesto y que alcanzaron alguna repercusión. Pero hubo también, desde luego, incontables decisiones individuales de negarse a votar, votar con un sobre vacío o introducir en el sobre una foto recortada de una revista o un preservativo, que no responden a ninguna organización previa.

El contenido de algunas de las boletas impugnadas, en particular de aquellas que circularon colectivamente, ofrece un testimonio, aunque muy parcial, del significado del rechazo del voto positivo en algunos distritos urbanos. Algunas de estas pseudo-boletas testimoniaban un rechazo del voto caracterizado por cierta ironía posmoderna (votos a cómicos como Capusoto y Alberti u Olmedo dictador de Costapobre, votos a personajes de historietas como Isidoro, Mafalda y Felipe, a Bin Laden o a Merlo). Otras tenían un contenido político-ideológico más explícito: denunciaban la corrupción de los políticos votando a Clemente (“no tiene manos, a lo mejor no roba”), a Afanancio (“el político que menos roba”), a Ningún Partido (“candidatos para seguir afanando una vez más en nombre del pueblo”) o reivindicaban la honradez de una lista de próceres encabezados por Belgrano (*Gente* 16/10, *Página* 12, 15/10, *Zona de Investigación* de Azul TV, etc.). Una encuesta “boca de urna” del CEOP confirmó por su parte la im-

portancia de esta protesta ante la corrupción de los dirigentes políticos como motivo entre aquellos que habían votado en blanco o impugnado su voto: la incredulidad en los políticos y la negativa a proveerles fondos era el reclamo de una amplia mayoría de los encuestados que demandaba, además, la reforma de la constitución para eliminar cargos y reducir costos de la política (*Clarín*, 15/10). Esta “extensión del déficit cero a los políticos” había sido, justamente, el significado que las campañas derechistas previas habían atribuido a este rechazo del voto positivo y el significado que volverían a invocar en sus interpretaciones de los resultados electorales (ver por ejemplo *La Nación*, 15/10).⁷

Aquella masiva expresión de rechazo de los sectores golpeados por la crisis, entonces, no parece haber adoptado simplemente la modalidad de un “voto castigo con dedicatoria” a la administración delarruista y a sus políticas económicas –inaugurando así, de paso, las esperanzas de un proyecto populista alternativo, como sostienen ciertas interpretaciones.⁸ Adoptó en cambio la modalidad de una condena generalizada –más dramática con respecto a la Alianza, naturalmente, pero que también signó a populistas como Duhalde y Farinello– a una dirigencia política responsabilizada de conjunto por dicha crisis.

Los progresistas, por su parte, se encuentran completamente desorientados ante esta condena generalizada a la dirigencia política. Uno hubiera esperado discursos plañideros girando alrededor de las amenazas autoritarias que se ciernen sobre nuestras queridas instituciones democráticas ahora que los representantes no representan a nadie. El rechazo del voto positivo expresaría, en una interpretación semejante, “una protesta anti-sistema que puede constituir un preocupante aviso de estilo venezolano, aunque no haya ningún Hugo Chávez en Argentina” (*El país*, 16/10). Pero resulta que ninguna tendencia semejante se insinuó siquiera en las elecciones.⁹ Los progresistas locales, en este sentido, prefirieron reconciliarse con el rechazo del voto positivo entendiéndolo como un acto de participación ciudadana políticamente correcto.¹⁰

Ahora bien ¿cuál es entonces el significado político e ideológico de la condena a la dirigencia política expresada en este rechazo del voto positivo? Creemos que significa una expresión más de la protesta popular, dirigida contra una dirigencia política que es responsabilizada así por la crisis económica y social que atraviesan amplios sectores de la sociedad, pero que a la vez tiene aristas potencialmente reaccionarias. Es necesario precisar esto último para evitar malentendidos. Sus aristas reaccionarias no radican *per se* en que condene a la dirigencia política burguesa, ni en que re-

nuncie a impulsar una dirigencia alternativa a través de las urnas, ni menos aún en que, supuestamente, amenace a las instituciones democráticas burguesas. Todo esto bien puede ser progresivo e incluso, si implicara una tendencia hacia la ruptura de la democracia representativa en busca de nuevas formas de democracia directa, sería decididamente revolucionario. Sus aristas reaccionarias radican en el significado que adquiere potencialmente este rechazo del voto positivo en su contenido específico y en esta coyuntura política específica.

Esta modalidad específica de condena a la dirigencia política en términos de una casta corrupta conduce a un desplazamiento ideológico desde la política hacia la ética, un desplazamiento reaccionario por naturaleza y que vuelve a ser reaccionario en esta coyuntura de la sociedad argentina. Dicho desplazamiento, que ya estaba presente en las declaraciones cada vez más frecuentes del Episcopado, en la cruzada de Lilita y sus feligreses contra el demonio de la corrupción, en las homilías de Farinello, etc., quedó plasmado masivamente en este rechazo del voto positivo.

Ahora bien, la corrupción de los dirigentes políticos burgueses es ciertamente una realidad que debe ser eliminada, junto con dichos dirigentes, pero no es una realidad individual sino social. No responde meramente a conductas inmorales sino a procesos políticos (como por ejemplo las privatizaciones) y no se debe a ciertos individuos sino a las organizaciones colectivas a las que pertenecen (como los propios partidos políticos burgueses). Los vínculos entre grandes negocios y pago de comisiones o entre partidos burgueses y fondos sucios para mantenerlos, en otras palabras, no dependen de los individuos implicados y sus convicciones morales, sino de las relaciones sociales específicas que caracterizan a las empresas o los partidos. Más aún, son estas últimas modalidades de las relaciones sociales las que, en primera instancia, moldean las subjetividades de los individuos implicados. El funcionario corrupto del gobierno de hoy aprendió ayer a rentar su militancia en un oscuro centro de estudiantes que dirigía Franja Morada y el empresario que lo coimea hoy aprendió ayer a coimear en los cursos de capacitación dictados por la gerencia de su empresa.

Este desplazamiento ideológico bloquea así, de manera característica, el acceso a la verdadera naturaleza de los problemas y de las respuestas que exigen. Pero además puede ser, y es de hecho, promovido y aprovechado por esa misma dirigencia política burguesa para sus propios fines reaccionarios. La condena de la corrupción menemista, durante las elecciones presidenciales de 1999, había articulado el discurso de campaña de una Alianza que aspiraba a acceder al gobierno para garantizar la continuidad

de la política menemista. Y figuras progresistas, como Alvarez o Fernández Meijide, habían desempeñado entonces los roles que hoy quiere desempeñar Carrió.¹¹ En las elecciones recientes, la condena a la dirigencia política como una casta corrupta fue activamente promovida y aprovechada, no ya por los dirigentes progresistas, sino incluso por los representantes más reaccionarios de la burguesía. Los discursos acerca del déficit cero de la política e incluso del déficit cero en general, en la medida en que los propios trabajadores del estado son presentados por el discurso oficial como privilegiados en medio de la crisis, pueden potenciarse por medio de este tipo de condenas morales a la dirigencia política.

Del proyecto de nadie

La crisis económica y política que atraviesa la sociedad argentina se expresó electoralmente de manera privilegiada, entonces, en este rechazo del voto positivo como una reacción de descreimiento ante la dirigencia política. Pero para analizar con mayor profundidad este fenómeno debemos preguntarnos, al menos por un momento, por la propia naturaleza de aquella crisis que se expresó en las elecciones.

El plan de convertibilidad constituyó durante los 90, chantaje hiperinflacionario mediante, el esqueleto de una nueva hegemonía social y política neoconservadora.¹² La convertibilidad apuntó a sustraer el dinero de su vinculación con la lucha de clases, es decir, a acabar con el desarrollo inflacionario de la lucha de clases que signó al capitalismo argentino durante la posguerra y que culminó en los procesos hiperinflacionarios de 1989-91. El peso convertible se convirtió desde entonces en el arma clave del capital en su empresa de disciplinamiento del trabajo, encadenando el empleo y los salarios a la productividad del trabajo a través del encadenamiento de las ganancias de la mayor parte del capital, apertura externa y desregulación mediante, a los márgenes permitidos por los precios internacionales.

Pero al mismo tiempo la convertibilidad puso en marcha una desesperada carrera del peso detrás del dólar, una carrera que –como invirtiendo aquella famosa paradoja de Zenón– permanece oculta tras la propia convertibilidad, por ley, del peso en dólar. En 1991 se inició, más precisamente, una carrera cuya meta consiste en la mutación de la convertibilidad por ley en una convertibilidad sustentada en niveles sin precedentes de productividad y competitividad de la economía argentina en el mercado mundial, es decir, en una explotación sin precedentes del trabajo.

Esta carrera, sin embargo, fue revelándose poco a poco como una carre-

ra hacia el abismo. La convertibilidad impuso una restructuración del capital que se evidenció en un incremento de la inversión privada a una tasa promedio anual del 14,6%, paralela a un aumento del desempleo del 6,3 al 14% de la PEA, y en un incremento del PBI a una tasa del 5,8% anual entre 1991 y 1998.¹³ Pero cuando se analiza esta carrera con mayor detenimiento, aún prescindiendo de las cambiantes coyunturas de la economía mundial, se advierte una realidad diferente. En efecto, esa dinámica de la convertibilidad, durante la década de los 90 fue sumamente cíclica y, más importante aún, estuvo signada por recesiones que devenían cada vez más profundas. Hubo así una desaceleración de la inversión y el producto entre el segundo trimestre de 1992 y el primero de 1993, una nueva desaceleración entre el primero y el cuarto trimestre de 1994 que, una vez desatada la crisis mexicana de diciembre, devino en una depresión abierta que se prolongaría hasta el tercer trimestre de 1995 y, finalmente, una depresión crónica que se inicia en el segundo trimestre de 1998 y se extiende hasta nuestros días.

Esta tendencia recesiva se vio acompañada, por su parte, por una tendencia hacia un progresivo debilitamiento de la posición del capitalismo argentino en el mercado mundial, que puede apreciarse en la persistencia del déficit comercial durante esas fases recesivas. Los aumentos en la productividad y la competitividad sustentados en la racionalización de la organización y los procesos de trabajo, finalmente, parecen cada vez más insuficientes para garantizar la continuidad de la acumulación y la inserción en el mercado mundial de este capitalismo argentino de peso convertible, imponiendo como salida un espiral deflacionario de recorte directo de los salarios nominales y caída de precios. Y la propia estrategia de reducción del déficit público mediante el recorte de los salarios nominales de los trabajadores del estado no hace sino expresar y potenciar esa salida. Es en este sentido que la carrera del peso convertible va revelándose poco a poco como una carrera hacia el abismo, es decir, el *default*.

Y es una carrera en piloto automático. El propio chantaje hiperinflacionario que sustenta la convertibilidad, que había sido clave para cimentar su capacidad disciplinaria respecto del trabajo y unificadora respecto de la propia burguesía, deviene entonces una jaula de hierro para la burguesía misma. "No hay alternativa". La sentencia, adoptada por el entusiasmado thatcherismo criollo, parece trocarse así en su propia sentencia de muerte.

Es precisamente esta carrera en piloto automático hacia el abismo la que explica, en última instancia, la ausencia de proyectos alternativos y el propio desconcierto político e ideológico que se expresaron en la coyun-

tura electoral. La crisis económica y social generada por el proyecto de acumulación articulado en torno a la convertibilidad, en ausencia de proyectos políticos alternativos, fue achacada entonces a la corrupción de la dirigencia política a través del mencionado desplazamiento de la política hacia la ética y se expresó en las elecciones como un rechazo masivo del voto positivo. Pero no es todo. Esa crisis económica y social desencadenó además una serie de reacciones que, incapaces de expresarse en un proyecto político alternativo, se expresaron poniendo en escena un festival de las más variopintas regresiones políticas e ideológicas.

En efecto, la inminencia de un *default*, con sus dramáticas consecuencias, operó durante los aciagos meses previos a las elecciones como una suerte de aquelarre donde todas las viejas brujas fueron conjuradas, como una experiencia límite que actualizó todos los traumas del pasado, y todo el desconcierto político e ideológico de la sociedad argentina fluyó incontenible. Moyano clamaba contra los cipayos que se iban a probar suerte a España mientras los trabajadores de Aerolíneas Argentinas quemaban banderas españolas. Los medios compensaban la devaluación del real presentando el triunfo de Argentina sobre Brasil con titulares deportivo-militares mientras proliferaban las campañas de *compre argentino* y no *compre brasileño*. Un grupo de viejos conocidos economistas, tras nueve meses de parturientas labores, resucitaba el “Plan Fénix” de unas cenizas populistas que habían cobijado en las urnas de la academia.¹⁴ Y así sucesivamente.

En el marco de esta crisis ideológica y política se desplegaron a su vez múltiples jugarretas políticas reaccionaria. De La Rúa presentó la reducción del déficit público en la Casa de Tucumán como un “sacrificio patriótico”, recurso típico del discurso burgués ante las guerras, en aras de una nueva independencia. La oposición invocó a su vez a la patria y a la independencia para responderle. De La Rúa convocó a la Unidad Nacional. Alfonsín y Duhalde le respondieron soñando por escrito con una reedición criolla del Pacto de La Moncloa que incluya a los principales gobernadores justicialistas, la CGT oficialista, el Episcopado y la UIA. Nociones vacías como “patria” y “nación” eran así, en una mecánica característica del discurso ideológico, disputadas y cargadas con diversos contenidos ideológicos en pugna.¹⁵ Más allá de quién lograra apropiarse de esas nociones y con qué contenidos, sin embargo, el saldo más importante sería siempre el inmenso costo en términos de desorientación ideológica y política que los trabajadores terminarían pagando si su resistencia contra la ofensiva del capital quedaba definida en esos términos patrióticos y nacionalistas.

Pero es importante tener en cuenta que esta crisis política e ideológica

no implica que la propia hegemonía menemista, articulada en torno a la convertibilidad, se haya desmoronado aún. La crisis agudizó ciertamente las disputas de intereses entre distintas fracciones de la burguesía y esa disputa se expresó públicamente. El denominado “grupo productivo”, integrado por la Unión Industrial, la Cámara de la Construcción y las Confederaciones Rurales, lideró una campaña que influyó decisivamente en la definición de los términos ideológicos de esa disputa de la siguiente manera. En un bando estarían las fracciones productivas y nacionales, es decir, la industria nacional y la pequeña y mediana empresa, la construcción y los pequeños y medianos productores agrarios, creadores de empleo e impulsores de un programa de reactivación del mercado interno y de mejora de la capacidad exportadora. En el otro bando estarían las fracciones parasitarias y extranjeras, la gran banca, las empresas de servicios privatizadas y los hipermercados, interesadas en, y responsables de, la continuidad del *statu quo*.

Estos alineamientos revelan pugnas de intereses perfectamente reales y visibles como, por ejemplo, entre las pequeñas y medianas empresas y la banca alrededor de las usurarias tasas de interés vigentes o entre la industria manufacturera y las empresas de servicios a raíz de las exorbitantes tarifas cobradas por estas últimas. Y estas pugnas se agudizaron con la profundización de la crisis. Pero menos realidad se encuentra tras las asociaciones ideológicas a través de las cuales esas fracciones de la burguesía venden a la sociedad sus propios intereses. Esa burguesía que se presenta como “nacional y productiva” incluye entre sus sectores más dinámicos, por ejemplo, un grupo de transnacionales de origen local con numerosas filiales y considerables inversiones directas y ventas en el extranjero, así como con cuantiosas inversiones en activos financieros –incluidos buena parte de los propios títulos de deuda pública– en fondos de inversión radicados en paraísos *off shore*. Esa otra burguesía presentada como “extranjera y parasitaria” incluye a su vez, también entre sus sectores más dinámicos, empresas propiamente industriales (petróleo, gas, electricidad) privatizadas y adquiridas por la burguesía local. Así pueden desarmarse, una a una, cada una de las asociaciones ideológicas a través de las cuales aquella burguesía “nacional y productiva” vende socialmente sus intereses, hasta que su discurso queda reducido a algo tan grotesco como los cantos patrióticos al trabajo ajeno con que el grupo Bemberg vende cerveza Quilmes en sus anuncios publicitarios.¹⁶

Pero hay algo mucho más importante. Estas asociaciones ideológicas convierten en una realidad absolutamente invisible el antagonismo entre

el capital y el trabajo y, por ende, el interés común de las distintas fracciones de la burguesía en profundizar su ofensiva contra los trabajadores como única salida de la crisis dentro del marco de la convertibilidad. Este interés común se puso de manifiesto durante una década de apoyo conjunto a la flexibilización laboral, la reducción de salarios y aportes patronales, el recorte de gastos sociales y, en definitiva, a la convertibilidad misma como marco de este disciplinamiento del trabajo.

La dirigencia sindical, sin embargo, asimiló en buena medida ese discurso de las fracciones “nacionales y productivas” de la burguesía y se alineó con ellas dispuesta a resucitar viejas alianzas de clases –una tarea muy paradójica, en verdad, porque supone inventar previamente las clases con las cuales aliarse...¹⁷ Pero el saldo importante vuelve a ser el inmenso costo en términos de desorientación ideológica y política que los trabajadores pagan cuando su resistencia contra la ofensiva del capital queda definida en términos de una “producción nacional” versus un “parasitismo extranjero”.

Todo este discurso ideológico, nacido en las disputas de intereses entre distintas fracciones de la burguesía, no podía sino expresarse también en la propia coyuntura electoral. Pero no se expresó como una verdadera disputa entre proyectos alternativos. La convertibilidad misma, precisamente en su calidad de marco para el disciplinamiento de los trabajadores, una vez más, no estuvo en discusión en las elecciones. Ninguno de los partidos políticos de la burguesía incluyó en su programa ni en sus campañas, explícitamente, el abandono de la convertibilidad. Más aún. Si bien la única lista importante que incluyó activamente en su propaganda la defensa de la convertibilidad y el déficit cero (Unión por Buenos Aires de Scioli y Liendo) obtuvo magros resultados, nada indica que la salida de la convertibilidad constituyera tampoco una demanda de la mayoría de los votantes. En una encuesta realizada por Gallup cuando se implementara el plan de reducción del déficit (*La Nación*, 2/8), la amplia mayoría de los encuestados se manifestaba contra de las medidas anunciadas por el gobierno pero, al mismo tiempo, a favor del mantenimiento de la convertibilidad y de alcanzar el déficit cero. La propia encuesta “boca de urna” antes mencionada (*Clarín*, 15/10) indicó que muchos de los que se habían negado a votar positivamente exigían la renuncia de Cavallo, pero la gran mayoría sostenía que había que mantener la convertibilidad y reducir el déficit público. La profunda crisis ideológica y política que atravesamos, en este sentido, no implica aún el desmoronamiento de la hegemonía articulada en torno a la convertibilidad.

De nosotros: la izquierda en las elecciones

Sin embargo, no debemos considerar a esta crisis política e ideológica como un resultado cerrado, sino como un proceso abierto cargado de esperanzas. Su futura deriva reaccionaria o su conversión en desmoronamiento de la hegemonía menemista e inicio de un nuevo tiempo político depende, en gran medida, de nuestra propia capacidad de intervención que vayamos construyendo como izquierda anticapitalista.

Y en este sentido las noticias son buenas. El protagonismo y el fortalecimiento alcanzados por la izquierda anticapitalista en las grandes luchas sociales desarrolladas desde el ascenso de la administración aliancista también se expresó electoralmente.¹⁸ En verdad, los resultados obtenidos por la izquierda fueron uno de los rasgos más notorios de las elecciones. La izquierda fue un ganador absoluto –prácticamente el único, como vimos–, alcanzando de conjunto un millón y medio de votos y triplicando los obtenidos en 1999 y 1997. Estos resultados son decididamente relevantes en algunos distritos. La izquierda en su conjunto (incluyendo AyL, IU, PH, PO-MAS, PSA y PTS) alcanzó los 357.591 votos para diputados en la Ciudad de Buenos Aires, por ejemplo, un 27% de los votos positivos y un 14% de los electores que la ubica cómodamente como primera fuerza. Se ubicó asimismo como tercera fuerza, con un 13,8% de los votos y muy por encima del ARI en la provincia de Buenos Aires y con un 20% de los votos en la de Santa Fé.¹⁹

Todas las fuerzas de izquierda incrementaron sus votos. Pero hubo desempeños especialmente relevantes. Izquierda Unida fue la fuerza más masiva (574.923 votos) y la que más creció en relación con las elecciones previas (multiplicó por tres veces y media sus 157.976 votos de 1999), ganando así un diputado por la capital, dos que permanecen en disputa por Buenos Aires y varios otros representantes provinciales (ver *Alternativa Socialista*, 18/10). Su experiencia duradera de construcción de una alternativa unitaria de izquierda jugó indudablemente un papel clave en la obtención de este resultado: la unidad ampliada de la izquierda sigue siendo, en este sentido, una exigencia clave. El desempeño de Autodeterminación y Libertad en la capital, con 132.982 votos (un 10% de los positivos) y dos diputados, es por su parte el resultado más sorprendente. A la cabeza de una fuerza nueva y tras una fugaz campaña, Luis Zamora logró arrancar una parte del tradicional electorado progresista porteño a las fuerzas de centroizquierda y al voto en blanco e impugnado a partir de su propia trayectoria personal.²⁰

Estos resultados impulsan, indudablemente, nuestra capacidad de inter-

vención política como izquierda anticapitalista, pero no son de ninguna manera un cheque en blanco. Las organizaciones de izquierda también están sumidas, desde mucho antes de las elecciones, en una situación de indigencia política e ideológica propia y alcanzaron estos buenos resultados electorales sin haber superado previamente dicha situación. Ni sus programas, ni sus discursos, ni sus modos de organización e intervención previos se modificaron, en líneas generales, y alcanzaron esos resultados electorales porque los comicios se desarrollaron en el marco de una coyuntura de luchas sociales y crisis particularmente agudas. Este desempeño electoral coyuntural debe, por consiguiente, consolidarse políticamente de aquí en adelante.

Los tiempos de esta consolidación, es decir, de la construcción de una sólida alternativa anticapitalista en la Argentina, son imposibles de estimar a priori. Son largos debido a la propia naturaleza de las tareas políticas e ideológicas implicadas, pero pueden ser brutalmente acortados por el curso que está siguiendo la realidad misma. La posibilidad de que esta prolongada agonía económica que atravesamos devenga en una catástrofe, es decir, en una cesación involuntaria de pagos de la deuda externa y por consiguiente una crisis financiera de magnitud y consecuencias sociales imprevisibles, es un hecho evidente por lo menos desde fines del año pasado.²¹ (Más aún: cuanto más se desarrolle la lucha social y la construcción de aquella alternativa, más dudarán los inversores financieros de la capacidad argentina de honrar su deuda, es decir, de la capacidad del estado y de la burguesía argentinos para imponer la reducción masiva de salarios nominales públicos y privados y de las conquistas sociales que quedan para seguir parándola, y más inminente será dicha crisis.) Esta posibilidad misma convierte en urgencia aquella necesidad de construir una alternativa anticapitalista.

Pero debemos entender la naturaleza de esa alternativa. No nos referimos a una elección entre platos de un menú que la burguesía puso en nuestra mesa y que tengamos que realizar “como si” fuéramos ministros de esa misma burguesía. ¿Gusta dolarización o devaluación de entrada?, ¿librecambismo alcaniano o proteccionismo mercosureño de segundo plato?, ¿transnacionales con guarnición menemista o pymes acompañadas de duhaldistas fritos?, y así sucesivamente, siempre con el hambre como único postre. A romper el menú nos referimos. Y a ponernos a cocinar juntos por nosotros mismos.

Notas

¹ Hubo también otras modalidades en las que se expresó la crisis, desde el desinterés por las elecciones entre la gente, pasando por la modestia de las campañas (i.e., Alfonsín hizo su acto de cierre de campaña en Chascomús, Duhalde en Huracán de San Justo, Béliz en el Hotel Castelar, *La Nación* 12/10), hasta la excusación masiva de autoridades de mesa previa a los comicios. Pero aquí nos concentraremos en este “voto bronca” que es, evidentemente, la más relevante y novedosa.

² Véanse las disímiles evaluaciones de este fenómeno, previas a las elecciones, por parte de A. López y R. Fraga: éste último había previsto, erróneamente, que la tendencia al ausentismo se revertiría en los cuartos oscuros mientras el primero enfatizaba correctamente en su carácter duradero (*Gente* 16/10).

³ Dentro de dicho agregado, los votos anulados fueron los más dinámicos, saltando del 4,85% en 1997 y el 3,19% en 1999 al 12,9% en 2001; los votos en blanco pasaron por su parte del 4,65% en 1997 y el 3,6% en 1999 al 8,2% en 2001 (*Clarín*, 21/10). Una primera noción de “no-voto” que agregara los votos en blanco e impugnados a las abstenciones implicaría una primera fuerza con casi la mitad del padrón. (Y poco se modificaría esta ubicación si restásemos un porcentaje estimado de ausentes involuntarios con una metodología como la empleada por A. López: *No votarás. Ausentismo y voto en blanco tras una década de democracia*, Cuaderno 24 de IDEP/ATE, 1993).

⁴ En general, esta pérdida de caudal de votos del justicialismo fue pasada por alto por la prensa extranjera, que interpretó los resultados simplemente en términos de una derrota del oficialismo en manos de la oposición: “derrota del gobierno” (*O Estado de São Paulo*, 15/10), “visible rechazo para el presidente” (*New York Times*, 15/10), etc.

⁵ En base a los datos provistos por el Ministerio del Interior en www.elecciones2001.gov.ar Es importante advertir empero que, en aquellos distritos donde hubo victorias significativas de uno de estos partidos tradicionales, los votos bronca y abstenciones registraron menores índices. Tales son, por ejemplo, los casos de Kirshner en Santa Cruz, que ganó con un 61,85% de los votos positivos equivalente al 43,4% del padrón de electores y del Chaco, donde Rozas ganó con un 48,36% de los votos positivos que representa el 33,2% del padrón.

⁶ Otro dato muy significativo, en este sentido, es que las listas de Farinello no obtuvieron un porcentaje mayor de votos en el gran Buenos Aires (con excepción de Quilmes, su distrito) que en el resto de los partidos de la provincia, como preveían varios analistas.

⁷ El resultado de las elecciones de conjunto fue negativo para el *establishment* –aunque ya había previsto su resultado: en la semana previa el riesgo país había rozado los 1900 puntos, la bolsa había caído y *Standard and Poor's* había bajado nuevamente su calificación de riesgo, es decir, el resultado había sido anticipado en el precio de los activos. Sin embargo, el rechazo masivo del voto positivo, también previsible, no pareció contar como uno de esos elementos negativos. “En la lectura que hicieron de los comicios, las que consideraban como malas noticias –la elección de Raúl Alfonsín o el claro triunfo de Eduardo Duhalde– se compensaron ampliamente con las buenas, como el crecimiento del llamado ‘voto bronca’ (blancos más impugnados) y la no tan favorable actuación de los candidatos del ARI, de Elisa Carrió” (A. Sainz: “Moderado optimismo de los mercados”, en *La Nación*, 15/10).

⁸ “Es posible afirmar entonces que el ‘voto bronca’ es en realidad un voto de castigo con declaratoria”, es decir, un “repudio masivo asestado al modelo de política económica y social” que abriría una perspectiva de “construcción de un poder político-institucional orientado hacia los objetivos de desarrollo, equidad y una inserción más equilibrada y creativa en los escenarios regionales y mundiales”, dependiente a su vez “del patriotismo de los partidos y otras fuerzas políticas de

vocación genuinamente nacional y popular” (C. M. Vilas: “Elecciones 2001: el mito del voto bronca”, en *NAC & POP*, 22/10).

⁹ Téngase en cuenta en este sentido que Luis Patti, el candidato de la derecha fascistizante más importante en las últimas elecciones, no pudo proyectar su fuerza a escala de la Provincia de Buenos Aires y sólo logró un resultado relevante en su Escobar de origen.

¹⁰ “El voto protesta e incluso también la dispersión del voto ilustran tanto los problemas de los dirigentes políticos en reconstruir lazos de representación sobre la base de diagnósticos y propuestas consideradas verosímiles, como la existencia de una ciudadanía independiente cada vez más numerosa y apartada de los cánones convencionales de la representación política. La preferencia por un candidato a diputado reputado por su honorabilidad o el corte de boleta contra una diputada que se beneficia subrepticamente de una jubilación de privilegio pueden ser considerados otros tantos signos de una moralidad pública renaciente” (I. Cheresky en *Clarín*, 17/10).

¹¹ En este sentido, los dirigentes y partidos progresistas –y no empleamos comillas en este artículo porque renunciamos a disputar este significativo– funcionan como verdaderos “mediadores evanescentes” de la reacción. Es oportuno recordar en este sentido la manera en que describe S. Žizek a los disidentes anti-stalinistas después de la restauración del capitalismo en la exURSS: “los disidentes están estupefactos al comprobar que en el paso del socialismo al capitalismo han desempeñado el papel de ‘mediadores que desaparecen’ y que la misma clase de antes gobierna bajo un nuevo disfraz” (“Multiculturalismo, o la lógica cultural del capitalismo multinacional”, en F. Jameson y S. Žizek: *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Bs.As., Paidós, 1998, p.153). Mientras tanto, en nuestros pagos, el Chacho fue el mediador evanescente para la continuidad de la convertibilidad, Lilita se postula como una mediadora evanescente para su profundización con el déficit cero, y así sucesivamente.

¹² Un análisis más preciso de este mecanismo de chantaje se encuentra en A. Bonnet: “Argentina 1995: ¿una nueva hegemonía?”, en *Cuadernos del Sur* 19, Bs.As., junio de 1995.

¹³ R. Astarita enfatiza correctamente en este punto y llama la atención sobre esta tasa de crecimiento que, incluso para el período 1991-2000 y con la recesión incluida, es del 4,5% anual promedio y por ende superior, no ya a la registrada en la denominada “década perdida” de los 80 (0,07% entre 1976-1990) sino también a la del capitalismo de posguerra (3,9% 1950-1980; “Crisis y estrategia de acumulación en la Argentina”, en *Debate marxista* 2, Bs.As., 2001. Una desagregación sectorial del comportamiento de la industria muestra claramente la asociación entre inversión y destrucción de empleos en los sectores más dinámicos (véase O. Altimir y L. Beccaria: “El mercado de trabajo bajo el nuevo régimen económico en Argentina” y A. Ramos y L. Beccaria: “El proceso de inversiones en la economía argentina”, ambos en D. Heymann y B. Kosacoff (eds.): *La Argentina de los noventa*, Bs.As., Eudeba-CEPAL, 2000, tomo I).

¹⁴ Quien no haya visto la presentación del plan por parte del especulador inmobiliario que se desempeña como rector de la Universidad de Buenos Aires, Shuberoff, en el programa *Encrucijadas-UBA* (Azul TV, 29/10), puede recurrir a A. Gak: “Hacia el Plan Fénix”, en *La gaceta de economías*, 26/8, o a la prensa que se hizo eco del mismo (*Página 12*, 7 y 8/9, *Clarín*, 7 y 8/9).

¹⁵ Un nuevo examen de esta mecánica ideológica se encuentra en el último libro de S. Žizek: *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Bs.as., Paidós, 2001.

¹⁶ Las mistificaciones en juego son, por supuesto, mucho más fundamentales. No podemos detenernos en ellas, pero para la mistificación correspondiente a la oposición misma entre capital nacional y capital extranjero puede consultarse J. Holloway: “El capital se mueve”, en *Cuadernos del Sur* 31, abril de 2001, y para la oposición entre capital productivo y capital especulativo parasitario A. Bonnet: “El fetichismo del capital-dinero”, de próxima publicación.

¹⁷ Una cierta hipertrofia del análisis “fraccionalista” siempre fue uno de los expedientes más re-

finados del pensamiento reformista. Tampoco puedo detenerme en este punto, pero véase S. Clarke: "Marxism, sociology and Poulantzas's theory of the state", en S. Clarke (ed.): *The state debate*, Londres, Macmillan, 1991.

¹⁸ Algunos resultados desagregados muestran esta relación: la inserción de IU en los partidos más populares del gran Buenos Aires se expresó en un apoyo del 6,5% de los votantes, la inserción del PO entre los piqueteros salteños lo ubicó como tercera fuerza en la capital, por encima de la UCR, y cuarta en provincia.

¹⁹ Ejercicios de agregación como estos son, desde luego, en buena medida improcedentes. No implican de ninguna manera que la suma de votos alcanzada hoy por fuerzas tan diversas se hubiera alcanzado, o se alcanzaría en el futuro, por una fuerza única que adoptara el perfil de cualquiera de ellas. Sólo indican que una parte del electorado expresó su protesta apoyando un cierto número de candidatos de izquierda en un sentido amplio.

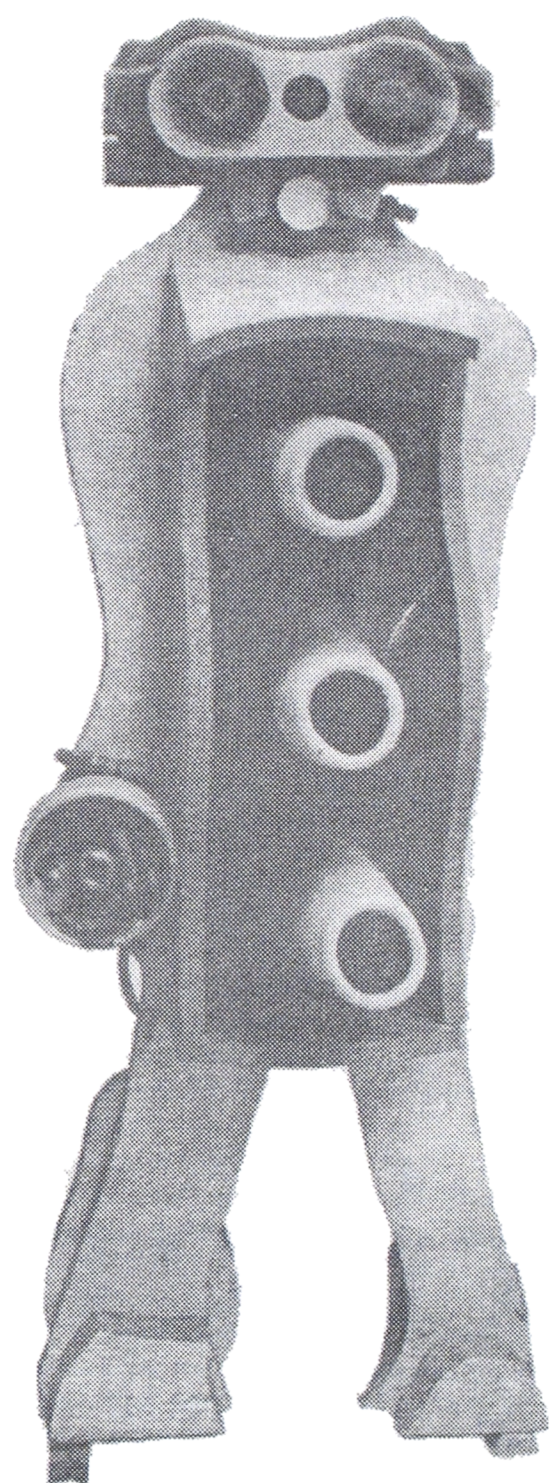
²⁰ Esto, que fue reconocido por el propio Zamora (*Clarín*, 16/10), está lejos de convertirlo en "un nuevo Chacho Álvarez" (Altamira en *Prensa Obrera*, 17/10). La izquierda anticapitalista no puede reducirse a una expresión de ese progresismo de la pequeñoburguesía porteña, pero disputar su apoyo y arrastrarlo hacia una alternativa de izquierda sigue siendo un punto clave de su estrategia.

²¹ Véase en este sentido A. Bonnet: "Aniversario blindado: hacia una década de peso convertible", en *Página 12*, 12/1/2001. Una crisis financiera semejante acaso sólo sería comparable, en su magnitud y consecuencias, con el *default* ruso de 1998.

Periferias

Revista de Ciencias Sociales

Ediciones FISyP Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas

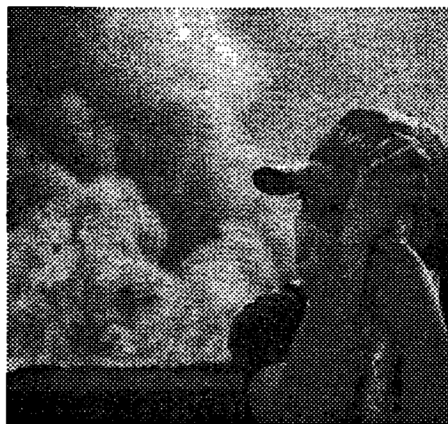


Clase obrera y formas de lucha en la Argentina actual

Nicolás Iñigo Carrera - María Celia Cotarelo

La ofensiva exitosa de la clase capitalista desarrollada mundialmente desde la segunda mitad de la década del '70 tuvo como una de sus armas ideológicas, la proclamación de cuatro falacias destinadas a aislar y debilitar a la clase obrera.

En primer lugar, la afirmación de que en este momento del desarrollo capitalista la clase obrera disminuye hasta desaparecer, reemplazada por máquinas y robots. Apoyada en un uso más bien simplón de los datos censales (que asimila categorías ocupacionales a clases sociales), esta falacia fue perdiendo defensores entre los analistas de la realidad argentina, y muchos de sus sostenedores parecen (una vez más) arrepentidos, sin que, sin embargo, se haya avanzado demasiado en el planteo del problema en términos de cuáles han sido los cambios en la clase obrera, qué



transformaciones se han producido en el núcleo del proletariado industrial, cómo se modificó la proporción entre el activo y la reserva y que ocurrió con las modalidades de la

superpoblación. Una segunda falacia la constituye la afirmación de que la huelga desaparece como forma de lucha, siendo sustituida por "nuevos movimientos sociales" (de mujeres, jóvenes, indígenas y otros) que no son "de base económica" sino, más bien, "de base sociocultural". Cuando es imposible negar la existencia de esa forma de lucha (las huelgas generales) se argumenta que sólo se realizan en el marco de disputas político partidarias, o en defensa de intereses inmediatos de la capa constituida por los funcionarios sindicales. Y, finalmente, una cuarta falacia consiste en afirmar que, en caso de existir, las luchas de los obreros, y en particular las huel-

gas no tienen efecto alguno, “no sirven para nada”.

Este trabajo, que presenta resultados de una investigación realizada en el Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA) sobre las formas de la protesta social y oposición política en la Argentina actual, se propone no tanto mostrar la obvia falsedad de las cuatro afirmaciones a que hemos hecho referencia, sino plantear, a partir de una descripción de los hechos, algunos problemas de periodización y de la relación entre fracciones sociales e instrumentos de lucha.

El momento histórico

El momento histórico en que se desarrollan los hechos que estamos investigando se ubica dentro del período contrarrevolucionario que se inicia a mediados de los '70. Después del intento fallido en 1975 (Rodríguez), cuando la movilización obrera impidió a la oligarquía financiera imponer las políticas, afines a sus intereses, necesarias para adecuar el país a las nuevas condiciones que se imponían en el mundo capitalista, la fuerza social encabezada por ella se apoderó del gobierno en marzo de 1976 para implementar esas políticas por las armas.

Para la clase obrera argentina las condiciones impuestas desde entonces, en un largo proceso que llega hasta hoy, pueden sintetizarse en

máxima jornada de trabajo con mínimo salario y despojo de condiciones dignas de vida y otras conquistas históricas. Desde mediados de los '80, pero más aún en los '90, este proceso de desalojo de espacios sociales fue acompañado por el crecimiento de una masa de población sobrante para el capital, que va consolidándose en la miseria. Es justamente la presión de esa masa, cuya parte totalmente desempleada se ha estabilizado en aproximadamente el doble de lo que fue su punto más alto hasta mediados de los 80,¹ lo que permite mantener las nuevas condiciones, en las que el 10% más rico de la población (que en 1975 recibía el 24% del ingreso total y en 1990 el 33,6%) recibe, en 2000, el 36,9% de ese ingreso mientras el 10% más pobre (que recibía el 3,2% en 1975 y el 2,1% en 1990) recibe apenas el 1,4%. La brecha de ingresos entre el 10% más pobre y el 10% más rico creció 57% entre 1990 y 1999.²

Este es el contexto en que se desarrolla la rebelión de los expropiados, de los desposeídos, de los desalojados de los espacios sociales que ocupaban. A continuación analizaremos las formas que toma, a partir del momento en que, con las hiperinflaciones de 1989 y 1990 (cuando la desaparición del dinero desarticuló todas las relaciones sociales) y la amenaza de su repetición, se potenció la imposición por el mercado de peores salarios y condicio-

nes de trabajo, y se crearon mejores condiciones para la aplicación con toda contundencia de la política de la oligarquía financiera.

Las formas de la rebelión

Entre mayo y julio de 1989 y en febrero y marzo de 1990, los saqueos de comercios, y en mucho menor proporción ollas populares y manifestaciones, no alcanzaron a constituirse en protesta ni se dirigieron contra el estado o el gobierno, limitándose a ser, principalmente, un choque entre particulares, constituyendo apenas una “revuelta”.³

En el primer momento que sigue a la revuelta, se realizan la privatización de empresas estatales, “retiros voluntarios” y despidos de asalariados. Los efectos sobre los trabajadores no parecieron evidentes en un primer momento: la nueva situación contó con consenso, incluyendo el de muchos de los mismos trabajadores de las empresas privatizadas. Los intentos de resistencia⁴ estuvieron enmarcados por el aislamiento social.

A fines de 1993, con el motín del 16 y 17 de diciembre en Santiago del Estero y La Banda, donde fueron incendiadas las sedes de los tres poderes y las casas de dirigentes políticos,⁵ podemos señalar un punto de inflexión. Mientras el conjunto del régimen político cierra filas contra el motín, en distintos conflictos los trabajadores lo señalan como un

ejemplo a seguir. Distintos hechos con elementos de motín se suceden desde fines de 1993 hasta 1995,⁶ y el gobierno debe comenzar a disminuir el ritmo de las reformas dirigidas a modificar las condiciones de trabajo y de vida. Los trabajadores logran frenar, aunque no detener, las políticas laborales y sociales de la oligarquía financiera, sobre todo a partir de la realización de las huelgas generales de 1995 y 1996.

Esto no significa que se cierre el período contrarrevolucionario iniciado a mediados de la década de 1970; pero dentro de él pueden señalarse fases (la que se corresponde con el gobierno militar y la que se corresponde con los gobiernos surgidos de procesos electorales) y también momentos de ascenso y descenso en la lucha de la clase obrera y el pueblo. Desde fines de 1993 pueden señalarse indicios del inicio de un nuevo momento, en que comienza a romperse el aislamiento social de la clase obrera. Las luchas comienzan a lograr grados de articulación, de organización y de sistematicidad que marcan una tendencia a la conformación de un movimiento de protesta social contra las políticas impulsadas por la oligarquía financiera desde el gobierno del estado. Como veremos las huelgas generales aparecen cumpliendo un papel central en esa articulación, a la vez que en el motín y más aún en algunos cortes de ruta aparecen

elementos que embrionariamente pueden constituir una oposición al régimen político vigente.

El momento ascendente llega a su culminación entre 1996 (con la huelga general de septiembre), y la primera mitad de 1997, cuando se producen los cortes de ruta generalizados en la provincia de Jujuy⁷ y las localidades de Cutral-Có,⁸ Cruz del Eje, San Lorenzo y Tartagal.

El corte de ruta, que no constituye un instrumento tan novedoso como a veces se pretende, comienza a generalizarse, al ser utilizado por distintas fracciones sociales, y, en determinadas situaciones deja de ser un instrumento subordinado a otra forma principal de lucha para pasar a ser instrumento principal: “(...) constituyen la ocupación (toma) de una posición que es defendida frente a

las fuerzas policiales. En estos casos los piquetes son para garantizar el mismo corte, son masivos, está presente más de una fracción social, los reclamos incluyen metas generales, y aun los reclamos específicos son variados, expresándose más de una fracción social, y aunque comienzan organizados en multisectoriales u otras formas semejantes, pronto surge una organización en

asamblea y formas de lo que tentativamente podemos llamar ‘democracia directa’, lo que conlleva la desinstitucionalización. Estos cortes se desarrollan en el tiempo y generalmente en ellos se producen divisiones entre quienes aceptan negociar primero y los que siguen...”⁹

Sin embargo, la utilización de este instrumento de lucha no significa el abandono de formas largamente constituidas como la huelga general con movilización. Durante la década de 1990 se realizaron nueve huelgas generales.¹⁰

Como ya dijimos, tanto el motín de Santiago del Estero como las huelgas generales, y en especial la amenaza de huelga general por tiempo indeterminado que siguió a la huelga por 36 horas de septiembre de 1996, donde la movilización reunió a más de 70.000



personas y fue la segunda más grande de las convocadas en la década, postergaron la aplicación de la flexibilización laboral y reforma del estado: son las famosas “tareas pendientes” que los cuadros del capital financiero reclamaron durante los dos últimos años del gobierno de Menem y que sólo pudieron comenzar a aplicarse después del cambio de gobierno en 1999, con el

enorme costo político que significó la sospecha de sobornos para lograrla, en un marco de ilegitimidad.

A fines de 1996, con la fractura en los cuadros sindicales y el creciente aislamiento de las huelgas generales,¹¹ y después de los cortes de mayo de 1997, el momento ascendente de las luchas populares llega a su fin. Si bien se multiplican los cortes de rutas y de calles en casi todo el país, son protagonizados por los pequeños propietarios y otras fracciones de la pequeña burguesía, que logran teñir la protesta con sus rasgos, mientras desaparece la unidad en la lucha de los asalariados. Se refuerza el carácter corporativo de las reivindicaciones, el aislamiento de la clase obrera y, con la formación de la Alianza, todo parece encauzarse dentro de los límites del sistema institucional, canalizándose hacia la disputa electoral.¹²

A fines de 1999 el enfrentamiento social con que culmina la toma del Puente General Belgrano, en Corrientes, continuidad de la Plaza del Aguante, y los de General Mosconi (Salta) en noviembre de 2000 y junio de 2001, junto con la unidad en la acción de los cuadros sindicales, expresada en la segunda y tercera de las huelgas generales que se de-

sarrollan desde 2000,¹³ señalan un nuevo momento ascendente que se prolonga, aunque no linealmente, al menos hasta agosto de 2001.¹⁴

A comienzos de 2001, la protesta se hace sentir fuertemente a las puertas de la Capital Federal, con los cortes más importantes en La Matanza, Florencio Varela y Quilmes.¹⁵ Al igual que los de Jujuy (especialmente Libertador General San Martín), Cutral-Có/Plaza Huincul y Tartagal de 1997 estos cortes tienen como rasgos en común su masividad (centenares de piqueteros se mantienen permanentemente y llegan a ser mi-



les en algunos momentos), su duración de muchos días y la toma de decisiones en asamblea, lo mismo que la aprobación o rechazo de las negociaciones realizadas por los representantes. Pero a diferencia de aquellos, son realizados

exclusivamente por trabajadores desocupados (por lo que los reclamos giran en torno a la asignación de Planes Trabajar y la entrega de alimentos y útiles escolares), con una organización en tanto desocupados que no se disuelve al terminar el corte y que ejerce su dirección. Los trabajadores desocupados avanzan hacia formas de lucha y de organización cada vez más sistemáticas, a pesar de

tratarse de la parte del proletariado despojada no sólo de sus condiciones materiales de existencia sino también de la posibilidad de obtener sus medios de vida mediante el salario. Este avance hacia formas sistemáticas refuta prácticamente los discursos acerca de la imposibilidad de organización de las fracciones proletarias impedidas de enlazarse en la relación salarial en forma estable; constituyen embriones de organización lograda en poco tiempo (apenas 4 años), lo que, en nuestra hipótesis, se vincula con la larga tradición de organización sindical de los trabajadores argentinos. Por su homogeneidad y autoconciencia, se localizan en el grado de organización de intereses económicos inmediatos, más que en el de los intereses del grupo social más vasto, o en los plenamente políticos, lo que los asemeja a los embriones de la organización sindical, aunque será el desarrollo del proceso histórico general el que determine si ésta es la tendencia que va a imponerse o si se constituyen en embriones de otras formas de organización que expresen intereses de clase como totalidad.

También realizan marchas, como la del 20 de marzo, originalmente convocada por organizaciones político sindicales, de jubilados y de desocupados pero que se subsume en la movilización realizada por las centrales sindicales (CGT secretaría Moyano, CTA, CCC) previamente

a la realización de la cuarta huelga general contra la política económica del gobierno nacional; las columnas de desocupados fueron las más nutridas en esa movilización.

Las movilizaciones “contra el ajuste” y “por la libertad de los presos” de julio y agosto de 2001 reúnen una vez más a los pobres con otros trabajadores, principalmente los estatales; la primera y segunda jornadas nacionales de cortes de ruta (31 de julio y 7 y 8 de agosto) se realizan con importante acompañamiento social. Después de esa fecha hay indicios de un nuevo aislamiento social.

Los instrumentos y protagonistas de la protesta

La importancia que tienen los asalariados y la organización sindical en las protestas desarrolladas en la Argentina, que se hace evidente en la periodización de la protesta que presentamos, puede parecer resultado de haber tomado como uno de los indicadores las huelgas generales.

Sin embargo, esa importancia también surge cuando se centra la observación en otros instrumentos utilizados en la protesta. De 595 acciones registradas en el primer cuatrimestre de 2001,¹⁶ 39,2% corresponden a marchas y manifestaciones, 34,3% a cortes de rutas o de calles, 11,6% a ocupaciones de lugares de trabajo, estudio¹⁷ o edificios públicos, 6,7% a huelgas (general,

por rama, por establecimiento) y 8,2 a Otros.

Los Asalariados (ocupados, despedidos o desocupados) dan cuenta del 49,2% de esas acciones, mientras que Estudiantes, docentes y padres realizan el 15,6%, Pequeños productores y comerciantes el 6,9%, Vecinos 9,1%¹⁸ y Militantes 7, 2%. Contrariamente a las imágenes generadas por los medios de comunicación masivos, los asalariados ocupados realizan casi la mitad del total de acciones durante el cuatrimestre, mientras que los desocupados (incluye los beneficiarios de Planes Trabajar y semejantes) realizan algo más de una cuarta parte (27,6%) y los despedidos un 11%.¹⁹ Si se considera al conjunto de los asalariados se observa que la mayoría de las acciones son realizadas por “ocupados en empresas privadas”, y en segundo lugar por “desocupados y despedidos” –estos últimos también mayoritariamente de empresas privadas. Sin embargo, son las administraciones nacional, provinciales y municipales contra quienes se dirigen casi las dos terceras partes de las acciones; principalmente el gobierno nacional, sea contra políticas de gobierno, sea contra el gobierno mismo, sea reclamando su intervención. En segundo lugar se dirigen contra empresas privadas, generalmente por despidos y/o por salarios adeudados.

Correspondiéndose con quienes son los que realizan las acciones en-

tre enero y abril de 2001, su principal organizador es sindical (en cualquier nivel de organización que se trate: central sindical, sindicato de rama, sindicato local, comisión interna). El segundo lugar corresponde a acciones realizadas sin una organización previa que las convoque u organice (“espontáneas”), que corresponden en buena medida a las de los vecinos de pequeña burguesía acomodada en barrios inundados. Finalmente puede observarse la creciente importancia de corrientes o agrupaciones político sindicales, principalmente en la organización de las acciones realizadas por desocupados.

También puede observarse el peso de los asalariados (ocupados, despedidos o desocupados) cuando se centra la observación en un instrumento supuestamente novedoso: los cortes de rutas (o calles).

En el desarrollo de la investigación hemos realizado tres mediciones que abarcan tres lapsos diferentes (1°: diciembre de 1993 a agosto de 1997; 2°: diciembre de 1993 a octubre de 1999; 3°: enero a abril de 2001)²⁰ en los que tomamos en consideración los mismos atributos de los cortes.

Uno de ellos es quién realiza los cortes. Entre diciembre de 1993 y agosto de 1997, los “Asalariados” realizaron más de la mitad: 53,8% de los 156 cortes registrados; correspondiendo el primer lugar (35,3%)

a los cortes realizados por asalariados ocupados, mientras que 15,4% corresponden a asalariados desocupados; pequeños propietarios y otras fracciones de pequeña burguesía realizaron el 16,7% de los cortes y 15,4% fue realizado por Otros; el resto corresponde a combinaciones o no hay datos.²¹

Entre diciembre de 1993 y octubre de 1999, el primer lugar correspondió a los "No Asalariados" (pequeños propietarios y otras fracciones de pequeña burguesía, activados especialmente en 1999), que realizaron el 47,6% de los 685 cortes registrados. Los Asalariados realizaron el 36,8% (25% los ocupados; 6,6% los desocupados, correspondiendo el resto a jubilados y combinaciones).

Entre enero y abril de 2001, bastante más de la mitad de los cortes (58,8% del total de 204 registrados) fueron realizados por los Asalariados, a pesar de la activación de los "vecinos" en el mes de enero, con motivo de las inundaciones, y de la "comunidad educativa" (particularmente los estudiantes) en marzo. El primer lugar correspondió a los Asalariados Desocupados (24,5%), mientras que los Ocupados realizaron el 19,1%. Los cortes del primer

cuatrimestre del 2001 son realizados principalmente por asalariados desocupados y por asalariados ocupados privados (12,2%), siendo notable la poca participación de los asalariados estatales.²²

Correspondiéndose con quién realiza los cortes encontramos que tienen relevancia las organizaciones sindicales (en cualquiera de sus niveles), político sindicales y empresarias como convocantes. Hasta 1999 predominaban las organizaciones empresarias (31,7%) y sindicales (24,8%). Entre enero y abril de 2001, el primer lugar corresponde a

acciones "espontáneas" (23,6%), rasgo fuertemente influido por los cortes realizados por vecinos, mayoritariamente de pequeña burguesía acomodada. Los siguen los cortes que convocan organizaciones de tipo político sin-

dical (21,6%), casi en la misma cantidad que las organizaciones sindicales (21,1%).

Articulación de distintas formas e instrumentos en la huelga general

Al menos desde mediados de los '90 puede observarse que los distintos instrumentos utilizados por distintas fracciones y capas sociales se



articulan en el momento de la huelga general.

Si se observan las siete huelgas generales realizadas en los años 2000-2001, vemos que todas ellas articulan diversos instrumentos de lucha, principalmente marchas y cortes de calles y rutas, junto con ollas populares, concentraciones, escraches, ocupaciones de facultades, radios abiertas, apagones e intentos o amenazas de saqueos, en todo el país.

Distintas fracciones sociales tienden a utilizar diferentes instrumentos. Los piquetes de huelguistas dirigidos a impedir la circulación de colectivos, camiones o trenes y lograr el cierre de comercios y bancos están integrados por trabajadores ocupados de esas mismas actividades. Las marchas, que recorren las calles céntricas de las ciudades y que suelen incluir apedreos de los frentes de edificios públicos, comercios, bancos extranjeros y empresas privatizadas, son realizadas en su mayoría por trabajadores ocupados²³ y en algunas participan también estudiantes y trabajadores desocupados, pero en menor proporción. También las ollas populares, que son organizadas por los sindicatos, las llevan a cabo tra-

bajadores ocupados, junto con desocupados en algunos casos. Los cortes, que se realizan en gran medida en los accesos a las ciudades, son protagonizados tanto por trabajadores ocupados²⁴ como desocupados, jubilados y estudiantes, que confluyen en varios de ellos; sin embargo, esta diversidad desaparece en la huelga general del 19 de julio de 2001 en que los cortes son realizados en su casi totalidad por trabajadores desocupados. Los intentos o amenazas de saqueos a supermercados y comercios, que se producen en Mar del Plata y Rosario en las



huelgas generales de mayo y noviembre de 2000, son realizados por habitantes de barrios pobres o villas, con fuerte presencia de jóvenes, y no llegan a realizarse porque logran que se les repartan alimentos o porque la policía lo

impide. Los escraches y concentraciones son realizados casi exclusivamente por militantes de partidos políticos de izquierda. Los estudiantes, además de participar en marchas y cortes de ruta o calle, ocupan facultades e instalan radios abiertas. En algunas pocas ciudades se producen apagones, realizados por comerciantes, vecinos y pequeños empresarios.

En síntesis, puede observarse que, en los últimos años, las huelgas generales articulan a nivel nacional, diversos instrumentos de lucha utilizados cotidianamente por distintas fracciones sociales para expresar su protesta. A partir de esta articulación, participan trabajadores asalariados tanto ocupados como desocupados, junto a fracciones de pequeña burguesía, así como las capas más pobres de la sociedad. Cada una utiliza los instrumentos que le son más afines, aunque se observa también la confluencia de distintas fracciones en muchas de las acciones.

Clase obrera: inteligencia entre activo y reserva

Si observamos las formas sistemáticas de lucha (huelgas generales con movilización, cortes), que están por encima de cualquier forma espontánea (revuelta, motín), los resultados de investigación muestran la centralidad de la clase obrera en el movimiento de protesta que se desarrolla en la Argentina hoy. Tanto de la parte que se encuentra efectivamente en actividad (activo) como de la parte que constituye una población sobrante para las necesidades actuales del capital (reserva). Utiliza para ello distintos instrumentos.

Los trabajadores ocupados, tanto privados como estatales, constituyen el núcleo en las huelgas generales y en las principales movilizaciones del período. Son también protagonistas

principales de los cortes de rutas y calles, y ocupan el primer lugar entre los asalariados que utilizan ese instrumento entre 1993 y 1999.

Sin embargo, desde 1997 puede observarse la utilización del corte de rutas o calles por los trabajadores que, despojados de sus condiciones materiales de existencia, tampoco pueden obtener regularmente sus medios de vida mediante el salario. Al comienzo de 2001, parece ser esta parte de la clase obrera la que más utiliza ese instrumento. Al mismo tiempo, la organización de los que los realizan tiende a hacerse permanente.

La articulación de instrumentos que se hace observable en las huelgas generales con movilización nos estaría indicando un grado de inteligencia entre el activo y la reserva, condición necesaria, aunque no suficiente, para lograr superar desde su raíz las condiciones en que se desarrolla la vida del conjunto de la clase obrera.

Sin embargo, debe tenerse presente que en ninguno de estos hechos encontramos desarrollada una política "consciente", en el sentido de apuntar a la superación de raíz de las causas del estado en que se encuentran las fracciones sociales involucradas. El desarrollo de esa política implica necesariamente el desarrollo de otros instrumentos.

Octubre de 2001

Notas

¹ Las tasas más altas de desocupación antes de 1986 rondaron el 6%. En la segunda mitad de la década de 1990 la tasa más baja de desocupación fue de 12,4 en 1998. (Fuente: Indec).

² Clarín; 29/7/01.

³ Iñigo Carrera, N., Cotarelo, M.C., Gómez, E. y Kindgard, F.; *La Revuelta. Argentina 1989/90*; Buenos Aires, PIMSA, Documento de Trabajo N°4, 1995.

⁴ Por ejemplo, la llamada "Plaza del No", la huelga de los telefónicos en 1990, el corte de ruta en Sierra Grande en 1991, la huelga ferroviaria de ese mismo año y de los obreros de Soma en 1992.

⁵ Cotarelo, María Celia; *El motín de Santiago del Estero, diciembre de 1993*; Buenos Aires, PIMSA, Documento de Trabajo N°19, 1999.

⁶ Hay ataques a las sedes de gobiernos provinciales y municipales y residencias de dirigentes políticos en La Rioja en 1993, en Jujuy en 1994, en Salta en 1994, y muchos más en 1995.

⁷ Gómez, Elizabeth y Kindgard, Federico M.; "Los cortes de ruta en la provincia de Jujuy. Mayo/junio de 1997"; Buenos Aires, PIMSA, Documento de Trabajo N°15, 1998.

⁸ Klachko, Paula; "Cutral-Có y Plaza Huincul. El primer corte de ruta (1996). Cronología e hipótesis"; Buenos Aires, PIMSA, Documento de Trabajo N°20, 1999.

⁹ Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M.C.; *La protesta social en los '90. Aproximación a una periodización*; Documento de Trabajo N°27, PIMSA 2000.

¹⁰ El 9/11/92, convocada por la Confederación General del Trabajo (CGT) por 24 horas; 2/8/94, convocada por el Congreso (después Central) de los Trabajadores Argentinos (CTA) y el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA) por 24 horas; 21/4/95, convocada por CTA y MTA por 24 horas; 6/9/95 convocada por CGT con adhesión de CTA y MTA por 12 horas con movilización (Marcha del Trabajo); 8/8/96, convocada por CGT, CTA y MTA por 24 horas con movilización de CTA y ollas populares de MTA; 26 y 27/9/96 convocada por CGT, incluido el MTA, con adhesión de CTA

por 36 horas con movilización a Plaza de Mayo; 26/12/96, convocada por CGT (excepto algunos dirigentes menemistas) con adhesión de CTA y MTA por 24 horas sin movilización; 14/8/97, convocada por CTA, MTA, la Corriente Clasista y Combativa (CCC), Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y 62 Organizaciones Peronistas por 24 horas con movilizaciones en el interior del país; 6/7/99, convocada por CTA por 24 horas con movilización (Jornada de Protesta Nacional).

¹¹ Iñigo Carrera, N., *Fisonomía de las huelgas generales de la década de 1990 (1992-1999)*; Buenos Aires, Pimsa, Documento de Trabajo N° 21; 1999.

¹² Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M.C.; *La protesta social en los '90. Aproximación a una periodización*; Documento de Trabajo N°27, PIMSA 2000.

¹³ 5 de mayo, 9 de junio y 23 y 24 de noviembre de 2000; 21 de marzo, 8 de junio, 19 de julio y 8 de agosto de 2001.

¹⁴ La huelga del 8 de agosto de 2001, convocada sólo por la CTA fue parcial.

¹⁵ Nicolás Iñigo Carrera y María Celia Cotarelo; *La protesta en la Argentina (enero - abril de 2001)*; Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) Observatorio Social de América Latina, N°4, Buenos Aires, 2001.

¹⁶ Alcanzó mayor extensión en marzo, cuando se produjo la renuncia del ministro de Economía. Su reemplazante duró apenas unos días en el cargo: después de elaborar un plan económico basado en el recorte de gastos del Estado en las áreas de educación y la administración pública nacional y provincial tuvo que presentar la renuncia, ante el rechazo unánime y la amenaza de movilización de todos los sectores afectados por las medidas anunciadas -incluyendo las renunciaciones de varios funcionarios del gobierno. Finalmente, se reestructuró el gabinete nacional y fue nombrado ministro de economía, Cavallo.

¹⁷ El incremento de las ocupaciones en los meses de marzo, en que constituyen una quinta parte de las acciones, corresponde a las ocupaciones de facultades por parte de estudiantes

universitarios que protestan contra la anunciada reducción del presupuesto educativo.

¹⁸ Corresponde a una activación momentánea de los "vecinos", especialmente en Capital Federal y Gran Buenos Aires, durante el mes de enero: se trata de protestas contra los gobiernos municipales por las inundaciones de determinados barrios a raíz de las fuertes tormentas.

¹⁹ Nicolás Iñigo Carrera y María Celia Cotarelo; *La protesta en la Argentina (enero - abril de 2001)*; Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) Observatorio Social de América Latina, N°4, Buenos Aires, 2001.

²⁰ Diciembre de 1993 se corresponde con el motín de Santiago del Estero, señalado como inicio del momento ascendente. Agosto de 1997, octubre de 1999 y enero-abril de 2001 corresponden a momentos en que publicaron re-

sultados provisionales de la investigación, que prevé el registro sistemático desde diciembre de 1993 hasta la actualidad.

²¹ Iñigo Carrera y Cotarelo; *Los llamados "cortes de ruta". Argentina 1993-97*; Documento de Trabajo N°14, PIMSA 1998.

²² Nicolás Iñigo Carrera y María Celia Cotarelo; *La protesta en la Argentina (enero - abril de 2001)*; Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) Observatorio Social de América Latina, N°4, Buenos Aires, 2001.

²³ Docentes, estatales, judiciales, camioneros, colectiveros, bancarios, empleados de comercio, obreros azucareros, obreros ceramistas, trabajadores aeronáuticos, trabajadores de la salud, trabajadores viales, entre otros.

²⁴ Estatales, camioneros, obreros azucareros, trabajadores rurales, viales, metalúrgicos, portuarios.

EL Rodaballo

Revista de política y cultura



“La década perdida”

Tendencias de la conflictividad obrera frente a la ofensiva del capital (1989-2001)”

Adrián Piva

Introducción

Las transformaciones experimentadas por el capitalismo argentino desde mediados de la década de 1970 hasta la actualidad, pero fundamentalmente las desarrolladas en la última década, como parte de una profunda reorganización del capitalismo a escala mundial, han impactado de manera profunda en su estructura de clases, en las formas y los contenidos asumidos por la conflictividad social, y en la capacidad del Estado para canalizar esa conflictividad.

El impacto que tuvieron los cambios impulsados por la crisis del modelo sustitutivo de importaciones, sobre la configuración de la fuerza de trabajo, se caracterizó por la destrucción de sus antiguas condiciones y modos de reproducción, ligados al modo de acumulación anterior, y por lo tanto por la destrucción de la base sobre la que surgieran y se desarrollaran las formas de organización y la ideología de la

clase obrera durante el período de posguerra. Pero al mismo tiempo por la aparición y desarrollo de nuevas condiciones sociales de existencia de la clase obrera vinculadas a las nuevas formas de acumulación del capital.

De este modo, el proceso de transformación de las condiciones de acumulación del capital, que es al mismo tiempo proceso de transformación de la clase obrera, se manifestó en su curso en la figura de una fuerza de trabajo fragmentada y heterogénea. Situación ésta, que debilitó a la clase obrera frente a la ofensiva del capital y que además en conjunto con el crecimiento de la desocupación actuó como elemento disciplinador.

Desde 1976 se produjeron fuertes modificaciones en la composición y forma de la fuerza de trabajo, pero fue a partir de 1989 que la mayor parte de estos cambios se aceleraron y otros en buena medida surgieron –sobre todo los referidos a modifi-

caciones en el proceso de trabajo, aumento del desempleo y cambios en la calificación y descalificación de la fuerza de trabajo por incorporación de nuevas tecnologías.

En términos generales las transformaciones en el proceso de trabajo y la incorporación de nuevas tecnologías han sido desiguales tanto por tamaño de las empresas como por ramas y regiones, dando lugar a una fragmentación en términos de las formas de explotación de la fuerza de trabajo.

Según cifras de la EPH de Mayo de 2001 para el Gran Buenos Aires, continuando una tendencia iniciada durante la dictadura militar se produjo una pérdida de importancia del sector obrero industrial: los obreros industriales como proporción del total de ocupados pasaron desde el 29,5% en mayo de 1992 al 17,7% en mayo de 2001. Mientras que persistió el crecimiento relativo de los empleados en el sector servicios,¹ los cuales, excluyendo el servicio doméstico, aumentaron su proporción del total de asalariados desde 25,4% en mayo de 1992 a 32,4% en mayo de 2001. Los asalariados en "comercio", en tanto, aumentaron levemente su participación relativa (14,3% en mayo de 1992 y 14,7% en mayo de 2001).²

Por otra parte la caída de los ingresos familiares y el crecimiento de la desocupación entre los jefes de hogar (que pasaron de ser un 30%

de los desocupados en 1989 a representar un 36,4% en mayo de 2001) incrementó la participación de la fuerza de trabajo femenina cuya tasa de actividad pasó de 29,7% en abril de 1989 a 35% en mayo de 2001.³

En conjunto se dio una extensión de la precariedad laboral que, medida en términos del porcentaje de asalariados sin descuento jubilatorio, pasó del 22% en 1990 al 28% en el 2000.⁴

La tasa de desocupación, en tanto, creció desde del 7,6% en mayo de 1989, al 17,2% en mayo de 2001, mientras que la subocupación horaria, demandante y no demandante de empleo, se incrementó desde el 8,5% en mayo de 1989 al 14,4% en mayo de 2001.

Las tendencias a la tercerización de ciertas actividades por parte de las empresas también han contribuido a la fragmentación de la fuerza laboral y al debilitamiento del colectivo de trabajo. Según una encuesta de la U.I.A. de 1997, desde 1990 a 1997 el 30% de las PyMIs descentralizó alguna fase del proceso productivo; entre las empresas que tenían mas de 24 personas empleadas, mas del 40% contrataba servicios de mantenimiento, trabajos de liquidación de sueldos y/o tareas relacionadas con logística comercial. En las grandes empresas la tendencia parecía ser más aguda.⁵

Por último el proceso de concentración y predominantemente el de

centralización del capital, resultante de la crisis, modificó la distribución social y productiva de la fuerza de trabajo. Según un estudio de Ruth Sautú⁶ para el período 1991-1996 en el Gran Buenos Aires la consecuencia de los cambios fue la recomposición de la distribución de la ocupación por tamaño del establecimiento con un aumento de las categorías de mayor tamaño.

Sin embargo, la situación descrita vuelve significativa en términos político-sindicales la fragmentación por establecimientos. En 1997, las empresas con menos de 10 empleados y obreros, daban ocupación al 22% del total de los ocupados en la industria; las que tenían entre 11 y 200 obreros y empleados ocupaban al 48%; y las que tenían mas de 200 ocupaban al 30% restante.⁷ Por lo tanto unos 14.500 establecimientos industriales empleaban casi medio millón de obreros, con una media de 35 cada uno. Si bien antes del '75 el peso de las PYMEs con respecto a la ocupación era también muy alto, la mayor homogeneidad de la fuerza de trabajo y los bajos índices de desocupación daban un peso político-sindical a las grandes concentraciones obreras, que en esta etapa han perdido.

Los conflictos obreros en tanto manifestaciones coyunturales de la contradicción entre capital y trabajo, expresan en las tendencias de su evolución, las condiciones sociales

de existencia de la clase obrera, como la base, en el sentido de condición de posibilidad, de la aparición y desarrollo de formas organizativas e ideológicas de la clase obrera como sujeto colectivo.

En términos de su secuencia lógica, los cambios en el modo de acumulación del capital, cuyo corazón son las formas asumidas por la explotación de la fuerza de trabajo, al transformar en su propio proceso la configuración concreta de la fuerza de trabajo suponen la transformación de las condiciones de la acción colectiva de los trabajadores y por lo tanto las tendencias del conflicto obrero.

La lucha de clases en el período considerado, uno de cuyos aspectos relevantes es la evolución de la conflictividad laboral, se da en los marcos de la consolidación durante la última década, de una relación de fuerzas favorable al capital.

Frente a una clase obrera fragmentada y debilitada, en un contexto de incremento de la competencia individual entre los trabajadores debida al crecimiento de la desocupación y la subocupación, la burguesía aparece sólidamente unida en torno de los aspectos centrales del régimen de acumulación en curso pese a las diferencias entre sus fracciones y la gravedad de la crisis actual.

Sin embargo las tendencias de evolución de la conflictividad obrera, en tanto son resultado de las res-

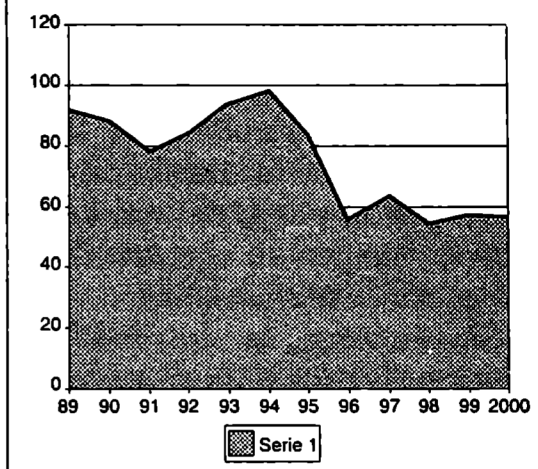
puestas de los trabajadores como clase, mas allá de su conciencia de este hecho, a la ofensiva del capital, manifiestan también las líneas de recomposición de la clase obrera en el período.

El objetivo de este artículo, en lo que sigue, es analizar algunas de esas tendencias en la evolución de la conflictividad obrera entre 1989 y 2001.

Algunas tendencias de la conflictividad obrera entre 1989 y 2000 ⁸

La observación de la evolución de la conflictividad obrera a lo largo de todo el período muestra una clara tendencia a la caída (Gráfico 1). Teniendo en cuenta que esta caída se produce en el marco de una sostenida ofensiva del capital podemos hablar de un retroceso de la clase obrera, que se expresa, en la caída del nivel de respuesta en términos del promedio mensual de conflictos.

Gráfico 1: Evolución anual del promedio mensual de conflictos (1989-2000)



La continuidad de la ofensiva del capital durante el período puede ejemplificarse por medio de la evolución de la sanción y promulgación de normas tendientes al desmantelamiento del ordenamiento legal que rigió las relaciones laborales hasta la década del '80. Si bien las diferencias de contenido exigen

Cuadro 1: Evolución de la sanción de legislación antiobreroa (1989-2000)(a)

	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	Total
Flexibilización y costos laborales*	1	0	3	1	3	2	4	1	0	2	1	5	23
Regulación poder sindical**	0	1	1	0	1	0	2	1	1	0	1	1	9
Total	1	1	4	1	4	2	6	2	1	2	2	6	32

* Incluye decretos del P.E. N. y leyes nacionales que establecen condiciones peores para los trabajadores en las siguientes áreas: Contratos, Período de prueba, Pasantías y contratos de aprendizaje, Salarios, Accidentes de trabajo, Indemnizaciones por despido, Jubilaciones, Aportes patronales. Aquellas leyes y decretos que afectan más de un área se contabilizan solo una vez.

** Incluye decretos del P.E.N. y leyes nacionales que establecen restricciones al derecho de huelga y que descentralizan negociaciones colectivas.

(a) Construido en base a datos extraídos de AAVV: Las nuevas reglas del juego. Laboratorio Nro. 6.Año 2. Bs. As. Verano 2001.

rían un análisis cualitativo, su evolución cuantitativa puede poner de manifiesto el hecho de que no existió una merma significativa de las medidas antiobreras tomadas por el Estado Nacional:

Los conflictos al mismo tiempo adquirieron un carácter predominantemente defensivo. Como se observa en los Gráficos 2 y 3 los conflictos de tipo defensivo, es decir motivados en suspensiones y despidos y en reclamos de atraso salarial, tuvieron una tendencia general al aumento en un contexto de descenso general de la conflictividad y crecieron como proporción del total de conflictos desde el 29,3% del promedio mensual en 1989 al 55,2% en el 2000:

Sin embargo si el crecimiento tendencial de la cantidad de conflictos defensivos contribuyó al aumen-

Gráfico 2: Evolución anual del promedio mensual de conflictos defensivos (1989-2000)

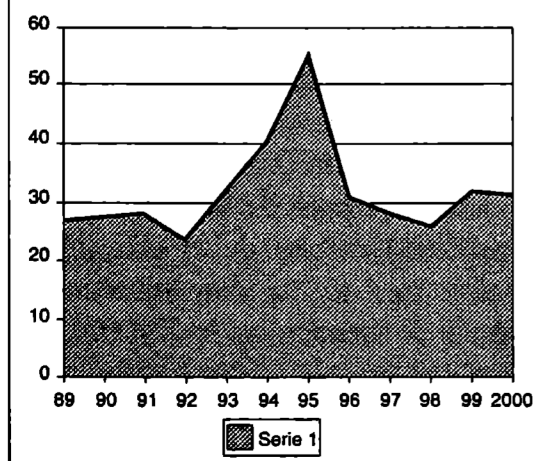
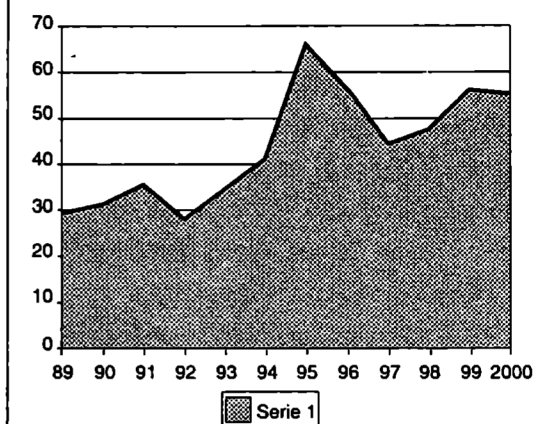


Gráfico 3: Evol. anual del porcentaje de confl defensivos como proporción del total de conflictos (1989-2000)

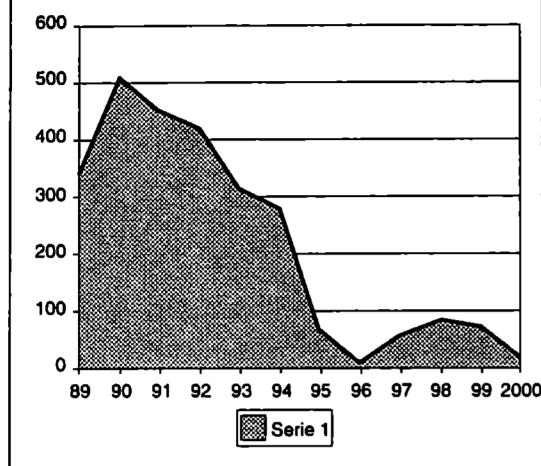


to de su proporción del total de conflictos, mucho mas incidió la fuerte caída de conflictos ofensivos, es decir por aumento de salarios, que por otro lado explica el grueso de la caída de la conflictividad en la etapa considerada, el gráfico 4 muestra la magnitud de la disminución.

Si volvemos al Gráfico 1 podemos observar que se recortan tres subperíodos en términos de la evolución de la conflictividad total.

El primer subperíodo, que abarca los años 1989-1991, es la fase descendente del ciclo iniciado con el ascenso de la conflictividad en 1988. La caída de la conflictividad en 1991 puede explicarse por la estabilización de precios a partir de la implementación de la convertibilidad cambiaria en abril de 1991, que como se observa en el Gráfico 4

Gráfico 4: Evolución de los conflictos por aumento salarial en 7 ramas seleccionadas* (1989-2000)



Las ramas seleccionadas son: Manufactura, Construcción, Comercio, Transporte y comunicaciones, Bancos, Administración pública, Servicios sociales.

presenta el primer descenso de conflictos motivados por aumentos salariales. El hecho de que la fase aguda de la crisis hiperinflacionaria hubiera quedado atrás tiene también efectos coyunturales sobre la magnitud de la amenaza a las condiciones inmediatas de reproducción de la fuerza de trabajo: según datos del Indec para el Gran Buenos Aires, la tasa de empleo que había caído desde el 38,6% al 37,1% entre mayo del '89 y mayo del '90 se recuperó al 38,1% en mayo del '91, la tasa de desocupación que entre mayo de 1989 y mayo de 1990 se había desplazado desde 7,6% a 8,6% cae en mayo de 1991 al 6,3%.⁹

Sin embargo, el aspecto central

de este período es el carácter de punto de inflexión en la situación general de la clase obrera desde el punto de vista de la relación de fuerzas entre las clases.

En los años '89 y '90 se desarrolla el episodio final de la crisis del modo de acumulación del capital prevaleciente en la Argentina desde mediados de siglo. Pero la crisis de esta forma histórica del capital es también la crisis –el fracaso– de la estrategia dominante de la clase obrera en el período: la lucha redistributiva en el marco de un proceso de acumulación centrado en la industrialización dependiente orientada al mercado interno.

Frente a la inexistencia de una alternativa socialista en las condiciones nacionales y mundiales del período, la crisis del '89, como toda crisis capitalista, planteaba la alternativa de hierro de una salida de la crisis que suponía como una de sus condiciones el deterioro de la situación de los trabajadores (caída salarial, aumento de la tasa de explotación, disminución de costos asociados a las condiciones de uso de la fuerza de trabajo) en una lógica de recuperación de la tasa de ganancia y posteriormente de la inversión, o la profundización de la crisis, que llevaba también al deterioro continuo de la situación de los trabajadores.

Ante una salida capitalista de la crisis que suponía la reconfigura-

ción total de las condiciones de acumulación, en consonancia con los cambios del capitalismo a nivel mundial, la respuesta de los trabajadores fue en los términos de una estrategia cuyas condiciones de éxito eran incompatibles con el desarrollo de la crisis en curso: una tasa de acumulación que permitiera el aumento del producto apropiado por los asalariados y el desarrollo de un modo de acumulación que hiciera posible el sostenimiento y crecimiento del sector industrial orientado al mercado interno.

Ya desde 1988 la lucha salarial manifiesta su pérdida de eficacia. El aumento del salario afectaba aún más una tasa de ganancia deprimida y el intento del Estado de transformar la presión obrera en demanda efectiva mediante políticas monetarias expansivas (emisión de derechos sobre el plus valor futuro) ante el aumento de la desinversión, se transformaba en escalada inflacionaria, y por lo tanto en una nueva caída del salario. Entre enero y julio del '88 el salario real, producto de la aceleración inflacionaria, experimentó una continua caída (tomando diciembre del '87 = 100, cayó desde 102,20 para enero a 78,80 para julio del '88).¹⁰ El lanzamiento del plan primavera en agosto del '88, con la breve estabilización inflacionaria, inició un período de recomposición salarial que duró hasta enero del '89 inclusive.

El salario trepó a 86,80 en agosto y llegó a 104,40 en enero del '89, 2% por encima de igual mes del '88, a partir de allí se iniciaría una fuerte caída salarial llegando en abril a 57,10 (siempre tomando diciembre del '87 = 100). A partir de 1989 la lucha salarial se transforma en una lucha por moderar la caída salarial.

Si la crisis capitalista es la crisis de reproducción de las clases sociales, el agravamiento y profundización de la crisis genera la necesidad creciente, tanto para la burguesía *como para el proletariado*, de resolución de la crisis *en cualquier sentido que sea*. Es falso creer que la sola agudización de la crisis genera mejores condiciones concretas para una solución favorable a los trabajadores.

De modo que, en tanto la profundización de la crisis pone en cuestión la propia reproducción de la clase obrera, esta puede derivar, ante la ausencia de una alternativa obrera, en la construcción de un bloque hegemónico de la burguesía basado en un fuerte consenso alrededor de una salida capitalista inmediata de la crisis.

En el '91 la combinación de la derrota de la estrategia dominante dentro de la clase obrera y de "alivio" por la salida de la fase aguda de la crisis generaron las condiciones para ese consenso.

La consolidación de la nueva relación de fuerzas favorable al capital se expresó en el plano de la conflic-

tividad, con el inicio en el año '89 de una tendencia hacia una creciente predominancia de los conflictos de tipo defensivo que queda claramente expuesta en el Gráfico 5.

Gráfico 5: Evolución anual de los porcentaje de conflictos ofensivos y defensivos como proporción del total (ofensivos + defensivos)



La segunda etapa observable dentro del período general se extiende entre 1992 y 1996, con una fase ascendente hasta 1994 que presenta el pico de conflictividad de todo el período. Si bien ya en 1995 comienza la baja, el descenso mas importante se produce en el '96, año en el que se observan, también, los índices mas bajos de conflictividad entre 1989 y 2000.

El ascenso de la conflictividad entre 1992 y 1994 tiene un carácter netamente defensivo, como surge de la observación de los Gráficos 2, 3 y 4. Entre esos años hay una fuerte caída de los conflictos con moti-

vo en aumentos salariales, y el grueso del crecimiento de la conflictividad se explica por el aumento de los conflictos motivados en despidos y suspensiones y atrasos salariales. De hecho los conflictos de corte netamente defensivo en 1993 superan por primera vez a los ofensivos y crecen desde un promedio mensual de 23,8 en 1992 a uno de 55,3 en 1995, pico de los conflictos defensivos de todo el período.

En realidad el ciclo es el siguiente: en 1993 y 1994 el incremento de los conflictos por despidos, suspensiones y atraso salarial elevó la conflictividad total. En 1995, sin embargo, su nuevo aumento no pudo compensar la caída en los conflictos por aumento de salarios, que presentan la caída más pronunciada del período. En 1996 el descenso de la conflictividad es generalizado y llega a sus niveles más bajos. La explicación de este comportamiento se encuentra en la evolución de la desocupación.

Entre el '92 y el '95 el crecimiento de la desocupación tuvo como principales causas el aumento de los despidos y el crecimiento de la oferta de fuerza de trabajo, reflejada en el crecimiento de la tasa de actividad, en un contexto de achicamiento de su demanda (de lo cual es un indicador la evolución de la tasa de empleo en su tendencia general). El incremento de la oferta de fuerza de trabajo tiene su explica-

Cuadro 2: Evolución anual de las tasas de desocupación, actividad y empleo (1992/1996)¹¹

Año	T. Desoc. Mayo	T. Desoc Octubre	T. de activ Mayo	T. de activ Octubre	T. de Emp Mayo	T. de Emp Octubre
92	6.9	7.0	39.8	40.2	37.1	37.4
93	9.9	9.3	41.5	41.0	37.4	37.1
94	10.7	12.2	41.1	40.8	36.7	35.8
95	18.4	16.6	42.6	41.4	34.8	34.5
96	17.1	17.3	41.0	41.9	34.0	34.6

ción como una estrategia de los hogares para compensar la caída de los ingresos familiares, en buena medida debido al aumento de los despidos y también al crecimiento de la precariedad y la caída de las remuneraciones.¹²

De modo que, en forma general la problemática asociada al crecimiento de los despidos explica, en gran parte, el enorme crecimiento de los conflictos defensivos. Pero precisamente el aumento de la de-

socupación resultante, explica la caída constante de los conflictos por aumento salarial, hasta que en 1995 esta caída es tan grande que no es compensada por el aumento de los conflictos defensivos. En 1996 la estabilización de los altos niveles de desocupación que se observan en el cuadro 2, provoca la caída generalizada de la conflictividad.

Sin embargo las causas que motivan el crecimiento de los despidos

Cuadro 3: Empleados del Sector Público Nacional (1992-1999)*

	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999
Administ. Nacional	344.592	318.710	322.893	339.180	320.696	298.375	290.861	291.235
Administ. Central	262.800	244.428	234.160	256.045	241.252	227.444	228.941	229.325
Org. Descentraliz.	73.976	64.514	68.520	62.924	59.907	54.953	55.599	55.613
Instit. d/Seg. Social	7.816	9.768	20.213	20.217	19.537	15.978	6.321 ¹	6.297 ¹
Univers. Nacionales	125.022	123.404	128.262	128.277	127.030	133.165	139.985	136.345
Sistema Financiero	18.004	18.139	19.140	18.821	19.500	19.232	17.392	16.233
Empresas del Estado	132.389	66.731	39.211	31.695	28.883	31.327	7.639 ²	7.501
Total	620.007	526.981	509.512	517.979	496.189	482.099	455.877	451.314

Fuente: ????

1 No incluye PAMI

2 Privatización de Correos y Telecomunicaciones

* Ibidem. Pág. 5.

pueden dividirse en dos grandes grupos, los cuales constituyen causas diferenciables de conflictividad laboral.

En primer lugar se encuentran aquellas vinculadas de modo genérico con la llamada reforma del Estado: despidos de la administración pública y privatizaciones –las que supusieron de manera general importantes despidos de personal. Estas causas son muy importantes como explicación del crecimiento de los despidos entre 1992 y 1993.

La conflictividad del período expresa esta situación a través del crecimiento del conflicto defensivo en la administración pública –64 conflictos en 1992, 68 en 1993 y 76 en 1994– y de los importantes conflictos por privatizaciones de esos años.

En segundo lugar tenemos la dinámica expulsiva de mano de obra del sector privado. Entre 1991/2 y 1994 el aumento de la inversión está marcado por el efecto de la apertura de la economía en combinación con una política monetaria restrictiva. La apertura, al someter a la economía argentina al funcionamiento pleno de la ley del valor a escala mundial, significó una presión sobre las empresas para incrementar la productividad y la intensidad del trabajo de modo de poder enfrentar la competencia internacional.

Esto tuvo como efecto por un lado, la quiebra de una parte del sector industrial que no estaba en con-

diciones de competir internacionalmente, lo que implicó, por consiguiente una pérdida de empleos. Pero por otro lado, las que se encontraban en condiciones de competir se vieron empujadas a la transformación del proceso de trabajo, la incorporación de nueva tecnología y la intensificación del trabajo. Como parte de este proceso, mediante la incorporación de nuevas tecnologías, los capitales productivos individuales presionados por la competencia, fueron en busca de plusganancias –o simplemente de conservar las suyas– por medio del aumento de la productividad y de incrementar la tasa de explotación a través de una mayor intensificación del trabajo, reemplazando trabajo vivo por trabajo muerto. Ese es el contenido de las llamadas “inversiones de racionalización”.

En 1995, a esta dinámica se suma el impacto sobre el empleo de la recesión que sufre la economía Argentina durante ese año. De conjunto, el efecto de la llamada “reconversión productiva” entre 1992/94 y la recesión del ‘95, supusieron una dinámica expulsiva de fuerza de trabajo en el sector privado que impulsó el crecimiento de conflictos defensivos a nivel de empresas y plantas.

Sin embargo, el aumento de los conflictos defensivos se explica también por el incremento de aquellos motivados por reclamos de pagos sa-

lariales atrasados. Estos últimos tienen un continuo crecimiento a partir de 1993 como producto de las llamadas “crisis de las economías regionales” o “crisis provinciales” agudizadas por el efecto tequila en 1995. Este tipo de conflictos tiende también a descentralizarse, ya no a nivel de empresa, planta o repartición, sino a niveles locales o regionales.¹³

Combinados, el crecimiento de los conflictos por despidos a nivel de empresa o planta y de los motivados en atrasos salariales a niveles provinciales y municipales determinaron un crecimiento de la dispersión de los conflictos con mayor protagonismo de las instancias sindicales descentralizadas.

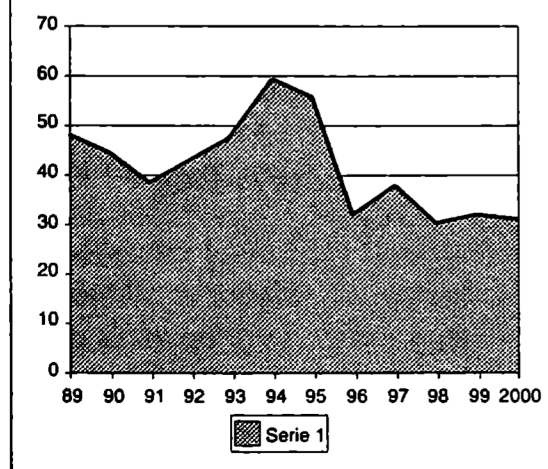
En este segundo subperíodo entonces, se produce una fuerte transformación de las condiciones de acumulación del capital que supone

un duro ataque a las condiciones de reproducción de la clase obrera. Lo que se traduce en una lógica defensiva de la conflictividad obrera en la etapa, pero también en lo que podemos llamar una dinámica de retroalimentación de la relación de fuerzas, en tanto la propia transformación del modo de acumulación con sus efectos de debilitamiento y fragmentación de la clase obrera, generó mejores condiciones para la continuidad de la ofensiva del capital.

De modo general podemos decir que la inflexión en la relación de fuerzas en el '89/'90 y su consolidación con la emergencia de un consenso alrededor del programa burgués de salida de la crisis, cristalizado en el apoyo a la “estabilidad” a partir del lanzamiento de la convertibilidad monetaria en abril de 1991, posibilitó la ofensiva del capital entre 1992/96, una transformación radical del modo de acumulación, y de su corazón, las formas concretas de explotación de la fuerza de trabajo. Una medida de la aceleración de los cambios es el aumento en este período, visible en el cuadro 1, de la actividad legislativa tendiente al desmantelamiento del ordenamiento laboral de posguerra.

El tercer subperíodo, en términos de la evolución de la conflictividad obrera total, que puede observarse en el Gráfico 1, se extiende entre 1997 y 2000.

Gráfico 6: Evol. anual de los confl. en instancias sindicales descentralizadas



Sin embargo a diferencia de los otros dos subperíodos, lo único que puede caracterizarlo como una sola etapa es la estabilización de los niveles de conflictividad alrededor de los bajos índices alcanzados en 1996, con la excepción del crecimiento de los conflictos en 1997, cuya magnitud por otra parte no alcanza para considerarlo como una ruptura clara en los niveles del subperíodo

Cuadro 4: Evolución anual del promedio mensual de conflictos (1995-2000)

1995	1996	1997	1998	1999	2000
84	55.2	63,7	54,6	57,1	56,9

El análisis de la conflictividad desde 1997 al año 2000 revela no obstante, que puede considerarse como el resultado de dos momentos claramente diferenciables: 1997/98 y 1999/2000.

Si observamos los gráfico 2 y 4 para los años '97/'98 podemos descubrir que en esos dos años se produce, por única vez en todo el perío-

do considerado, un incremento de los conflictos por aumento salarial. En 1997 de este movimiento resulta un crecimiento del total de conflictos y en 1998 aunque vuelven a crecer, no llegan a compensar la caída por otros motivos, incluidos los defensivos, por lo que la conflictividad total cae nuevamente.¹⁴

Este fenómeno puede explicarse nuevamente por el comportamiento de la tasa de desocupación. A partir de 1996 se produce un nuevo ciclo expansivo de la economía argentina basado fundamentalmente en el crecimiento de la inversión (1996: 8,80%; 1997: 26,50%; 1998: 6,50%) y en menor medida en el crecimiento del consumo (1996: 6,10%; 1997: 7,80%; 1998: 3,60%). En contraste con 1991/94 cuando el crecimiento de la inversión, dada la forma predominantemente "racionalizadora" que adoptó, supuso una dinámica expulsora de mano de obra, en este período su crecimiento tuvo un fuerte efecto en la disminución del desempleo, si bien este se mantuvo en niveles altos :

La caída de la tasa de desocupa-

Cuadro 5: Evolución de tasa de desocupación 1996-1998¹⁵

	<i>T. de desoc. Mayo</i>	<i>T de desoc. Octubre</i>	<i>T. de activ. Mayo</i>	<i>T. de activ Octubre</i>	<i>T. de Empl. Mayo</i>	<i>T. de Empl. Octubre</i>
1996	17.1	17.3	41.0	41.9	34.0	34.6
1997	16.1	13.7	42.1	42.3	35.3	36.5
1998	13.2	12.4	42.4	42.1	36.9	36.9

ción, durante los dos años, se explica por el aumento de la demanda de fuerza de trabajo, suficiente para disminuir la proporción de desocupados aún en un contexto de incremento de la oferta de fuerza de trabajo, lo que se pone de manifiesto en la evolución de la tasa de actividad.

En una lógica inversa a la desplegada entre 1992 y 1996 la disminución de la desocupación supone al mismo tiempo el incremento de los conflictos salariales y la disminución de los defensivos, solo que si en la etapa anterior la caída de la conflictividad en 1995, cuando todavía crecían los conflictos netamente defensivos, se debió a la magnitud del descenso de los conflictos con motivos salariales, en este caso la caída del '98, cuando todavía crecen los reclamos de incremento salarial, se debe a la debilidad del aumento de estos últimos.

Entre 1999 y 2000 el inicio de la actual depresión económica, y el renovado incremento de los despidos, produjo la nueva retracción de los conflictos por aumento salarial. Sin embargo la respuesta defensiva de la clase obrera solo tendió a compensar la caída de conflictos con motivo en reclamos de incremento salarial. De este modo la conflictividad tendió a mantenerse en los bajos niveles alcanzados en 1996.

Este último subperíodo muestra entonces dos fenómenos de importancia. En primer lugar, la expansión

económica del '96/'98 con su efecto de disminución del desempleo, puso en evidencia la permanente capacidad ofensiva que posee la clase obrera, aún en condiciones de todavía muy altas tasas de desocupación como la de esos años. En segundo lugar, la persistencia de los bajos niveles de conflictividad entre 1997 y 2000, pero sobre todo la debilidad de la respuesta defensiva, puso de manifiesto la magnitud de los efectos de la derrota sufrida en 1989/90.

La fragmentación del conflicto

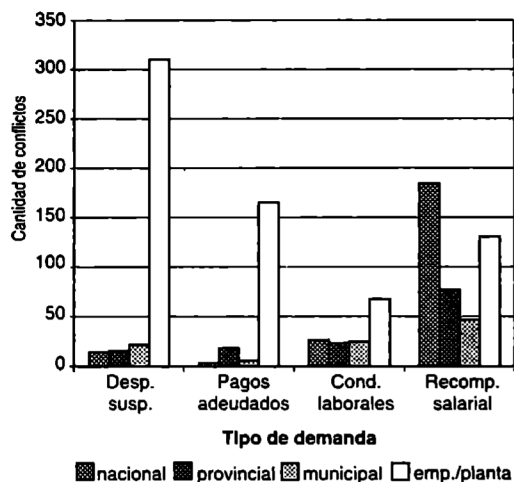
En términos generales se tiende a aceptar la existencia de una fuerte asociación entre el crecimiento de los conflictos por despidos y suspensiones y la tendencia al crecimiento de conflictos a nivel de empresa o planta y por consiguiente a la dispersión de la conflictividad.

Esta relación parece ser bastante fuerte y permanente y el Gráfico 7 muestra su importancia:

Si los conflictos con causa en despidos o suspensiones parecen tender a desarrollarse predominantemente a nivel de las empresas, los conflictos con causa en reclamos de aumento salarial, por su carácter general, e involucrar en muchos casos al conjunto de la rama, tienden a ser más centralizados, como también se observa en el gráfico 8.

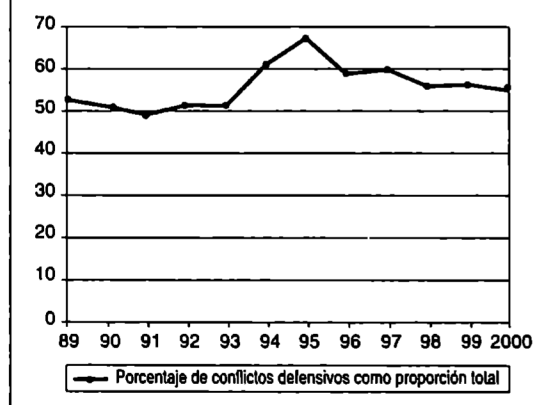
El período considerado, presenta como tendencia general el crecimiento de la proporción de los con-

Gráfico 7: Distribución de las causas de conflicto según nivel o instancia sindical (1984-1994)¹⁶



flictos protagonizados por instancias sindicales descentralizadas.

Gráfico 8: Evolución anual de conflictos de instancias sindicales descentralizadas como proporción del total



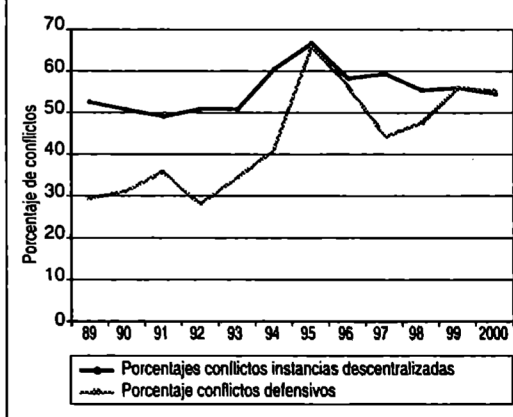
Si observamos el Gráfico 9, confirmando lo expuesto, podemos ver que en líneas generales la tendencia al ascenso de los conflictos defensi-

vos es acompañada por una tendencia ascendente de la proporción de los conflictos descentralizados.

Sin embargo si nos detenemos en la evolución año a año de ambas mediciones vamos a advertir algunas discordancias llamativas. Entre 1989 y 1991 crece la proporción de conflictos defensivos -tendencia que analizamos antes- y decrece la proporción de conflictos descentralizados. En 1992 decrece coyunturalmente la cantidad de conflictos defensivos y crece la proporción de conflictos descentralizados. Por último en 1997 y 1998 la relación vuelve a ser inversa.

Si tomamos el año 1997 vamos a encontrar todavía algo más llama-

Gráfico 9: Evolución de la proporción de conflictos descentralizados y defensivos



vo. Ese año no solo cae la proporción de conflictos de tipo defensivo, sino que hay un crecimiento de la conflictividad explicado funda-

mentalmente, como vimos antes, por el crecimiento de los conflictos por reclamos de aumento salarial. Y es en ese contexto que crece la proporción de conflictos en instancias descentralizadas.

El Gráfico 10 nos muestra la evolución anual del promedio mensual de conflictos y la evolución de los conflictos protagonizados por instancias sindicales descentralizadas. Como rasgo general se observa, como ya habíamos mostrado, que mientras la conflictividad tiende a caer a lo largo de todo el período, la proporción de conflictos descentralizados tiende a crecer. Sin embargo, si vemos que sucede con los conflictos descentralizados cuando crece la conflictividad total, vemos que efectivamente tienden a corres-

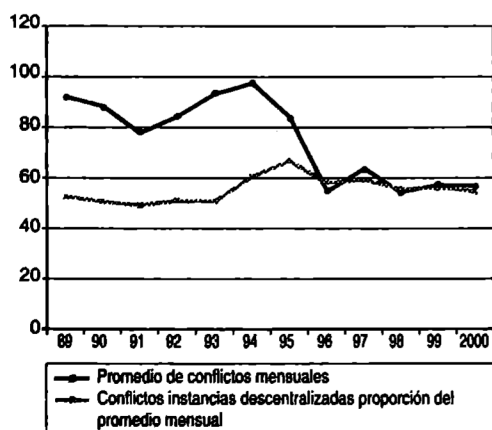
ponderse los momentos de crecimiento de la conflictividad con los momentos de crecimiento de la proporción de conflictos descentralizados. Y que a la inversa, cuando la conflictividad cae, los conflictos tienden a ser más centralizados.¹⁷

Esto no desmiente la asociación entre conflictos motivados por despidos o suspensiones y su tendencia a desarrollarse en el nivel de las empresas, quedó claro que como tendencia esa asociación existe, que inclusive parece ser lo suficientemente general para no adscribirla a ninguna característica particular del período. Tampoco se intenta establecer una vinculación entre las tendencias de la conflictividad general y la tendencia seguida por el nivel de dispersión de los conflictos, ya que ambas tienen sentidos inversos.

Lo que surge de esta observación es que *la característica de esta etapa es que el crecimiento de la conflictividad es el crecimiento de una conflictividad fragmentada*. Por eso cuando la conflictividad crece, sea este crecimiento provocado por un incremento de los conflictos defensivos o por reclamos de aumento salarial como en el '97, crece también la proporción de conflictos descentralizados. Por el contrario cuando la conflictividad cae, crece la centralización aunque aumente la proporción de conflictos defensivos como entre el '89 y el '91.¹⁸

La razón de esta característica del pe-

Gráfico 10: evolución de la proporción de conflictos de instancias sindicales descentralizadas y evolución del prom. mensual de conflictos



ríodo hay que buscarla en la fragmentación de la fuerza laboral producto de la transformación de las condiciones de acumulación del capital, que ya hemos descripto en la introducción.

Hay importantes consecuencias de este fenómeno en relación a la cuestión sindical que merecerían un desarrollo particular. Sin embargo se pueden plantear algunos comentarios breves.

La crisis del modelo de sustitución de importaciones fue al mismo tiempo la crisis de un modelo de relaciones laborales que hacía de la lucha salarial el centro de la lucha de la clase obrera y de su resultado un dato fundamental de la política económica. El desarrollo de este modelo significó también el desarrollo de complejas organizaciones sindicales burocráticas integradas a los mecanismos institucionales del Estado y que de manera creciente pasaron a depender del desvío de una parte del plus-valor fundamentalmente a través del sistema de obras sociales.

Tal participación en la distribución de plus valor, aparece directamente ligada a la existencia de una vinculación funcional de los sindicatos con el Estado, básicamente la capacidad de control y disciplinamiento de la conflictividad obrera. Sin embargo, esa capacidad está atada a la posibilidad de generar mecanismos permanentes de resolución de los conflictos entre capital y trabajo. Es por ello que la contradicción en-

tre el desarrollo de estas organizaciones sindicales y el desarrollo contradictorio de la clase obrera al interior del capital, continuamente desplegada y resuelta durante la posguerra en la lucha salarial, estalló junto con la crisis del régimen de acumulación.

La crisis del modelo sustitutivo implicó, respecto a este problema, al menos dos consecuencias de importancia que ya hemos mencionado. En primer lugar el mecanismo salarial dejó de ser efectivo para canalizar la conflictividad obrera y la crisis hiperinflacionaria preparó el terreno para la aplicación de políticas monetarias restrictivas que, en un marco de alta desocupación y con períodos prolongados de recesión, han presionado en el sentido de la deflación salarial en un marco deflacionario general.

En segundo lugar, los cambios impulsados por la crisis modificaron la composición y forma de la clase obrera destruyendo la base de la que surgieran los sindicatos de posguerra. El proceso de transformación de las condiciones de acumulación, que es al mismo tiempo proceso de transformación de la clase obrera, se manifestó entonces, como proceso de fragmentación y heterogeneización de la fuerza de trabajo.

El hecho, ligado a esta transformación de la configuración de la fuerza de trabajo, de que en la etapa, la conflictividad crezca de manera fragmentada, en un contexto

de inexistencia de mecanismos permanentes de resolución de los conflictos, pone en cuestión la capacidad sindical de control del conflicto con cada pico de conflictividad y por lo tanto amenaza su vinculación funcional al Estado.

De este modo no debe llamar la atención que la presión del capital por imponer la negociación por empresas para condicionar a una clase asalariada fragmentada y debilitada, dispuesta a adaptarse a condiciones de trabajo y salarios deteriorados, tenga su contrapartida en la expansión de los conflictos en las empresas, dos movimientos que amenazan al viejo, aunque todavía sólido, aparato sindical.

2000-2001: La evolución fraccionada del conflicto¹⁹

En el último año se produjo una agudización de la depresión económica iniciada entre fines de 1998 y principios de 1999. Junto con ella también recrudeció la ofensiva del capital contra el trabajo y la respuesta de la clase obrera.

Durante 2001, el lanzamiento por parte del gobierno nacional del programa de déficit 0, con su resultado de reducción de los salarios de los empleados del Estado, de las jubilaciones y de los presupuestos de educación, salud, etc., fue una causa activa del crecimiento de los conflictos defensivos en el sector público.

Por su parte en el sector privado,

en el mismo período y por efecto de la profunda recesión económica hubo un fuerte aumento de los despidos y suspensiones. La tasa de desocupación de octubre se estima en alrededor del 20%, frente a una tasa del 14,7% en el mismo mes del 2000.²⁰

El gráfico 11 muestra cómo entre mayo y julio de 2001 hay un fuerte incremento de los despidos, en co-



respondencia con el momento de agudización de la crisis y lanzamiento del déficit 0.

La conflictividad total entre agosto de 2000 y julio de 2001, cuya evolución se observa en el gráfico 10, muestra una tendencia creciente. Y como era posible esperar, el crecimiento de los conflictos es

Gráfico 12: Evolución mensual de la cantidad de conflictos (Agosto de 2000/Julio de 2001)

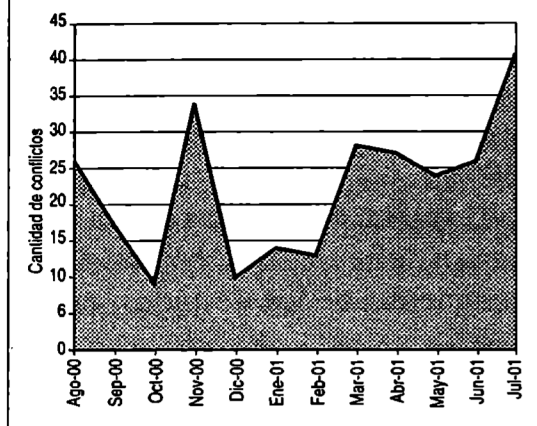
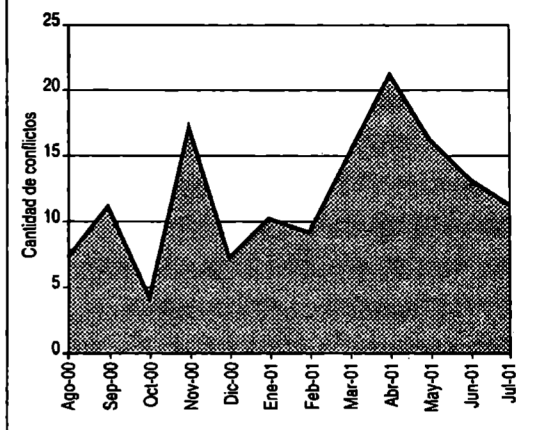


Gráfico 13: Evol. mensual de los conflictos en el sector privado (Agosto de 2000/Julio de 2001)



especialmente pronunciado entre mayo y julio de 2001.

Sin embargo, observando sólo la evolución del total de la conflictividad obrera se oscurece el carácter central asumido por el conflicto en el último año. A partir de los datos del Gráfico 12 corremos el riesgo de extender al conjunto de la clase obrera las características de la situación de un sector de los trabajadores.

El Gráfico 13 muestra que la tendencia a la conflictividad era de tipo ascendente hasta abril de 2001 pero luego se produce una fuerte caída justamente en el momento en que empieza a crecer la conflictividad total. Comparando la evolución de los conflictos en el sector privado con la evolución del índice de despidos del Gráfico 11, podemos ver que los incrementos en la conflictividad ocurridos en el año 2000 y principios de 2001 se corresponden

aproximadamente con incrementos coyunturales del índice de despidos, por lo tanto se los puede interpretar como una respuesta de la clase obrera del sector privado al ataque a sus condiciones inmediatas de reproducción. Sin embargo, frente al nuevo incremento de los despidos a partir de mayo de 2001, la conflictividad cae. Es decir, nos encontramos frente a un retroceso neto de los trabajadores del sector privado en condiciones de recrudecimiento de la ofensiva del capital. El retroceso es particularmente agudo en la industria donde por otra parte es mayor la cantidad de despidos y sobre todo las suspensiones.

El incremento de la conflictividad obrera entre mayo y julio de 2001 se explica entonces totalmente por el incremento de la conflictividad en el Sector público, tal como se observa en el Gráfico 15:

Gráfico 14: Evolución mensual de los conflictos en la Industria (Agosto de 2000/Julio de 2001)

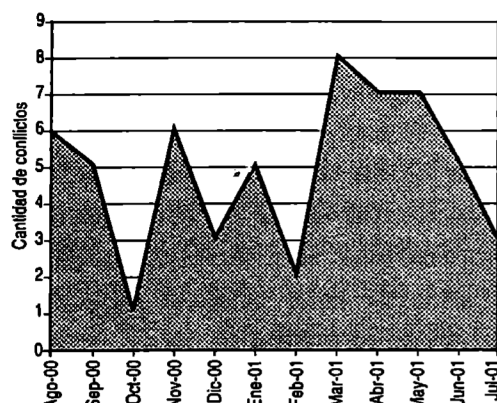
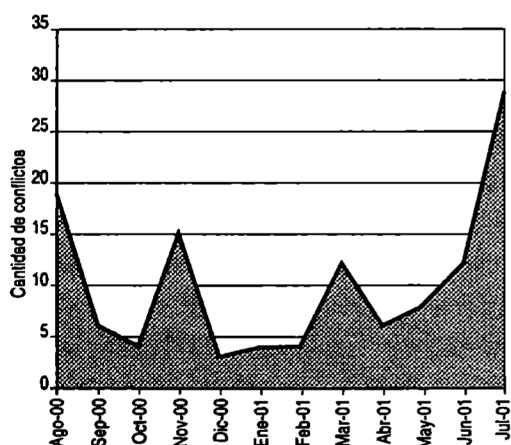


Gráfico 15: Evol. mensual de conflictos en el sector público (Agosto de 2000/Julio de 2001)



De modo que, *el carácter central del conflicto obrero en el último año fue su evolución fraccionada, con un aumento en el grado de respuesta a la ofensiva del capital, en términos de la cantidad de conflictos, de los trabajadores del sector público y al mismo tiempo un retroceso neto de los trabajadores del sector privado.*

Por otro lado, aunque queda fuera de los límites de este trabajo su análisis específico, el incremento de los cortes de ruta también afecta, por su importancia, la lógica general del conflicto obrero.

La razón es que el crecimiento de la conflictividad en el sector público tendió a confluir con la emergencia de una cierta centralización organizativa del movimiento piquetero, que actuó de manera coordinada por primera vez desde su difusión como forma de protesta a partir de 1996/7, en el plan de lucha piquetero de julio y agosto de este año.²²

El resultado fue una tendencia a la centralización de la conflictividad, producto por un lado, de la centralización de los cortes de ruta, a partir de la cristalización organizativa de las experiencias dispersas acumuladas durante cuatro años, por el otro de la centralización de los conflictos en el sector público, y de conjunto de la confluencia de ambos procesos potenciada por la acción conjunta de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) con fuerte presencia en docentes, estatales y el movimiento piquetero, y de la Corriente Clasista y Combativa (CCC), con una fuerte presencia en el movimiento piquetero.

La tendencia al crecimiento de la conflictividad defensiva de los trabajadores del sector público, su confluencia con el movimiento pi-

quetero y la tendencia a la centralización del conflicto, en contraste con el retroceso general de los trabajadores del sector privado y por lo tanto del grueso de la clase obrera, son los rasgos predominantes de la acción de la clase obrera en el último año.

Conclusiones

El impacto de los cambios impulsados por la crisis del modelo sustitutivo de importaciones, sobre la configuración de la fuerza de trabajo, se caracterizó por la destrucción de sus antiguas condiciones y modos de reproducción, ligados al modo de acumulación anterior, pero al mismo tiempo por la aparición y desarrollo de nuevas condiciones sociales de existencia de la clase obrera vinculadas a las nuevas formas de acumulación del capital.

De este modo, el proceso de transformación de las condiciones de acumulación del capital, que es al mismo tiempo proceso de transformación de la clase obrera, se manifestó en su curso en la figura de una fuerza de trabajo fragmentada y heterogénea. Situación que debilitó a la clase obrera frente a la ofensiva del capital y que además en conjunto con el crecimiento de la desocupación actuó como elemento disciplinador.

Los conflictos obreros en tanto manifestaciones coyunturales de la contradicción entre capital y traba-

jo, expresan en las tendencias de su evolución, las condiciones sociales de existencia de la clase obrera, como la base de la aparición y desarrollo de formas organizativas e ideológicas de la clase obrera como sujeto colectivo

La lucha de clases en el período considerado se da en los marcos de la consolidación durante la última década, de una relación de fuerzas favorable al capital.

La evolución de la conflictividad entre 1989 y 2000 muestra una clara tendencia a la disminución. Teniendo en cuenta que esta caída de los conflictos se produce en el marco de una sostenida ofensiva del capital podemos interpretarla como un retroceso de la clase obrera.

Los conflictos al mismo tiempo adquirieron un carácter predominantemente defensivo, tanto por la tendencia al aumento de los conflictos por suspensiones, despidos y atrasos en los pagos de salarios, como sobre todo por la fuerte caída de los conflictos en reclamo de aumentos salariales.

De modo general podemos decir que la inflexión en la relación de fuerzas en el '89/'90 y su consolidación con la emergencia de un consenso alrededor del programa burgués de salida de la crisis, cristalizado en el apoyo a la "estabilidad" a partir del lanzamiento de la convertibilidad monetaria en abril de 1991, posibilitó la ofensiva del capi-

tal entre 1992/96, una transformación radical del modo de acumulación, y de su corazón, las formas concretas de explotación de la fuerza de trabajo. La expansión económica del '96/'98 con su efecto de disminución del desempleo, puso en evidencia la permanente capacidad ofensiva que posee la clase obrera, aún en condiciones de muy altas tasas de desocupación como la de esos años. En segundo lugar, la persistencia de los bajos niveles de conflictividad entre 1997 y 2000, pero sobre todo la debilidad de la respuesta defensiva, puso de manifiesto la magnitud de los efectos de la derrota sufrida en 1989/90.

La característica central de esta etapa es que el crecimiento de la conflictividad es el crecimiento de una conflictividad fragmentada. Por eso cuando la conflictividad crece, sea este crecimiento provocado por un incremento de los conflictos defensivos o por reclamos de aumento salarial como en el '97, crece también la proporción de conflictos descentralizados. Por el contrario cuando la conflictividad cae, crece la centralización aunque aumente la proporción de conflictos defensivos como entre el '89 y el '91.²³

La razón de esta característica del período hay que buscarla en la fragmentación de la fuerza laboral producto de la transformación de las condiciones de acumulación del capital.

Durante el año 2001, el incre-

mento de la conflictividad mostró la acción de una clase obrera fraccionada. La tendencia al crecimiento de la conflictividad defensiva de los trabajadores del sector público, su confluencia con el movimiento piquetero y la tendencia a la centralización resultante contrastó con el retroceso general de los trabajadores del sector privado.

Notas

¹ Esta cifra resulta de la suma de los porcentajes de asalariados ocupados en las ramas "Servicios financieros, inmobiliarios, de alquiler y empresariales" y "Otros servicios" que incluye enseñanza, servicios sociales y de salud y otras actividades de servicios comunitarios, sociales y personales.

² Fuente: Encuesta permanente de Hogares (EPH). Gran Buenos Aires. mayo de 2001. INDEC, Buenos Aires, julio de 2001.

³ Ibidem.

⁴ Cfr. AAVV: Las nuevas reglas de juego en Laboratorio Año 2, n° 6, Facultad de Ciencias Sociales-UBA, Bs. As., Verano de 2001.

⁵ Cfr. AAVV: Etapa de acumulación y régimen político en Argentina en la década del '90. En *Debate Marxista*. Primera Epoca. Nro. 10. Buenos Aires, 1998.

⁶ SAUTU, Ruth: Reestructuración económica, política de ajuste, y su impacto en los patrones de ocupación-desocupación de la mano de obra del área metropolitana de Buenos Aires: 1991-1996, Estudios trabajo n° 14, Buenos Aires, Diciembre de 1997.

⁷ Cfr. AAVV: Etapa de acumulación y régimen político en Argentina en la década del '90. En *Debate Marxista*. Primera Epoca. Nro. 10. Buenos Aires, 1998.

⁸ De aquí en adelante, salvo que se indique lo contrario, todos los datos utilizados sobre

conflictos laborales entre 1989 y 2000 son extraídos de GOMEZ, Marcelo: "Conflictividad laboral y comportamiento sindical en los '90: transformaciones de clase y cambios en las estrategias políticas y reivindicativas". Centro de Estudios e investigaciones de la Universidad Nacional de Quilmes. (Sin fecha)

⁹ Fuente: Encuesta permanente de Hogares (EPH). Gran Buenos Aires. mayo de 2001. INDEC, Buenos Aires, julio de 2001.

¹⁰ Gaudio Ricardo y Tomada Carlos A., Cfr. Gaudio Ricardo y Tomada Carlos A.: El Restablecimiento de la negociación colectiva en Argentina (1988-1989) en *Boletín Informativo de Téchint*, n° 267, julio-setiembre 1991, pag. 55.

¹¹ Encuesta Permanente de Hogares (EPH). Total aglomerados urbanos. mayo de 2001. Indec. Buenos Aires, julio de 2001.

¹² Cfr. SALVIA, Agustín: La herencia que supimos mantener e incrementar...Recesión, déficit público, endeudamiento...y algo más. En *Laboratorio* Nro. 7. Año 3. Buenos Aires, Primavera 2001.

¹³ Gómez, Marcelo, Zeller, Norberto, Palacios, Luis: Conflictividad laboral durante el plan de convertibilidad (1991-1995) en *Cuadernos del Sur* n° 22/23, Buenos Aires, Octubre de 1996.

¹⁴ En 1998 se produce, según los datos de que disponemos, un aumento como proporción del total de conflictos de aquellos realizados por aumento de salarios. Sin embargo a pesar de la caída de su cantidad, los conflictos defensivos también crecen como proporción del total. Esta situación puede explicarse por el descenso sufrido por los conflictos debidos a otros motivos, por ejemplo condiciones de trabajo.

¹⁵ Encuesta Permanente de Hogares (EPH). Total aglomerados urbanos. mayo de 2001. Indec. Buenos Aires, julio de 2001.

¹⁶ Spaltenberg, Ricardo: Cambio y continuidad en el conflicto laboral. Un análisis sectorial. S/f.

¹⁷ La única excepción es el año 1995, año en el que vimos que hay una caída en la conflictividad total pero se produce un nuevo crecimiento de los conflictos defensivos, llevándo-

los al pico de todo el período. En este caso el crecimiento de los conflictos por despidos, al tiempo que se produce la mayor caída de conflictos por aumento salarial, basta para explicar el crecimiento de la proporción de conflictos descentralizados.

¹⁸ Dado que la conflictividad general tiende a caer mientras la proporción de conflictos descentralizados tendió a situarse al final en un nivel mas alto que al principio del período, se puede establecer que no existe una asociación entre ambas variables. Pero dado que la fragmentación de la conflictividad tiende a crecer, y que cada crecimiento de la conflictividad es crecimiento de una conflictividad fragmentada, el crecimiento de la fragmentación mostrado por los picos de conflictividad al final del período han tendido a mostrar un mayor crecimiento de la fragmentación que los del principio.

Por lo mismo, si aplicamos un coeficiente de correlación a la evolución de las variables a lo largo de toda la etapa el resultado va a ser bajísimo ($r=0.002$), como surge con solo mirar el Gráfico 10. Pero si tomamos períodos relativamente estables tanto para la conflictividad como para la proporción de conflictos descentralizados, la correlación va a tender a expresar solo el hecho del crecimiento y el decrecimiento conjunto de las variables. Entre 1989-1993 y 1996-2000, el sentido inverso del movimiento de las variables puede resultar mas moderado que para el conjunto del período y efectivamente se obtienen valores muy altos del coeficiente de correlación para ambos períodos (1989-93: $r=0.77$; 1996-2000: $r=0.91$) (Estas medidas de cualquier modo hay que tomarlas con cuidado, ya que las varianzas de ambas variables son muy distintas, condición en la cual el coeficiente de Pearson pierde confiabilidad).

¹⁹ Todos los datos de conflictividad laboral de esta sección, salvo que se indique lo contrario, extraídos de www.nuevamayoria.com.

²⁰ Encuesta Permanente de Hogares (EPH). Total aglomerados urbanos. mayo de 2001. Indec. Buenos Aires, julio de 2001.

²¹ Fuente Diario Clarin 7/8/2001.

²² María Celia Cotarelo en su artículo "La protesta social en la Argentina de los '90" en Herramienta, N° 12, Buenos Aires, Otoño de 2000, demuestra que, lejos de ser solo una medida impulsada por desocupados, los cortes de ruta han tenido como protagonistas también a trabajadores ocupados y a fracciones de la pequeña burguesía. Sin embargo la centralización organizativa parece haberse dado fundamentalmente entre los trabajadores desocupados. Por lo cual caracterizaremos aquí al movimiento piquetero como la expresión organizada de fracciones de los desocupados.

²³ Dado que la conflictividad general tiende a caer mientras la proporción de conflictos descentralizados tendió a situarse al final en un nivel mas alto que al principio del período, se puede establecer que no existe una asociación entre ambas variables. Pero dado que la fragmentación de la conflictividad tiende a crecer, y que cada crecimiento de la conflictividad es crecimiento de una conflictividad fragmentada, el crecimiento de la fragmentación mostrado

por los picos de conflictividad al final del período han tendido a mostrar un mayor crecimiento de la fragmentación que los del principio.

Por lo mismo, si aplicamos un coeficiente de correlación a la evolución de las variables a lo largo de toda la etapa el resultado va a ser bajísimo ($r=0.002$), como surge con solo mirar el Gráfico 10. Pero si tomamos períodos relativamente estables tanto para la conflictividad como para la proporción de conflictos descentralizados, la correlación va a tender a expresar solo el hecho del crecimiento y el decrecimiento conjunto de las variables. Entre 1989-1993 y 1996-2000, el sentido inverso del movimiento de las variables puede resultar mas moderado que para el conjunto del período y efectivamente se obtienen valores muy altos del coeficiente de correlación para ambos períodos (1989-93: $r=0,77$; 1996-2000: $r=0,91$) (Estas medidas de cualquier modo hay que tomarlas con cuidado, ya que las varianzas de ambas variables son muy distintas, condición en la cual el coeficiente de Pearson pierde confiabilidad).



Revista de debate y crítica marxista

**En quioscos y librerías del centro - Facultad de Filosofía
y Letras - Ciencias Sociales**

Suscripción por 3 números: \$ 20

Chile 1362 - 1098 Capital Federal - Tel./Fax: 381-2976

e-mail: herram@pinos.com

Cheques o giros a nombre de Andres Mendez

DESDE LOS PUNTOS
CU4TRO

Correo de Prensa Internacional

Xola 81
Col. Alamos
C.P. 03400 México, D.F.
Tel./Fax (5) 590-0708
csapn@laneta.apc.org

Cortando rutas, abriendo nuevos senderos

Desocupados, ocupados, "piqueteros": viejas y nuevas formas de lucha

Eduardo Lucita

"Los piqueteros han aparecido en las calles, con sus mujeres y sus hijos. Son los habitantes de la tierra robados y humillados. Han comenzado a recorrer el camino del paraíso, como lo habían comenzado a recorrer los obreros del mundo a principios de siglo."

OSVALDO BAYER, *Página/12*, 4.8.01

Desde hace más de un cuarto de siglo profundas transformaciones se suceden sin solución de continuidad en nuestro país. Estas transformaciones, que adquirieron un ritmo vertiginoso en los '90, están inscriptas en las tendencias mundiales e incorporan rasgos propios de nuestra formación social y del carácter histórico de las clases dominantes.

La contrapartida de esta reestructuración capitalista combinada con una ofensiva en toda la línea sobre el mundo del trabajo, ha sido un fuerte impacto en la estructura económico-social y un abanico de resistencias que a lo largo de la década se

desplegó por toda la geografía del país.

Sin embargo esta enorme conflictividad social no alcanzó nunca a tener un eje centralizador, ni tampoco se pudo garantizar su continuidad organizada. Por el contrario la fragmentación, la dispersión, su carácter episódico, fueron sus rasgos determinantes, no obstante las numerosas huelgas y paros generales que también hubo en el período.

Ahora bien, en los últimos meses una confluencia de acontecimientos sociales y políticos, expresión de la socialización de experiencias de la década anterior, pareciera marcar un punto de inflexión en cuanto a la posible recomposición de una fuerza político social.

Este artículo pretende una primera aproximación.



Nuevas formas de lucha y organización

Enmarcado en un contexto económico y político caracterizado por el agotamiento del proyecto neoliberal, entendido como pérdida de las potencialidades de transformación regresiva de nuestras sociedades, y por lo tanto de pérdida de legitimidad, el movimiento social ha ido buscando nuevos caminos y senderos por los cuales oponerse y expresar su rebeldía a la ofensiva del capital.

El resultado ha sido un intenso proceso de creación y recreación de formas de lucha y organización que encuentra correspondencia con las transformaciones operadas en el capitalismo argentino.

El movimiento “*piquetero*” y los llamados “*cortes de ruta*”, que aparecieron abruptamente promediando los años '90, que se fueron extendiendo prácticamente a toda la geografía del país –en ciudades grandes y medianas, localidades, pueblos y zonas rurales– se muestran como la forma de lucha y organización autónoma más característica de este período, utilizada por una fracción de las clases populares para expresar su resistencia a la imposición de condiciones que día a día rebajan el piso material en que viven y reproducen su existencia millones de seres.

Puestos a buscar elementos comunes que permitan generalizar una caracterización política es posi-

ble encontrar un hilo conductor de todo este proceso de luchas:

- Se han dado una y otra vez por fuera de los límites del “espacio político” y en numerosas ocasiones por fuera de las representaciones sociales tradicionales.
- Por su origen son casi siempre expresión de necesidades concretas y como regla general se han definido más por sus acciones que por un programa definido.
- Mayoritariamente han sido episodios explosivos, que surgen en forma abrupta para luego desvanecerse rápidamente.
- Un profundo proceso democratizador, solidario, cooperativo e igualitario se expresó en cada conflicto.

Nuevas formas de lucha van siempre acompañadas de nuevas formas organizativas. Si *el corte* aporta como novedad central la reconfiguración/relocalización del espacio de lucha, no es menos relevante su forma organizativa: *el piquete y la asamblea*.

El piquete es el núcleo central del corte, el grupo de hombres y mujeres –suerte de vanguardia muchas veces efímera– que lo organiza y que asume la responsabilidad de mantenerlo, aunque no necesariamente de dirigirlo.

La asamblea es el ámbito decisorio, democrático y plural, por lo general multitudinario, que se con-

vierte en un ejercicio pleno de democracia directa. Es allí donde se debaten las reivindicaciones y se articulan los consensos, se establecen las propuestas y se construyen identidades colectivas y nuevas subjetividades, muchas veces transitorias, pero que la crisis obliga a reiterar una y otra vez.

Ahora bien, que el movimiento genere nuevas formas de lucha y organización no significa que las anteriores desaparezcan o hayan perdido vigencia. En noviembre del 2000 el paro general de 36hs, convocado por las centrales obreras (CGT, CGT "rebelde" y CTA), como respuesta a un nuevo ajuste estructural, es un claro ejemplo de esto.

Aquel paro fue precedido por una oleada de cortes durante los meses de octubre y noviembre que expresaban el hartazgo y la desesperanza frente a un futuro cada día más incierto. Resultó el de mayor profundidad social y adhesión de la última década y fue acompañado por una multiplicidad de marchas, actos de protesta y cortes como no se conocía en mucho tiempo.

En los primeros días de agosto del 2001 un paro nacional convocado por la CTA, como respuesta al 7mo. Plan de ajuste del gobierno nacional, combinado con la segunda jornada de protesta sancionada por el primer congreso piquetero concluyó con una concentración que congregó a casi 40.000 personas.

Ocupados y desocupados, pequeños comerciantes, estudiantes, docentes y profesores universitarios.

Es posible encontrar otros momentos de coincidencia de viejas y nuevas formas de lucha, pero los dos señalados coinciden con los períodos que registran mayor número de cortes en todo el país y también un alza en los conflictos laborales. En ambos casos el nivel de organización fue superior a lo conocido hasta entonces.

El primero constituyó un fuerte antecedente para el primer congreso piquetero, en tanto que el segundo fue claramente una resultante de este congreso. Aparecieron aquí dos centros coordinadores: "el congreso piquetero" y la CTA, que por primera vez emprendió una acción de envergadura sin el acompañamiento de las otras centrales.

Las viejas formas de lucha se fusionaron aquí con las nuevas, y los trabajadores organizados sindicalmente actuaron como centralizadores del conjunto.

Resignificación de la relación capital/trabajo

Algunas investigaciones recientes revelan que durante la última década, los cortes de rutas y vías públicas desplazaron a los paros y "saqueos" de la década del '80 y principios de los '90, modificando la forma de expresión de la protesta social.

Así los conflictos laborales que

alcanzaron en el período 1986/1989 un pico de 3575; fueron 2222 en 1990/94 y decrecieron a 1228 en el quinquenio 1995/2000.¹

Sin embargo en el período enero/septiembre 2001 pareciera revertirse la tendencia. Los registros dan cuenta de 614 hechos, con un promedio de 76 mensuales, y un fuerte incremento a partir del mes de febrero, cuando en el año 2000 los conflictos fueron 710, con un promedio mensual de 59. ^{1bis}

Por el contrario la evolución registrada de los cortes muestra la siguiente secuencia: 1997:140; 1998: 51; 1999: 252; 2000: 514; 2001(a septiembre): 996.

Los promedios mensuales de cortes muestran una clara tendencia al crecimiento de esta forma de lucha: mientras en 1997 se registraron en promedio 11 cortes por mes, en 1998 se reducen a sólo 4, en 1999 llegan a 21, en el 2000 alcanzan los 43 y en lo que va de 2001(a septiembre) se registra una relación de 110 cortes por mes.

Si bien estos datos hablan de la magnitud y la evolución de las distintas formas de lucha a lo largo de la década, en nuestra comprensión no se trata, como suele sostenerse, de que ha desaparecido, o perdido centralidad, el conflicto capital/trabajo, propio de las relaciones sociales que engendra el modo de producción capitalista, sino que éste se expresa bajo otras formas.

Lo que en realidad sucede es que en la práctica la nueva modalidad de lucha reconfigura/relocaliza el espacio de la confrontación social. Frente a la desocupación estructural y la exclusión de la producción y del consumo de sectores cada vez mayores de la sociedad, frente a la precarización y el despotismo patronal que impera en las fábricas y lugares de trabajo, los trabajadores y los sectores populares encuentran serias dificultades para actuar en los centros de producción y acumulación del capital.

Operan entonces sobre la distribución y circulación de mercancías y personas, trabando así, al menos momentáneamente, la realización de la ganancia.

Esta relocalización de las luchas es también resultado de la reestructuración capitalista, que lleva implícita una relocalización de los espacios industriales y productivos. Significa entonces reestructuración del espacio y nuevas formas de disputar ese espacio en la lucha de clases.

Esta es una tendencia que se expresa como una constante en mu-





chos movimientos sociales de nuestro tiempo. En este sentido, y a pesar de sus distintos orígenes –urbano, campesino, indigenista– el movimiento de los “piqueteros” en Argentina tiene muchos puntos de contacto con el “zapatismo” de México y “los sin tierra” de Brasil.

Es claro que no siempre se trata de un hecho consciente, pero sí de un proceso objetivo, en el se combina la lucha de los ocupados contra la explotación capitalista y la de los excluidos de la producción y del consumo por ser incluidos.

Y en este combate se enfrentan con el Estado.

Los sujetos sociales protagónicos

Otras investigaciones, ver en este mismo número de *Cuadernos del Sur* el trabajo de N. Iñigo Carrera y M.C. Cotarelo², polemizan con una visión que asigna el protagonismo en los cortes sólo a desocupados estructurales que reclaman por subsidios. En rigor, este protagonismo reconoce diversos sujetos sociales según los objetivos buscados.

Así los protagonistas han sido asalariados, ocupados o no, desocupados estructurales y diversas fracciones de la pequeña burguesía –productores agropecuarios, pequeños comerciantes, estudiantes– que se movilizan por mantener sus empleos o subsidios por trabajos comunitarios; por atrasos en los pagos o bajas salariales; por rebajas impositivas; por conseguir líneas de créditos blandas; por la reconexión de servicios públicos (gas y energía eléctrica) cortados por falta de pago; por la creación de fuentes de trabajo, por diversos subsidios (alimentos, medicamentos, ropa, materiales de construcción, hospitales móviles, refacción de escuelas públicas, pavimentación de calles, etc.) que hacen a la calidad de vida de la gente.

Este abanico de demandas sociales constituye un conjunto de reivindicaciones que se articulan de forma compleja. Algunas, por su carácter de inmediatas no alcanzan a superar el nivel de conciencia política existente, pero otras sí lo hacen: aquellas que están dirigidas a producir cambios en las políticas estatales, ya sea a nivel provincial o comunal.³

En muchos casos esta diversidad de sujetos y de reclamos confluyen en un mismo corte, dando lugar a una movilización policlasista con fuertes rasgos populares.

Esto es particularmente significativo cuando el corte se da en ciuda-

des medianas del interior del país que crecieron en torno a una actividad hegemónica –minería, petróleo, ferrocarril, acería– por lo general centralizada en una empresa estatal.

La política de privatizaciones cambió en poco tiempo el orden de cosas establecido durante muchas décadas, dejando desprotegida a una población asalariada, muchas veces altamente calificada y amparada en la estabilidad laboral.⁴

Es que la reforma del Estado, la transferencia sin mediaciones de actividades del sector público al privado, la desregulación del mercado, la apertura indiscriminada de las importaciones, la desindustrialización... acentuaron la fragmentación social, la pobreza y la marginalidad.

Centros y cordones industriales, antiguamente receptores de las migraciones internas, fueron así convertidos en expulsores de trabajadores. Localidades que tenían al progreso y el ascenso social como motores de su actividad cotidiana se transformaron en muy poco tiempo en pueblos fantasmas, sin futuro y carentes de esperanza.

La amplitud geográfica que ha alcanzado este movimiento puede apreciarse cuando se analiza la distribución de los cortes por provincia en el período 1997-2001: 30% (592) fueron en Buenos Aires, el 12% (238) en la Capital Federal, el 11% en Jujuy (208), el 7% en Neuquén (132), el 6% en Tucumán (115), y el

5% en las provincias de Chaco (99), Río Negro (95) y Salta (91).⁵

La base material del movimiento

Si el movimiento obrero organizado creció y expandió su influencia en la sociedad a la par que se extendía el trabajo asalariado, el *Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD)*⁶ lo hace en un sentido inverso, crece y se expande en la medida que avanzan la desocupación y la exclusión social.

La evolución de los indicadores oficiales es por demás elocuente. Si durante los años '80 la desocupación era del orden del 4 al 6% de la población económicamente activa (PEA), en la primera mitad de los '90 se ubicó cercana al 10%, para en 1995 saltar al 16.6%, y estabilizarse en torno al 15%. En la actualidad, según la medición de abril '01 está en el 16.4, y se espera que la medición de octubre arroje valores del orden del 20%.⁷

Más significativo aún es que si hasta mediados de la década pasada la característica del desempleo era su carácter de "transitoriedad" –desempleados de corto plazo que lograban reinsertarse nuevamente en el mercado de trabajo en lapsos breves– a partir de 1995 comienza a ser relevante la desocupación de largo plazo, lo que trae aparejado el desocupado permanente y la exclusión social.

Estos datos hablan de la persis-

tencia a lo largo de la década de la desocupación como un fenómeno estructural, y aquí radica uno de los principales componentes de la base material del movimiento.

Es que el capital no puede, como no pudo históricamente, resolver en un mismo tiempo la crisis, el desempleo y el nivel de vida, porque siempre las salidas capitalistas de las crisis presuponen fuertes incrementos de productividad y su contrapartida no es otra que la caída del empleo y los salarios.

Si como resultado de la desocupación y de la caída estructural de los salarios los trabajadores solo participan hoy del 19% del ingreso nacional, no es menos significativo que la mitad de estos gane menos que el monto establecido por el INDEC para una canasta de emergencia.⁸

La fuerte polarización social impuesta en los años '90 se pone en evidencia cuando se observa la regresiva distribución del ingreso que muestra que el 10% más rico se apropia del 36.9% de la riqueza producida en el país, mientras que el 10% más pobre solo lo hace del 1.4.

Argentina sigue siendo aún el país menos pobre de América latina, pero es el país donde la pobreza más ha crecido en la última década. Si la pobreza era calculada en el 5% de la población del país en la década del '70, en los '80 alcanzó el 12% y en los '90 el 40%.

Esta evolución muestra que la expansión de la pobreza, y todo lo que esto conlleva, es el dato social más significativo del período. Más de 14.000.000 de personas viven hoy por debajo de la línea de pobreza y de estos entre el 8 y el 10% son considerados indigentes.

Recuperación de la cultura organizacional del trabajo

En las visiones tradicionales los desocupados no alcanzaban nunca la posibilidad de transformarse en un sujeto social colectivo. Sin embargo la homogeneidad que surge de la pobreza, la densidad social que esta ha alcanzado, el carácter cada vez mas extendido de la desocupación de largo plazo, la exclusión de la producción y del consumo que esta contiene, la ausencia de futuro que señala el horizonte de la crisis capitalista nacional han dotado al *MTD* de una profundidad y grado de anclaje social que lo han convertido en un sujeto social protagonista.

No es una cuestión menor cuando se trata de arriesgar estas afirmaciones que uno de los componentes del fenómeno resulte la pobreza extrema. El hecho de que la mayoría de las familias tengan una precaria o nula acumulación de bienes, lo que hace que las condiciones de sobrevivencia resulten mucho más duras.

Y esto es determinante porque

frente a la falta de alternativas el recurso de la solidaridad y la cooperación aparece naturalmente, como la única forma de protegerse, proteger a su familia y tener posibilidades de subsistencia, rompiendo así con la fragmentación y el individualismo impuesto por el mercado.

Una extensa red de solidaridades, de mecanismos de cooperación, de trabajo voluntario no rentado, están aportando desde hace una década a recomponer el tejido social.

Comedores y guarderías infantiles; huertas y panaderías comunitarias; formas de autoconsumo solidario; asentamientos y construcción colectiva de viviendas; talleres de costura para la recuperación de prendas y vestimentas, bibliotecas populares, ayudas escolares; talleres de formación; proyectos productivos...

Son las formas más generalizadas de esta recuperación solidaria y cooperativa, a las que el movimiento ha llegado luego de las primera luchas por reivindicaciones más elementa-

para construir viviendas que desde hace años estaban prometidas y nadie entregaba; el reclamo a las autoridades municipales por el asfalto o el semáforo; el reclamo por el subsidio para comprar el horno industrial para el proyecto de la panadería".

De esta manera "...en la medida que nos organizábamos la participación de los vecinos nos iba orientando acerca de las necesidades más sentidas por el barrio.. la experiencia de los primeros cortes por los planes se transformaba así en capacidad de planificar una toma de tierras o de discutir con el intendente desde una posición de fuerza".

"Si en un principio los planes trabajar estaban exclusivamente destinados a tareas como zanjas, bacheos, reparación de veredas, pintadas para punteros políticos, con el avance de la conciencia y organización en distintos barrios se planteó.. exigir al Gobierno Nacional la renovación de los proyectos de empleo en otros términos: queríamos definir nosotros las tareas a realizar, teníamos ideas y proyectos propios para llevar adelante".⁹

Tal vez el principal sujeto de esta reapropiación del trabajo hayan sido hasta el momento la mujeres. Ellas llevan adelante la gran mayoría de las tareas, muchas veces "arrastran" a sus compañeros a participar del movimiento, y este protagonismo se expresa también en los pique-

les como ayudas alimenticias y planes de empleos transitorios.

"... en las asambleas semanales se empezaron a volcar otras necesidades: la de tomar tierras abandonadas

tes. Este fuerte protagonismo femenino –en el que indudablemente la feminización de la pobreza es determinante– ha facilitado que la problemática de género, aun indirecta o deformadamente, comience a expresarse en el interior del movimiento.¹⁰

El conjunto con toda su diversidad constituye una trama solidaria que autogestiona sus propias necesidades con un alto grado de autonomía frente a las instituciones. Subyace en este proceso una fuerte reivindicación de la cultura del trabajo, una comprensión de que la necesidad extrema solo puede enfrentarse desde un esfuerzo colectivo. En suma una lenta reconstrucción de la subjetividad social sobre la que se apoya la fortaleza y persistencia del movimiento.

*“La nueva fábrica es el barrio, es la idea fuerza que sintetiza esta experiencia y expresa la realidad de millones de trabajadores no sindicalizados que encuentran en viejas experiencias asociativas (fomentismo, cooperativismo, vecinalismo) la posibilidad de responder organizada-mente a la crisis.”*¹¹

En esta perspectiva de análisis la reivindicación por los Planes Trabajar y por “quien los controla” adquiere una significación cualitativamente superior a un simple, y legítimo, reclamo por subsidios. Se trata de movilizaciones cuyo objetivo, no necesariamente explícito o cons-

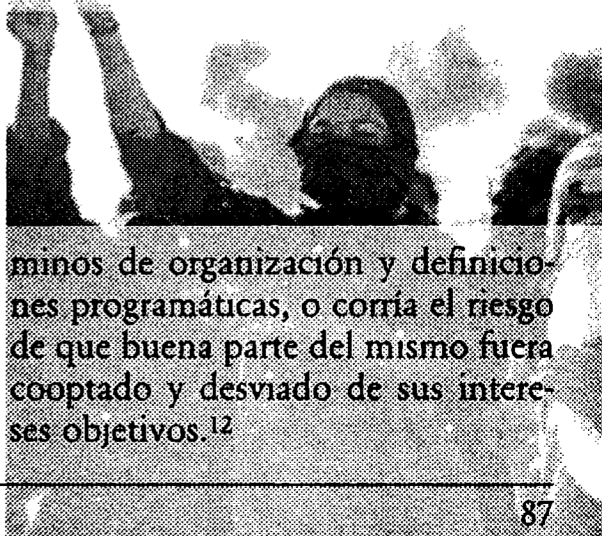
ciente, es la reapropiación de la calidad subjetiva del trabajo como organizador de la vida social, y de la relación entre hombres y mujeres.

Un momento de inflexión

La ausencia de una organización y dirección nacional que le diera cierta centralidad puso al descubierto que el incipiente movimiento social de resistencia contenía limitaciones espaciales y temporales.

Las primeras quedaban evidenciadas en la impotencia, puesta de manifiesto durante largos años, para coordinarse a nivel regional y nacional. Las segundas en las dificultades para dotarse de permanencia y continuidad en el tiempo, a pesar de su tozuda y reiterada persistencia.

Sin embargo un movimiento de la naturaleza, extensión territorial y profundidad como el que hemos tratado de describir más arriba no podía continuar con el grado de desarticulación que mostraba. La densidad social alcanzada lo ponía en una disyuntiva: o avanzaba en tér-



minos de organización y definiciones programáticas, o corría el riesgo de que buena parte del mismo fuera cooptado y desviado de sus intereses objetivos.¹²

La Primera y Segunda Asamblea Nacional de Organizaciones sociales, territoriales y de desocupados”, el nombre formal de los llamados “congresos piqueteros”, fue la respuesta del movimiento a este nuevo desafío.

La asamblea, cuyos antecedentes pueden rastrearse desde tiempo atrás,¹³ estaba siendo prevista desde hace más de un año pero la crisis política desatada por el 7mo. ajuste que lanzara el Gobierno Nacional en sólo un año y medio de gobierno precipitó los acontecimientos.

Más de 2000 delegados de todo el país respondieron a la convocatoria, cuya responsabilidad organizativa recayó en los “piqueteros” de La Matanza. No solo asistieron las múltiples organizaciones que vertebran el movimiento de trabajadores desocupados, también dirigentes sindicales, trabajadores docentes y universitarios; jubilados, dirigentes barriales y de organizaciones vecinales, productores agropecuarios, entre otros.

La convocatoria fijó objetivos claros y precisos: avanzar en la coordinación de las luchas a nivel nacional; en criterios de representación; en como mejorar los niveles de organización y cómo enfrentar el nuevo ajuste. Con lo que incluía entre sus reivindicaciones las de los trabajadores ocupados.

El debate registró el cruce de opiniones sobre las formas organizati-

vas de los cortes. Sobre los alcances del uso de la fuerza social y los contenidos concretos de un plan de lucha nacional, lo que, en sus definiciones finales, marcó un avance en la politización del movimiento.

No fue ajena a esta politización la consideración a las luchas del movimiento internacional contra la globalización capitalista –especialmente el homenaje al joven asesinado en las manifestaciones de Génova– y la referencia a otras experiencias que se desarrollan en América latina, con lo que la dimensión internacional estuvo presente.

Como resultado práctico inmediato la coordinación se concretó en 145 cortes de rutas y vías de comunicación simultáneos en las 50 principales ciudades del país, lo que constituyó una “verdadera demostración de fuerza, de capacidad organizativa y de poder”,¹⁴ que habla claramente de las potencialidades del movimiento.

Espontaneidad y organización

Si existe un debate acerca del carácter espontáneo u organizado de los cortes, lo que puede apreciarse en la evolución del último año es que, acompañando el desarrollo del movimiento, el componente espontáneo va decreciendo y como contrapartida crece el organizativo.

Un movimiento que surgió con características espontaneistas y horizontales, con una amplia democra-

cia asamblearia y una muy escasa delegación en la conducción, cuyas medidas de lucha se presentaban y se reelaboraban durante el conflicto –casos Cutral-Có y Tartagal– se ve obligado a extenderse nacionalmente y por lo tanto a planificar y organizar sus acciones.

Un primer indicio fueron los cortes que se dieron en noviembre del 2000 en la Provincia de Buenos Aires, en la zona de los cordones industriales, a pocos kilómetros de la Capital Federal y en la propia capital provincial, donde por muchas horas la Ciudad de La Plata fue virtualmente aislada de toda conexión por vía terrestre. En La Matanza el corte duró diez días y participaron de él, según las versiones, entre cuatro y siete mil personas. Los cambios de guardia de los piqueteros, el orden interno establecido, los controles sociales, las postas sanitarias, las asambleas masivas discutiendo un programa global de reivindicaciones, que superó ampliamente la exigencia de subsidios, fueron aquí los rasgos más salientes.

Se hizo evidente la participación de diversas corrientes políticas, a través de sus organizaciones territoriales, incluso de dirigentes locales de los grandes partidos del sistema; y el establecimiento de una suerte de alianza con el movimiento obrero organizado en la zona.

En la zona sur del conurbano bonaerense, Quilmes, Lanús, Almiran-

te Brown, otros cortes avanzaban en definiciones políticas más generales incluyendo junto a las reivindicaciones propias, la exigencia de libertad y desprocesamiento de los dirigentes sociales y el planteo de un paro general por 36hs. En algunos casos se cuestionó la participación de dirigentes políticos locales de los partidos mayoritarios. Reafirmando su autonomía, la asamblea del corte no aceptó la mediación de los jefes comunales locales ni tampoco la de la iglesia.

Como regla general cuando son masivos los cortes han recibido la adhesión de la opinión pública y obtienen así una legitimación para la utilización de la fuerza social en el reclamo de las reivindicaciones populares. Muestran también una voluntad de lucha creciente y una disposición al enfrentamiento con las fuerzas represivas, que se verifica en el cubrirse el rostro de los piqueteros y en el hecho de que están “armados” con palos y hondas.¹⁵

La experiencia de Tartagal con sus cinco puebladas (mayo '97, diciembre '99, mayo y noviembre '00, y junio '01), muestra algunos componentes que la distinguen: continuidad en el tiempo y capacidad para reemplazar dirigentes; el nivel de los enfrentamientos, los cortes no son sólo en las rutas sino también frente a los accesos a las plantas procesadoras.¹⁶ Los programas de lucha elaborados por la UTD y la gestión

de los planes trabajar constituyen una verdadera obra de gobierno paralelo sin precedentes en el país.¹⁷

Que avance el componente organizativo sobre el espontáneo no modifica uno de los rasgos esenciales: los cortes siguen siendo en su gran mayoría expresión de movimientos autónomos que desbordan los ámbitos gremiales y partidarios.

No obstante la tensión entre espontaneidad y organización se manifiesta cada vez con más fuerza.

Expresión de esta tensión fueron los debates que se dieron en el segundo congreso piquetero. La lógica exigencia de avales (20 firmas) para presentarse como delegado chocaba con el reparto de cupos de delegados entre los principales agrupamientos políticos o las reglas impuestas para llevar adelante el debate.

Un segundo momento de tensión lo constituyó el alcance de los cortes: los sectores más radicalizados proponían el bloqueo de rutas y puentes y la paralización de la producción; en tanto que las grandes organizaciones planteaban cortes masivos, con vías alternativas y una estrategia de demostrar poder para negociar.

El contenido de las reivindicaciones, si se trata de alimentos y planes de empleo, o se exige trabajo genuino y reducción de la jornada laboral, fueron otras de las principales propuestas en controversia.

La política de alianzas, expresada

en términos de unidad de los que luchan o unidad con otros sectores sociales atravesados por la crisis y la creación de un movimiento más amplio, es otro de los debates que recorre todo el movimiento.¹⁸

Algunas conclusiones

- En su arrollador avance de los años '90 el capital ha diluido también las formas de integración y control social, abriendo nuevas posibilidades para la reorganización del movimiento social. Esta nueva realidad se ha expresado puntualmente en cada uno de los múltiples y fragmentados conflictos de estos años, allí se expresaron una y otra vez un conjunto de valores que bien pueden estar configurando las bases para una sociedad alternativa a la actual. El movimiento social, al no encontrar canales institucionales, tiende a radicalizarse.

Solidaridad, cooperación, cuestionamientos al orden de cosas existente, protagonismo social, debates y decisiones colectivas. Radica aquí la fortaleza y la potencialidad del movimiento.



En la resolución de los problemas que hacen a su condición de vida y existencia el movimiento se ha ido reapropiando de formas autogestivas de una economía solidaria (también llamada de subsistencia o de la vida real), de cooperación e igualdad, que en su práctica concreta tiende a contraponerse con la lógica capitalista.

Tanto en su quehacer cotidiano como en los momentos de lucha y confrontación el movimiento ha ido creando y recreando formas aún embrionarias de autoorganización y ejercicios de democracia y acción directas.

En los congresos piqueteros como en las grandes movilizaciones de julio y agosto pasados se ha manifestado un proceso de convergencia social y política que puede tener consecuencias importantes para el futuro del movimiento.

Por un lado un proceso de convergencia al interior del propio movimiento social, que avanzó en coordinación y centraliza-

ción de sus acciones a nivel nacional, por el otro un proceso de convergencia del movimiento con diversas expresiones de la izquierda orgánica, lo que alimentó el debate en los congresos y mostró también madurez a pesar de las inocultables diferencias políticas y metodológicas.

No obstante debe considerarse que el movimiento todavía es limitado. Alcanza a una fracción minoritaria de los desocupados, y debe resolver como convivir, democráticamente, con sus tensiones internas.

Su evolución, más que de la radicalización de las acciones pareciera depender de su capacidad para extenderse sin perder los atributos con los que nació, y sobre todo de establecer relaciones más orgánicas con el conjunto del movimiento social, particularmente con las potencialidades emancipadoras del movimiento obrero, en la perspectiva de orientarse a la transformación radical de la sociedad..

Buenos Aires, octubre 2001

Notas

¹ Centro de Estudios Nueva Mayoría, "Los cortes de ruta desplazaron a los paros y saqueos como expresión de la protesta social", Bs.As., octubre

2000 e Informe septiembre 2001. "En conclusión, una visión global del fenómeno de protesta social durante las últimas dos décadas, muestra:

a) Durante los años ochenta, la expresión predominante de la protesta social fueron los conflictos laborales, con los sindicatos encuadrando el reclamo por un mayor salario.

b) Entre fines de esa década y comienzos de los noventa, los saqueos protagonizados por los sectores de menores ingresos frente a la desesperación generada por la hiperinflación, pasó a ser la expresión de protesta social predominante (alcanzaron a 676 en 1989 descendiendo a 96 en 1990).

c) En la segunda mitad de la década del noventa, la lucha por el salario ha cedido ante la gravedad del desempleo y los desempleados crónicos comenzaron a utilizar el corte de ruta como expresión predominante de protesta social, situación que se prolonga en los primeros meses del año 2000."

(1bis) SET-Consultores "Informe de Coyuntura laboral", Bs.As., agosto 2001 y actualización a septiembre.

² Nicolás Iñigo Carrera/María Celia Cotarello, "Clase obrera y formas de lucha en la Argentina actual" Bs.As., octubre 2001.

—Nicolás Iñigo Carrera/María Celia Cotarello, "La protesta social en los '90. Aproximaciones a una caracterización". *Documento de Trabajo n°27. PIMSA. Bs.As. 2000*

—O. Favaro/M.A.Bucciarelli/G. Iuorno, "La conflictividad social en Neuquen. El movimiento cutralquense y los nuevos sujetos sociales". *Realidad Económica* n° 148 - Bs.As. mayo-junio 1997

³ El programa de reivindicaciones acordado entre los dirigentes piqueteros, el Intendente de La Matanza y representantes del gobierno nacional, implicaba una reformulación del presupuesto comunal y la reasignación de las partidas en función de las necesidades populares y de las prioridades planteadas por la gente en las asambleas.

⁴ Son típicos los casos de Cutral-Có-Plaza Huincul y Tartagal, privatizaciones de YPF; Sie-

rra Grande, privatización de HIPASAM; reconversión tecnológica de Ing. Ledesma, San Salvador de Jujuy; privatización de Petroquímica Gral. Mosconi, Gral. Mosconi; el aislamiento a que han sido sometidas numerosas poblaciones por la clausura o cierre de ramales y talleres ferroviarios no rentables para la lógica del capital privado.

⁵ Sigue Santa Fe con el 4% (71), Córdoba con el 3% (58), con el 2% se ubican las provincias de Catamarca (42), Mendoza (33) y con el 1% se encuentran: Corrientes (28), Misiones (27), Entre Ríos (25), La Rioja (20), Chubut (17), Formosa (15) y San Juan (14).

Cabe destacar que Jujuy con el 2% de la población tiene el 11% del total de cortes, Neuquén también con el 2% concentra el 7% de estas protestas, lo mismo sucede con Tucumán, que con el 3% de la población tiene el 6% de los cortes y Salta con una población similar concentra el 5%. Centro de Estudios Nueva Mayoría, informe citado.

⁶ MTD es una denominación genérica que incluye tanto a la FTV (Federación de Tierra y Vivienda) cuyo origen se encuentra en los asentamientos y el reclamo por la tierra y el techo, o la CCC (Corriente Clasista y Combativa) que es una organización que alberga trabajadores sindicalizados, agrupaciones gremiales de jubilados y desocupados; y numerosas organizaciones locales UTD, CTD, MTD, que se identifican con el aditamento de la localidad a la que pertenecen, o bien como el MTD -Teresa Rodríguez, que a su vez integran numerosos grupos bajo esta denominación, o la CTD-Aníbal Verón, entre otros.

⁷ Esto significa que alrededor de 3.400.000 trabajadores están desocupados. Si a esto se le adiciona las tasas de subocupación, del orden del 15%, arroja que como mínimo más de un tercio de la fuerza de trabajo, casi 5.000.000 de personas, tiene serios problemas con el empleo.

⁸ El INDEC establece para la canasta familiar básica un valor de \$1.200; para la canasta familiar de emergencia, que fija la línea de pobreza, el valor es \$470. En tanto que la línea de indigencia está dada por un ingreso que no supera los \$130.

⁹ Pablo Solana, *"MTD: que hay detrás de los piquetes y los planes trabajar"* MTD-Lanús – Coordinadora de trabajadores desocupados "Anibal Verón".

¹⁰ Grupo Documental 1º de Mayo –video– *Matanza*, ENERC / INCAA-Magoya Films, Argentina, 2001

¹¹ Federación de Tierra y Vivienda (FTV) –Instituto de Estudios y formación de la CTA, *"La tierra es nuestra. Hacia una política de tierra, vivienda y hábitat."*, Bs.As., julio del 2001.

¹² Así lo entendieron rápidamente algunos dirigentes políticos que intentaron fracturar el movimiento distinguiendo entre piqueteros "confiables" y "los violentos". En tanto que la ministra de Trabajo planteó la sindicalización del movimiento, su institucionalización, para canalizar los reclamos "por vías normales y no en la calle".

¹³ En 1997 se llevaron a cabo dos intentos de organización del movimiento, básicamente una serie de grupos del Gran Buenos Aires, pero diferencias de enfoque y orientación y rasgos personalistas de dirigentes locales no permitie-

ron alcanzar mínimos grados de coordinación. Aunque también debe haber pesado la escasa densidad social de los grupos intervinientes.

¹⁴ SET-Consultores, *"Informe de Coyuntura Laboral"*, agosto 2001

¹⁵ Esto es mucho más notable en el interior del país, las experiencias de Cutral-Có y Plaza Huincul, en Neuquén; Ledesma, en Jujuy; Tartagal y Gral. Mosconi, en Salta.

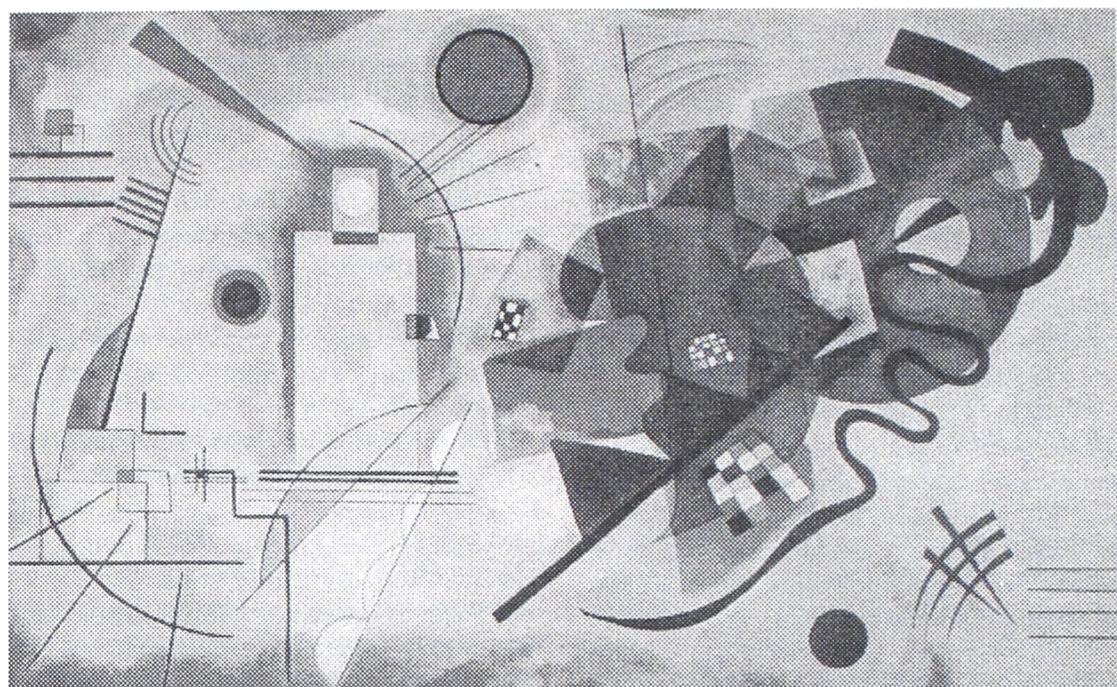
¹⁶ Se bloquea así el circuito petrolero y gasífero de la zona, y se interrumpen las comunicaciones con Bolivia.

¹⁷ *"Tartagal-Mosconi: Crónica de cuatro años de lucha y organización clasista. Un pueblo que aprendió de su propia experiencia"* material impreso sin firma legible., Tartagal, julio 2001. También periódicos *"Prensa obrera"* y *"Propuesta"*.

¹⁸ Pueden consultarse los Boletines del "MTD-S.I.Casanova"; la "Declaración de la Coordinadora Sur del Gran Buenos Aires" del 23.7.01, y el "Programa de lucha" votado en La Matanza aprobado por el "Plenario de organizaciones en lucha" del 14.7.01

dialectica

Secretaría General C.E.F y L. • Revista de Filosofía y Teoría Social



***VIENTO* SUR**

POR UNA IZQUIERDA ALTERNATIVA

Un análisis crítico sobre la tesis de las ondas largas

Rolando Astarita

En la mayoría de los teóricos de izquierda han dominado dos visiones sobre la situación y dinámica del sistema capitalista. Una de ellas, que podríamos llamar “estancacionista” sostiene que el capitalismo está estancado desde la Gran Depresión –algunos incluso remontan el estancamiento a la Primera Guerra mundial– de manera que cualquier ciclo alcista es interpretado, o bien como una recuperación que no revierte la situación general depresiva, o bien como un hecho localizado que se produce en detrimento del desarrollo de otras partes del planeta (por ejemplo, el crecimiento de los países capitalistas adelantados en la Posguerra tendría como contrapartida el estancamiento de los países subdesarrollados). Esta visión se combina con repetidos pronósticos acerca del “colapso inminente” del sistema capitalista. Cada crisis financiera o industrial da lugar a que se repitan este tipo de pronósticos, siendo el último cuando se conjugaron las crisis asiática, rusa y brasileña en 1997-98. Así, de manera característica, el dirigente del Partido Obrero de Argentina, Jorge Altamira, sostuvo que la crisis asiática abría la perspectiva cierta de una crisis generalizada del sistema y recomendó a los militantes seguir el desarrollo de la crisis para vivir **“en tiempo real el derrumbe capitalista.”**¹ Criticada esta visión en varias oportunidades, por lo que no hay necesidad de repetir aquí los argumentos; por otra parte, es un hecho que el “derrumbe del capitalismo en tiempo real” no se produjo.

Más interesante es el segundo enfoque que domina en la izquierda. Sostiene que la dinámica del capitalismo está marcada por grandes ciclos de unos 50 años, de los cuales 25, aproximadamente, serían de ascenso del sistema, y 25 de descenso. Estos ciclos, llamados Kondratiev, se habrían repetido con regularidad desde, por lo menos, comienzos del siglo XIX. El último se habría iniciado al finalizar la Segunda Guerra mundial; su primera fase de expansión (llamada fase A del Kondratiev) habría culminado a comienzos de los años

70; el capitalismo habría entrado entonces en la fase depresiva de 25 años. Dado que por 1995 se estarían cumpliendo los 25 años de descenso, se plantea la cuestión de si el sistema capitalista ya ha entrado en una nueva fase de desarrollo “dorado”, o se continúa –o incluso se profundiza– la fase depresiva (o fase B Kondratiev).

Desde hace varios años hemos estado poniendo en discusión esta visión de la evolución del capitalismo, ya que no vemos que “encaje” con los datos empíricos, por un lado, ni con una explicación teórica coherente. En este artículo quisiéramos retomar esta discusión a partir del examen de la evolución del capitalismo en las últimas décadas y en particular del desarrollo de Estados Unidos en los noventa. Empezaremos examinando algunos aspectos de la tesis de Ernest Mandel sobre los ciclos Kondratiev, por ser el autor marxista que más influencia ejerció en la izquierda sobre esta cuestión.

La tesis de Mandel sobre los ciclos Kondratiev

En *El capitalismo tardío* Mandel reflató la tesis de Kondratiev sobre los ciclos largos de 50 años, aproximadamente, del capitalismo, articulándola con aquella de las oscilaciones a largo plazo de la tasa de ganancia del capital y las renovaciones fundamentales de la tecnología productiva o del capital fijo (que implicarían cambios cualitativos en la productividad del trabajo). El primer ciclo Kondratiev se habría extendido entre fines del siglo XVIII hasta la crisis de 1847. El segundo arrancarían después de la revolución de 1848 y habría terminado a principios de la década de los noventa del siglo XIX. El tercero se habría iniciado en la última década del siglo XIX hasta el fin (para Estados Unidos hasta el comienzo) de la Segunda Guerra. El cuarto habría comenzado en 1940-8, y en los setenta se habría entrado, como ya dijimos, en la segunda fase del ciclo largo. El inicio de esta fase depresiva estaría determinado por el descenso del ritmo de la acumulación desde fines de los sesenta y la primera recesión generalizada de 1974-5.

Más en general, Mandel afirmaba que una fase de ascenso Kondratiev se iniciaba cuando una elevación importante de la tasa de ganancia –que se producía durante la fase depresiva previa– permitía expandir la inversión en nuevas tecnologías e innovaciones. A su vez la expansión tocaba a su fin cuando la tasa de ganancia comenzaba a debilitarse debido al crecimiento tendencial de la composición orgánica del capital. Se abría entonces la fase B Kondratiev, caracterizada por crisis económicas profundas, aumento de la desocupación, destrucción de fuerzas productivas, exacerbación de la tendencia a las guerras y las revoluciones. En esa instancia, lo determinante para que el capitalismo saliera de la crisis eran los factores políticos; esto es, si el sojuzgamen-

to imperialista de nuevos territorios –como había sucedido a fines del siglo XIX– o la derrota de la clase obrera en los países centrales –como sucedió en Europa en las décadas de los veinte y treinta– permitía la recomposición de la tasa de ganancia, el capitalismo experimentaba una nueva expansión, que a su vez desembocaría en una nueva y larga crisis de proporciones mundiales. Por otra parte Mandel estaba convencido de que la dinámica de largo plazo del capitalismo de una creciente contracción geográfica, aun cuando tuviera fases expansivas. Sostenía que en el siglo XX una vasta zona “fue sustraída del mercado mundial capitalista por la victoria de la revolución en Rusia” y que a partir de entonces había existido una “**tendencia secular**” hacia una “mayor contracción geográfica de la acumulación del capital”.² Afirmaba que las crisis serían cada vez más profundas y que las recuperaciones costarían cada vez más en términos de vidas humanas, guerras y calamidades. Por eso, si la recuperación del capitalismo de la fase depresiva abierta con la Primera Guerra mundial había costado decenas de millones de muertos (las dos guerras mundiales) y la Gran Depresión, la recuperación del capitalismo de la fase contractiva iniciada en los setenta costaría aún más en términos de vidas humanas. En un trabajo posterior *Las ondas largas* sostuvo que esta crisis sólo podría dar lugar a una recuperación a costa de una guerra mundial con “cientos de millones de muertos”, regímenes nazis generalizados –que practicarían “lobotomías a gran escala”– y catástrofes similares.³ Si bien en dos capítulos agregados en 1994 (no traducidos al castellano) Mandel matizó estos pronósticos aclarando que no excluía “en principio” la posibilidad de una salida “suave” de la larga depresión, consideró esta probabilidad “no realista”. En su opinión, la “larga depresión” continuaba a mediados de los noventa y concluía que “no habrá salida suave –*soft landing*– de la larga depresión”.⁴

A los efectos de la discusión que haremos luego es importante señalar la evidencia estadística que presentaba Mandel. Correctamente rechazaba los ciclos de precios –en los que se había basado Kondratieff para detectar los ciclos– como un indicador confiable de la evolución económica de largo plazo. En su lugar tomó en cuenta las cifras de la producción industrial y del volumen del comercio mundial (que reflejarían la tendencia de la producción capitalista y el ritmo de expansión del mercado mundial).

Como dijimos antes, esta visión fue compartida por la mayoría de los analistas y escritores de las organizaciones de la izquierda. Incluso los defensores del enfoque estancacionista, que habían criticado a Mandel porque éste había sostenido que el capitalismo se había desarrollado en la posguerra, tendieron a coincidir, de hecho, con su diagnóstico sobre las perspectivas del capitalis-

mo de los setenta y ochenta. “Ahora sí” la crisis era prácticamente sin salida; una guerra con “cientos de millones de muertos” y regímenes políticos practicando “lobotomías a gran escala”, hubiera significado el colapso completo de la sociedad capitalista. Otros, sin compartir plenamente la tesis de que hubiera una guerra nuclear en un plazo más o menos mediano, y sin adherir a la teoría de los ciclos Kondratiev, hemos compartido la idea central sobre que una recuperación del sistema capitalista sólo sería posible a costa de la más terrible depresión económica; muy superior a todo lo que había conocido el sistema en el pasado. Sólo así, pensábamos, se darían las condiciones para una recuperación más o menos sostenida e incluso para una nueva extensión geográfica del sistema. De esta manera acordamos con la tesis de que el capitalismo sólo se podría recuperar a costa de colosales e inauditas derrotas del movimiento obrero. En una palabra, de una guerra civil mundial contra la clase trabajadora. Paralelamente las tesis sobre la dependencia, sobre la articulación de modos de producción en el mercado mundial y el bloqueo permanente del desarrollo de las periferias, se combinaban con el enfoque sobre la crisis a largo plazo, para alimentar una visión demasiado optimista acerca de las posibilidades de una rápida superación del sistema capitalista (en particular porque todavía a mediados de los años ochenta muchos apostábamos a las “energías revolucionarias intactas de las masas soviéticas que seguramente liberará el inevitable colapso del estalinismo en un plazo más o menos breve”).

El crecimiento de la economía capitalista en los últimos 25 años

Aunque al momento de escribir *El capitalismo tardío* Mandel sólo contaba con las cifras de los primeros años de la supuesta fase B Kondratiev, consideró que el descenso en las tasas de crecimiento demostraba inequívocamente la tendencia hacia la depresión. Estos son los datos que presenta Mandel:

Cuadro 1. Crecimiento de la producción industrial de los principales países capitalistas, en porcentajes

	1947-1966	1966-1975
Estados Unidos	5,0*	1,9
Los seis miembros CEE	8,9	4,6
Japón	9,6	7,9
Gran Bretaña	2,9	2,0

*Datos para 1940-66.

Si bien las cifras para Gran Bretaña y Japón no son definitorias, las de los seis países miembros originales de la CEE y en especial las de Estados Unidos parecían dar un fuerte aval a la tesis de las ondas largas. El que se hubiera producido en 1974-5 la primera recesión sincronizada también respaldaba el planteo. De todas maneras en su libro Mandel no aducía más pruebas empíricas; y se nota la ausencia de análisis sobre el otro factor al que había otorgado importancia, el comercio mundial; éste debería contraerse, según su tesis. »

La recuperación de la crisis de 1974-75 fue débil y vacilante en los principales países capitalistas, sin disminución del desempleo y sin que la inversión retomara la vitalidad de la fase anterior, a pesar de las ingentes inyecciones de crédito que realizaron los gobiernos. Entre 1973 y 1981 la tasa media de crecimiento de Estados Unidos pasó al 2,3% anual, la de Alemania Federal al 2%, Gran Bretaña al 0,5% y Japón al 3,6%. La nueva recesión de 1979-82 alimentó aún más la idea de que se había entrado en una fase larga depresiva. Muchos autores, marxistas o de la izquierda, pronosticaron la inminente caída del sistema capitalista. Por ejemplo en 1992 Moseley escribía que en el mejor de los casos el escenario más probable de Estados Unidos en los noventa sería la continuación del estancamiento de los setenta y ochenta, y que una serie de factores (endeudamiento en primer lugar) aumentaba significativamente “la probabilidad de otra gran depresión como en los años noventa”.⁵ Sin embargo, ya entonces habría que haber admitido que la caída era **cualitativamente** menor a la que se había producido durante la Gran Depresión. Si se toma el conjunto del período 1921-38 para Estados Unidos, y se lo compara con el período 1970-82, se advierte que mientras en el primero la declinación promedio del PNB durante las recesiones fue del 16,4%, en el segundo fue del 3,5%. Este último es claramente mayor que la caída promedio del período 1949-70, pero también cualitativamente distinto a la profundidad de las caídas ocurridas en el período de entreguerras.⁶

Sin embargo, la desmentida más definitoria para la tesis de los ciclos Kondratiev vendría después. Es que lejos de lo que anunciaba la teoría, las economías de los países capitalistas adelantados tuvieron un desempeño “aceptable” en los siguientes veinte años. Las tasas de crecimiento no fueron las de la época “dorada” del boom de posguerra, **pero tampoco las propias que cabría esperar en una depresión**. Véase el siguiente cuadro:

Cuadro 2: Tasas de variación del producto bruto

	1982-1992	1991-2000
Economías adelantadas	3,1	2,8
Estados Unidos	2,9	3,8
Japón	4,1	1,1
Unión Europea	2,6	2,1

FUENTE: FMI, *World Economic Outlook* mayo 2000, complementado con datos FMI 2001

En particular, hay que destacar que **la economía de Estados Unidos en absoluto confirmó la tesis de la onda depresiva**. Es que desde 1991 hasta 2001 experimentó el crecimiento más prolongado de la posguerra, con un fuerte aumento de la productividad en la segunda parte del decenio (que sólo se puede explicar por una importante renovación tecnológica). Contra un crecimiento promedio anual de la productividad del 1,53% entre 1990 y 1995, se registra un aumento del 2,9% anual entre 1995 y 2000.⁷ La producción industrial también registró un fuerte crecimiento: 46% entre 1991 y 2000. La tasa de ganancia promedio de las empresas no agrícolas alcanzaba entre 1996 y 1997 los niveles de 1973. Obsérvese que las tasas de crecimiento del PBI durante las décadas del 80 y 90 no son cualitativamente distintas a la tasa de crecimiento promedio entre 1950 y 1973, que fue del 3,7% (de hecho, la tasa de la última década es igual). Tratándose de la economía capitalista más importante del planeta (representa aproximadamente la cuarta parte del PBI mundial), no son datos que puedan pasarse por alto fácilmente a la hora de verificar la validez empírica de la tesis de las ondas largas.

Pero posiblemente más importante aún es constatar que **la economía capitalista mundial** también tuvo tasas de crecimiento notables en los últimos veinte años. A pesar del hundimiento de las economías africanas y latinoamericanas en los ochenta, en los 10 años que van de 1982 a 1991 la economía mundial creció a una tasa promedio del 3,3% anual. Luego, de 1992 a 2000 (incluido este último año), lo hizo a una tasa del 3,4%.⁷ Nuevamente, debemos decir que no son las cifras de crecimiento del “boom” de los cincuenta y sesenta –entre 1950 y 1973 la economía mundial creció a una tasa del 7,1% anual– **pero tampoco se trata de cifras de depresión**. Debemos señalar también que el crecimiento ni siquiera se transformó en negativo durante las grandes recesiones que ocurrieron en los países imperialistas, las de 1975, 1982 y 1991. En promedio durante esos años creció entre el 1,2% y el 1,9%. Tampoco hubo caída neta durante 1998, cuando se hicieron sentir

plenamente los efectos de la crisis asiática: creció a una tasa del 2,5% (con países como India y China creciendo más del 5%).

En particular el crecimiento de los países asiáticos de la cuenca del Pacífico ha sido llamativo. Tomando ahora datos que arrancan en los setenta, tenemos:⁹

Cuadro 3: Tasas anuales promedio de crecimiento del PBI, en %, de los países asiáticos del Pacífico.

	1970-1979	1980-1989	1990-1996
Hong Kong	9,2	7,5	5,0
Singapur	9,4	7,2	8,3
Taiwán	10,2	8,1	6,3
Corea del Sur	9,3	8,0	7,7
Malasia	8,0	5,7	8,8
Tailandia	7,3	7,2	8,6
Indonesia	7,8	5,7	7,2
China	7,5	9,3	10,1
Filipinas	6,1	1,8	2,8

FUENTE: The Economist 1/04/97

Parece muy difícil de encajar estos datos en la teoría Kondratiev. Recordemos que según los cálculos de Paul Bairoch, la tasa anual media de crecimiento del producto bruto durante el siglo XIX para el conjunto de los países actualmente desarrollados osciló entre el 2 y el 2,5% anual.¹⁰

Veamos ahora qué sucede con el comercio mundial, el otro parámetro importante que Mandel tomaba en consideración para definir una fase depresiva larga. Entre 1982 y 1991 la tasa anual promedio de crecimiento del comercio mundial fue del 5%, y entre 1992 y 2000 del 7,2% (con un crecimiento record en 2000 del 13%— datos FMI, 2000 y 2001). Son cifras claramente superiores a la tasa de crecimiento de los productos nacionales. Esto significa que **el mercado mundial se expandió**. Y, por supuesto, se intensificó la imbricación económica entre países: Mientras que en 1970 el porcentaje promedio de importaciones y exportaciones con respecto al PNB del conjunto de los países era del 12,8%, en 1999 fue del 21%. Estos datos tampoco confirman la tesis de la contracción secular del sistema capitalista mundial.

Factores políticos que subyacen a la recuperación

Es claro entonces que a diferencia de la crisis del treinta la crisis de acumulación de los setenta se resuelve en el sentido de la expansión y reorganización geográfica del capital.

En este sentido parece confirmarse una tesis de Mandel, quien decía que grandes acontecimientos de la lucha de clases estaban en la base de la recuperación de las tasas de rentabilidad de los capitales. Pero se confirma lo que ya algunos otros autores habían señalado como una debilidad de su planteo: que no existe ningún elemento para afirmar que los factores políticos que inciden en la recuperación de la tasa de ganancia **deban hacer sentir sus efectos después de 25 años de recesión o depresión**. Concretamente, debido a la ausencia de respuestas políticas revolucionarias del trabajo a la ofensiva del capital, este último pudo recomponer las condiciones de la acumulación con muchos menores costos que los habidos durante las décadas que van desde la Primera Guerra mundial a la segunda posguerra. Es que en los setenta y comienzos de los ochenta se producen una serie de acontecimientos concatenados: freno o derrota de luchas sindicales importantes –en Estados Unidos, Gran Bretaña y en otros países europeos claves– y estabilización de la situación política en lugares que habían estado convulsionados en los setenta –Portugal el caso más notorio, pero también España. Además, los trabajadores, de conjunto, no rompen con los programas de sus grandes organizaciones sindicales –partidos comunistas, socialdemócratas, movimientos nacionalistas en los países atrasados– que buscaban salidas reformistas y pactadas con el capital a la crisis de acumulación. Por esa época también comienzan a ceder terreno los movimientos revolucionarios del “tercer mundo” que se proclamaban socialistas. El giro del gobierno de la República de Vietnam hacia los organismos financieros internacionales a partir de 1976 o la política de conciliación de los sandinistas en Nicaragua, después de 1979, pueden tomarse como símbolos de este cambio.¹¹ Más importante aún, desde 1978 China comienza su evolución hacia la integración en el mercado mundial. Estos acontecimientos van creando entonces un clima de confianza renovada para el capital, que recibirá un nuevo y decisivo espaldarazo con la caída del sistema soviético en 1989-91. Con la caída del Muro de Berlín se abren a la **explotación directa** de la mano de obra por el capital nuevos y extensos territorios, y se **profundiza el retroceso y desconcierto** de los movimientos obreros y de la izquierda. La resistencia a la globalización del capital se encarna incluso en regímenes y movimientos reaccionarios (desde el punto de vista económico social) que no presentan ninguna perspectiva de salida progresista y solidaria para las masas.

Con este marco como referencia se mundializa la relación capitalista. Se produjo una nueva ola de confianza del capitalismo –insistimos, asentada sobre la derrota de la clase obrera mundial– que a su vez estuvo sustentada en la recuperación de las tasas de rentabilidad de los capitales más poderosos, en particular de Estados Unidos. De esta manera, la depresión que se anunciaba a fines de los setenta no se produjo, y el capitalismo retomó tasas de acumulación “aceptables”.

Comentario sobre los anteriores ciclos

Dado que por primera vez podemos hablar realmente de una economía capitalista planetaria, las cifras y los hechos que acabamos de analizar tienen una importancia difícil de disimular a la hora de determinar la validez de la teoría de las ondas largas Kondratiev.

Sin embargo los datos sobre los anteriores ciclos tampoco terminaban de “encajar” con la teoría. Dado que para estos ciclos sólo son relevantes las cifras de las principales economías capitalistas (enormes zonas del planeta estuvieron en un estadio precapitalista hasta después de la Segunda Guerra mundial), el que una economía como la de Estados Unidos no confirme la existencia de los ciclos es devastador para solidez de la tesis Kondratiev. Veamos los datos que da el propio Mandel:

Cuadro 4: Crecimiento de la producción industrial de Estados Unidos 1849-1913:

1849-1873	5,4%
1874-1893	4,9%
1894-1913	5,9%

1849-73 sería una fase expansiva Kondratiev, y 1874-1893 una depresiva; pero una tasa de crecimiento del 4,9% –contra un 5,4% de la fase previa– no parece señalar ninguna diferencia **cualitativa** con respecto al ciclo anterior. Por otra parte Gordon, Reich y Edward (también defensores de la tesis de las ondas largas) presentan un cuadro que resume los datos de las tasas de crecimiento en el producto real de cuatro economías capitalistas importantes entre fin de siglo XIX y principios de siglo XX (excluyen a Japón) y calculan una media ponderada de las cuatro tasas de crecimiento para cada período.

**Cuadro 5: Porcentaje de crecimiento medio anual
en el producto real**

Onda larga	Años	EE.UU.	R. Unido	Alemania	Francia	Media ponderada
II A	1846-1878	4,2	2,2	2,5	1,3	2,8
II B	1878-1894	3,7	1,7	2,3	0,9	2,6
III A	1894-1914	3,8	2,1	2,5	1,5	3,0
III B	1914-1938	2,1	1,1	2,9	1,0	2,0
IV A	1938-1970	4,0	2,4	3,8	3,7	3,8

Según este cuadro, la fase A de la tercera onda larga en Estados Unidos presenta una tasa de crecimiento prácticamente igual a la fase B (supuestamente depresiva) de la segunda onda. Cuando se analiza la media ponderada, por otra parte, la fase B de la segunda onda casi no se distingue de la fase A de esa misma onda (0,2 de diferencia). Los datos que presenta Mandel sobre índices de producción mundial en *Las ondas largas del desarrollo capitalista* confirman lo que estamos diciendo. Entre 1874-1896 –fase B– el índice de crecimiento de la producción mundial per cápita sería del 1,4% anual, mientras que en la siguiente fase A habría sido de 1,72%; la producción mundial de energía en los mismos períodos habría crecido a tasas anuales del 4,13% y 4,8%. Ninguna de estas cifras está señalando diferencias cualitativas, que justifiquen hablar de un ciclo depresivo. Como señala Batra, la contracción iniciada en 1873, y que deriva en una gran depresión, se prolonga hasta 1879; o sea, nueve años, menos de la mitad de lo que indica que debería haber ocurrido según la tesis de los ciclos Kondratiev.

Las cifras de crecimiento de Estados Unidos de los años veinte tampoco encajan en la teoría Kondratiev. La economía norteamericana recién entró claramente en recesión en 1929, hundiéndose rápidamente en la depresión que se prolongará por 11 años. Si sumamos entonces la fragilidad de estas “evidencias” a lo sucedido en los últimos 30 años, llegamos a la conclusión de que es necesario un cambio de enfoque en la valoración de las tendencias de largo plazo del sistema capitalista.

Por un cambio de enfoque

A la luz de lo sucedido es necesario superar la visión dicotómica de, o bien crecimiento a las tasas “doradas” del 5 o 6% anual, o bien depresión. Esta dicotomía rígida se advierte en la mayoría de los análisis de la iz-

quierda. Por lo general, se toma como punto de referencia las tasas –excepcionalmente altas si se miden históricamente– del desarrollo capitalista de las décadas de los cincuenta y sesenta (como ya dijimos, más del 7% de crecimiento anual de la economía mundial) para “demostrar” que desde hace 25 años el capitalismo está en crisis, o por lo menos en una fase larga depresiva. Un ejemplo característico de este enfoque es el de Robert Brenner, en su reciente y renombrado trabajo. Brenner constata que a partir de 1973, y por las dos décadas siguientes, las economías de los países del G-7 no recuperaron los niveles de crecimiento, ni de inversión, ni de ganancias de las décadas previas, y habla entonces del largo “giro hacia la baja” (*long downturn*), o sea, de una espiral descendente que desembocaría en el corto plazo en una nueva Gran Depresión.¹² Sin embargo, hemos visto que a lo largo del último cuarto de siglo no hubo tal espiral descendente, sino un descenso en el ritmo de crecimiento. Una “velocidad crucero” del capitalismo distinta a la del “boom” de post-guerra; en una palabra, no hubo estancamiento, sino crecimiento, aunque más moderado que el de la post-guerra. En términos comparativos, el crecimiento de la economía mundial en el último cuarto de siglo está incluso un poco por encima de la media ponderada de crecimiento anual de los países capitalistas avanzados durante los 68 años que van desde 1848 a 1914, que fue del 2,8%. O sea, en la historia del capitalismo existen largos períodos globales “grises”, esto es, de crecimientos más débiles, pautados por crisis cíclicas, con una permanencia de alta desocupación, que no permiten englobarse en ninguna de las alternativas anteriores. Concretamente, el capitalismo de los noventa **no estuvo en “crisis crónica” ni tampoco vivió un desarrollo “dorado”**.¹³

Por eso se puede hablar de una crisis de acumulación a partir de los setenta –caída de la tasa de ganancia en los países centrales y debilidad estructural en la inversión– pero señalando que se trató de una crisis mucho más benigna que la que sacudió al capitalismo en el período que va de la Primera a la Segunda Guerra. El desarrollo fue marcadamente desigual, ya que el debilitamiento de la acumulación en los países adelantados en los setenta y buena parte de los ochenta fue acompañado de la expansión en Asia, y del estancamiento en África y América Latina en los ochenta. Hubo acumulación del capital, **sin que por ello dejaran de producirse fuertes crisis financieras y productivas**.¹⁴

Por otro lado es claro que afirmar que existió una acumulación sostenida en Estados Unidos no implica adherir a la absurda tesis de “se acabaron los ciclos económicos”, como proclamaron algunos en la euforia norteamericana de los noventa. El debilitamiento de las ganancias de las empresas ame-

ricanas en los últimos dos trimestres es notorio, y estaría anunciando el inicio de una nueva recesión. Según el registro de las ganancias de 1700 empresas que lleva *The Wall Street Journal*, en los últimos tres meses de 2000 las ganancias empresarias cayeron en promedio un 20%, y en el primer trimestre de 2001 cayeron un 43% con respecto a igual período del año anterior. De manera característica, el prolongado ciclo de auge de la economía trajo aparejadas sobreinversiones de capital, en especial en tecnología informática. A medida que fue aumentando la relación capital/utilidades, la inversión en equipos y software de alta tecnología –que cumplió un rol vital en la expansión– comenzó a contraerse. Esta inversión ha caído a una tasa anual del 6,5% en el primer trimestre de 2001, luego de haber aumentado a la extraordinaria tasa del 25% anual durante el período 1995-2000, y ha seguido cayendo en el segundo trimestre. La producción industrial durante el primer semestre de 2001 bajó a una tasa anual del 6%, la más importante en los últimos 20 años. Contra lo que muchos creían, que con el software de última generación las empresas se asegurarían que la producción nunca superaría demasiado a las ventas, las empresas no lograron anticipar la desaceleración económica y los stocks se han estado acumulando en los últimos meses. Esto indica que la anarquía del mercado capitalista sigue haciendo valer sus derechos, a pesar de la administración de los inventarios con el método *just in time*.¹⁵ Los pronósticos de evolución del PBI se ubican ahora en un 1% para el año.

La caída en el ritmo de crecimiento de Estados Unidos a su vez ya estaría afectando a países de fuerte exportación en alta tecnología, como Malasia, Filipinas, Corea del Sur, Tailandia, que después de haber crecido más del 6% en 1999 y 2000, están sufriendo una fuerte desaceleración. Japón, a su vez, sigue empantanado en la recesión; en el primer semestre de 2001 su producción industrial se hundió a una tasa anual del 17%, y el PBI se contraería un 0,5% en el año. A su vez, toda la zona del euro también estaría entrando en una marcada recesión. De conjunto el crecimiento de las economías del G3 (Estados Unidos, Japón y área del euro) rondarían apenas el 1%.

Por otra parte, los fuertes desequilibrios en las cuentas externas de los grandes países desarrollados hacen sobrevolar el peligro de nuevas crisis monetarias y financieras. De un excedente en la cuenta corriente de 83.000 millones de dólares en 1997 de los países de la OCDE, se pasó a un déficit de 295.000 millones en 2000, que equivale aproximadamente al 1,3% de su PNB combinado. El principal factor causante de este déficit es Estados Unidos, con un déficit equivalente al 4,5% de su PNB (contra 1,5% que representaba en 1995), a pesar del superávit en el sector público. Una caída brus-

ca del dólar y de los mercados financieros de la principal potencia podría precipitar una recesión mundial de proporciones mucho mayores a las previstas en estos momentos.

Insistimos por esto en que afirmar que no se ha cumplido el ciclo a la manera en que lo preveía la tesis Kondratiev no significa negar la existencia de los ciclos económicos, ni afirmar que el capitalismo haya logrado superar sus contradicciones, o negar que periódicamente suma a la humanidad en gigantescas catástrofes en términos de costos en vidas humanas, bienestar y desarrollo de las fuerzas de la producción. Pero es importante superar la visión rígida y mecanicista que impera en amplios círculos de la izquierda. Desde el punto de vista teórico se puede decir que los datos presentados confirman lo que ya otros autores habían señalado con respecto a la tesis Kondratiev: que hasta el momento no se ha presentado razón alguna para afirmar que recuperación de la tasa de ganancia debiera operarse a lo largo de un período depresivo de 25 años. No existen razones teóricas para que así suceda en un país, menos las hay para que debiera suceder a nivel mundial y de manera sincronizada. Si algo caracteriza al sistema capitalista es el desarrollo desigual; esta desigualdad afecta naturalmente las tasas de ganancia y de inversión de los capitales, ubicados en diferentes regiones del planeta. La desigualdad también se manifiesta en los diferentes ritmos, procesos y formas mediante los cuales se puede operar una recuperación de la tasa de rentabilidad una vez iniciada la crisis.

La refutación que ha recibido la tesis Kondratiev en los últimos años debe por otra parte llevarnos a superar la idea de que lo que estamos viviendo es una "transición a..." algo distinto, esto es, hacia un nuevo modo de acumulación que todavía está por llegar. Esta visión, que impera en buena parte de la izquierda, es profundamente engañosa. Obsérvese que el llamado "período fordista" en realidad sólo se habría afirmado en los primeros años de la década de los cincuenta; y, según los propios defensores de esta noción, habría entrado en crisis en la segunda mitad de los sesenta. De esta manera habríamos tenido un modo de acumulación sistemático que habría durado, a lo sumo, 15 años. A su vez las políticas reaganianas y thatcheristas, expresión de las estrategias de acumulación imperantes, llevan aplicándose unas dos décadas; de hecho, la llamada "tercera vía" representa una consolidación y afirmación de lo fundamental de las mismas. Sin embargo existe renuencia en la izquierda a considerar que estamos ante una nueva forma de acumulación que ha llegado para quedarse (en tanto la lucha de clases o una nueva crisis general del capitalismo no la ponga en entredicho). Esta renuencia obedece en buena medida a que el esquema Kondratiev induce a pensar

que seguimos en una fase B depresiva que debería dar salida a una fase A, distinta a lo que estamos viviendo.

Por las mismas razones que estamos exponiendo, no afirmamos que estemos en presencia de un nuevo ciclo “dorado” del sistema capitalista en lo que hace a la expansión de las fuerzas productivas y la mejora del nivel de vida de la población. Por el contrario, todo indica que se seguirá profundizando el desarrollo desigual del capitalismo a nivel mundial; que se acentúa la polarización social, así como la proletarianización. Que las leyes del capitalismo actúan de manera más pura, profundizándose la tendencia a la concentración y centralización de los capitales, la exacerbación de la competencia mundializada a través del cambio tecnológico, el desplazamiento de la mano de obra por la maquinaria, el aumento de la plusvalía absoluta (incremento de los ritmos de trabajo y de las jornadas laborales) y de la plusvalía relativa. Al mismo tiempo la acumulación se verá interrumpida violentamente y en forma periódica por recesiones y crisis, que se resolverán con nuevas desvalorizaciones de capitales y de la fuerza de trabajo, recreación de ejércitos de desocupados y destrucción de fuerzas productivas. Esta es la manera en que el capitalismo “limpiará” el camino para nuevos desarrollos, que se precipitarán en nuevas crisis.

El comprender esta dinámica será vital entonces para la adopción de estrategias y programas socialistas por parte de las fuerzas del trabajo. Única forma, por lo demás, de acabar definitivamente con esta dinámica infernal a que somete el capitalismo a los seres humanos.

Notas

¹ J. Altamira, 1998, “Aspectos de la actual crisis económica internacional”, *En defensa del marxismo*, N° 19.

² *El capitalismo tardío*, Era, México, 1979, p.306

³ E. Mandel, *Las ondas largas del desarrollo capitalista*, Madrid, Siglo XXI. Ver pp. 104 a 106.

⁴ Ernest Mandel, *Long Waves of Capitalist Development*, Verso, Londres y Nueva York, 1995, p. 137. La posibilidad de una salida suave habría estado condicionada a “la total integración de la ex URSS y la República Popular de China al mercado mundial capitalista”, lo que hubiera necesitado una “derrota mayor de la clase obrera” y una “no menos grave derrota de los movimientos de liberación del tercer mundo”, en ambos casos “al menos en los principales países” (p. 114)

⁵ Fred Moseley, “The Decline of the Rate of Profit” en *Capital & Class*, 1992, N° 48, p. 125.

⁶ Entre 1929 y 1933 en Estados Unidos el PNB cayó el 33%, la producción industrial lo hizo en un 53% y el número de desempleados pasó de 1,5 millones a 12,8 millones.

⁷ Esta última cifra ahora está sujeta a una revisión bajista; de todas maneras, el aumento de la productividad parece indudable

⁸ Los cálculos del FMI ponderan los productos brutos internos de los países medidos con base a la paridad del poder de compra, de manera que las cifras se ajustan según las diferencias en los niveles de precios entre los países. Este método nos parece más correcto que el utilizado por algunos bancos de inversión internacionales o consultoras, que utilizan ponderaciones basadas en los productos brutos internos medidos según los tipos de cambio existentes. Al ajustarse los cálculos según la paridad del poder de compra se tiene una idea más precisa de la evolución de las economías en términos reales.

⁹ Entre estos países debe incluirse a China, que desde 1980, aproximadamente, articula su desarrollo sobre bases crecientemente capitalistas. El sector privado (comprendido el controlado por el extranjero) fue el más dinámico en las últimas dos décadas, ya que habiendo partido de cero en 1978, representaba en 1990 el 38% de la capacidad industrial de China..

¹⁰ Citado por Arghiri Emmanuel en *La ganancia y las crisis*, México, Siglo XXI, 1978, p. 313.

¹¹ Tal vez el giro más emblemático, por lo que ha significado para la generación revolucionaria de los sesenta y setenta, sea el operado en Vietnam. En abril de 1975 los norteamericanos eran derrotados definitivamente en Hanoi. Ya a comienzos de 1976 el gobierno de la República Socialista de Vietnam anunciaba incentivos –incluyendo la propiedad extranjera al 100%– a los inversores en industrias exportadoras; poco después Vietnam entró en el FMI, el Banco Mundial y el Banco Asiático de Desarrollo, y estableció normas para inversiones extranjeras similares a las de Taiwán o Corea del Sur. Desde entonces profundizó la política de seducción del capital; las inversiones extranjeras llegaban a mediados de los noventa a 9.600 millones de dólares anuales. En julio del año pasado Hanoi firmó un acuerdo con Washington que otorga a los bancos, compañías de seguros y empresas de comercio minorista libertad para operar en Vietnam, y se compromete a dismantelar tarifas aduaneras para los bienes de Estados Unidos. Es significativo que la mayor empresa extranjera sea Nike, señalada en todo el mundo como epítome de altos niveles de explotación y bajos salarios. En Vietnam esta empresa emplea 43.000 trabajadores, con salarios mensuales de 50 dólares en promedio

¹² Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence*, en *New Left Review*, N° 229, 1998. El capítulo 4 se titula precisamente “The Long Downturn”.

¹³ F. Moseley se pregunta si el capitalismo americano ha entrado en una nueva era de prosperidad en “The United States Economy at the Turn of the Century: Entering a New Era of Prosperity?” en *Capital and Class* 1999, N° 67.

¹⁴ Para mencionar sólo las crisis de los años noventa, recordemos que a comienzos de la década se produjeron fuertes crisis bancarias en los países nórdicos y la crisis del sistema monetario europeo. En diciembre de 1994 estalló la crisis mexicana. En 1997 sobrevino la crisis de los países asiáticos; poco después la crisis rusa y brasileña, acompañadas de recesiones en varios países, entre ellos Argentina.

¹⁵ Un ejemplo notable de esta sobreproducción lo constituye la fibra óptica: a lo largo del último lustro las empresas instalaron redes por un valor de 90.000 millones de dólares, alrededor de 62 millones de kilómetros en cables de fibra óptica de los cuales, según estima Merrill Lynch, sólo el 2,6% está en uso.



Imperio: el nuevo lugar de nuestras conquistas

Reportaje a Toni Negri

“¿Cómo definir el Imperio? Es la forma política del mercado mundial, es decir, el conjunto de armas y medios de coerción que lo defienden, el de los instrumentos de regulación monetaria, financiera y comercial, en fin, en el seno de una sociedad mundial biopolítica, el conjunto de instrumentos de circulación, de comunicación y de lenguajes.”

Exilio, 1998.

Pareciera ser que Toni Negri está bien. Preparado para la conquista del mundo. En su último libro, *Imperio*, co-escrito con Michael Hardt (aparecerá en francés el próximo otoño), Negri extiende a escala mundial los conceptos que recorren sus trabajos previos. En *Imperio* de Toni Negri, hemos leído dos cosas. Por un lado, la aplicación a escala mundial de los mecanismos de poder hasta entonces analizados y experimentados localmente. Por el otro, la aplicación al poder mundial de los mecanismos previamente identificados en el campo del trabajo: en la misma forma en que el capitalismo dejó de ser, hacia finales de los años sesenta, fordista, el poder mundial ya no es más un asunto de soberanía, estatal y centralizada. Se trata ahora de un biopoder generalizado y difuso; un control más que una disciplina. Pero *Imperio* de Toni Negri es esencialmente la confirmación y el despliegue de una convic-

ción forjada en esta vertiente singular del marxismo que ve al capitalismo en retraso respecto del movimiento de las multitudes cuya fuga intenta frenar, cuyas movibilidades deshacer, cuyas invenciones capturar... en vano. Desde este ángulo, el imperio de Toni Negri no es tanto una fuerza implacable de dominación (Bourdieu) sino el nuevo lugar de nuestras conquistas.

Es precisamente por el hecho de generalizar una idea irresistible que este libro interpela la discusión. Es irresistible, en efecto, esta ontología de “la anterioridad de la clase obrera”: una hermosa manera de narrar todos los momentos en donde la lucha consiste en una afirmación alegre de sí, positiva –un impulso (este animal simpático). Pero también problemática cuando se extiende al mundo, o más exactamente cuando esa idea se extiende al mundo como una totalidad abstracta, integrando las prácticas bajo el riesgo de forzar su singularidad. Idea fuerte en pro-

grama pero silenciosa en táctica. Es en torno a estas resistencias respecto de la empresa de totalización que hemos querido interrogarlo.

El Contra-Imperio ataca (Toni Negri)

—*Imperio* es una obra de difícil clasificación: se entremezclan la voluntad de descripción de los procesos en curso en el mundo contemporáneo, la preocupación teórica (la explicitación de los presupuestos teóricos de esa descripción en conexión con sus obras anteriores), y, finalmente, el deseo de responder a toda una serie de discursos de diferentes procedencias (el discurso mediático sobre la mundialización, el discurso de izquierdas sobre el complejo neoliberal, etc.). Todo ello destaca a nuestro entender dos series de preguntas. ¿Cuál es el lugar que otorga Ud. a este trabajo respecto de su trayectoria intelectual y militante? Por ejemplo, y tal vez utilizando categorías previas que Ud. refutaría, ¿se trata de filosofía, de ciencias, de ideología (o de contra-ideología)? ¿Qué efectos espera Ud. de su publicación? Más exactamente, como se inscribe a su entender este tipo de práctica teórica en el espacio imperial, o respecto de los enfrentamientos entre el imperio y la multitud? En realidad se trata de una doble cuestión: ella concierne simultáneamente las restricciones que la actual situación

coloca sobre la posibilidad misma de un trabajo teórico y, recíprocamente, cuál es la eficacia de ese trabajo para las luchas de la multitud. En resumen: ¿cuál es el discurso adecuado para el imperio y como afecta el mismo los mecanismos del imperio?

—En varios de mis escritos se encuentran ya cosas análogas. He intentado construir a partir de las luchas y de las cuestiones que ellas levantan, una historia de los dispositivos intelectuales de las diferentes clases sociales. En mis libros sobre la historia de la filosofía, por ejemplo, se encuentra la tesis según la cual hay en efecto una alternativa interna a la filosofía de la modernidad. Por un lado, la línea que va de Hobbes a Rousseau y Hegel; por el otro, la que va de Maquiavelo a Spinoza, a Marx. En *Imperio*, intentamos extender esta tesis a la postmodernidad. Y definiendo esa postura porque ella permite romper con la unidad de la historia del pensamiento y también porque deja aparecer la alternativa biopolítica en la lucha de clases.

El otro elemento que constituye mi discurso consiste en la tentativa de localizar los momentos de crisis en el desarrollo internacional del capital. Ello forma parte, en el sentido más pleno, de la experiencia marxista tal como la asumo. En todos mis escritos, incluyendo los de

los años setenta, prevalecen estas fuertes periodizaciones en el desarrollo de la lucha de clases. Creo que es un punto de vista que remite a lo que ha sido el desarrollo de nuestro marxismo, el mío y el de todos los camaradas que han trabajado en el operarismo.

Si se tienen en cuenta estas dos tendencias, la que busca ubicar las tomas de conciencia que sean alternativas en el curso del desarrollo, y la que está caracterizada por esta fuerte periodización, marcada por los cambios en los modos de producción y en la organización del trabajo, tenemos entonces los dos elementos que constituirían la contribución inicial para este libro. Creo que en el fondo de lo que se trata desde hace mucho tiempo es entender la modificación del ciclo del capital.

Trabajando entonces en este libro, hemos puesto en discusión a un mismo tiempo esta tradición que es la mía y aquello a lo cual Michael ponía especial atención, es decir, a la identificación de ciertas transformaciones antropológicas, a las características de los nuevos movimientos, etc. Si tornamos la mirada hacia aquello que hemos escrito en *Futur Antérieur* constatamos muchas cosas que se reencuentran, se reentienden y se recomponen en *Imperio*. Y es tal vez cierto que se trata de una obra de vulgarización. Está escrita en un estilo que se pro-

pone alcanzar al mayor número posible de lectores, por lo cual simplifica obviamente toda una serie de pasajes. Pero también se trata de una obra que busca colocarse de entrada en el nivel de una síntesis. Para quien ha vivido los últimos cincuenta años como yo los he vivido, ha habido un momento en que la tarea fue la de redefinir todo completamente. Decir "vivimos en el imperio" significa que todos los paradigmas sobre los cuales hemos construido, sobre los que el movimiento obrero ha construido sus dinámicas, sus posibilidades de ruptura, o sólo aún simplemente sus reformas, los tejidos y las dimensiones sobre los que se fueron construyendo las formas de organización, etc., todo ello ha cambiado. Todo ello terminó. Para mí existe una profunda consonancia entre la dimensión del imperio y la de las multitudes. Decir multitudes es interpelar una suerte de amontonamientos generales, una posibilidad de ruptura en el ser social; y decir imperio implica decir que las formas políticas se colocan en esta escala. Es inútil continuar declamando que existe una globalización de la economía; lo que hay que comenzar a decir es cuáles son las formas de organización políticas y jurídicas, en fin, cuáles son las formas de desarrollo que el capital, de manera conciente, impone a esta nueva realidad. Y, por otra parte, cuáles

son, desde esta perspectiva, las formas que asume lo que podríamos denominar el deseo de liberación. El verdadero problema es decir: estamos aquí –la multitud.

Cuando se habla de la multitud del imperio, ello equivale a decir que todas las formas de organización que tuvo hasta entonces la multitud se tornan caducas. El hecho de hablar de la multitud, por otra parte, no es una novedad. Hobbes hablaba de ella en la misma forma en que lo hacemos nosotros, con la excepción de que Hobbes, al igual que Rousseau, estaba convencido de que la multitud se resumía a un cuerpo y que a partir de entonces era posible interpretarla a través del estudio del cuerpo: el cuerpo de la soberanía; y, *mutatis mutandis*, reconvirtiendo lo que es necesario revertir, tenemos a la multitud como pueblo, o como clase, como anti-Estado, como partido. He aquí un conjunto de enormes variaciones, pero se trata no obstante del mismo razonamiento, que corresponde a la capacidad de hacer de la multitud un cuerpo. Actualmente, esta posibilidad ya no existe, ya no se puede ni siquiera pensarla en la escala del imperio. La cuestión se torna entonces: ¿cómo pensar la multitud a la escala del imperio?. En otros términos, y lo digo de una manera completamente idiota, ¿cuál es hoy el trascendental de la multitud al nivel del imperio?. Se

trata de algo que no conseguíamos hacer hasta ahora; de allí entonces la importancia de desarrollar este discurso, de conducirlo hasta un nivel de síntesis –una síntesis fundante de este momento particular. Es sobre la base de esta síntesis que deben entonces reabrirse todos los discursos.

En el libro hay varios momentos. El primero es la crítica de las viejas formas de soberanía así como de las viejas síntesis: el Estado-Nación, el partido.... El segundo momento, por su parte, define el nuevo tejido de desarrollo, la relación control/desarrollo, es decir, el tejido sociopolítico. Este me parece un pasaje teórico importante, aún si teníamos ya a nuestra disposición toda una serie de elementos dispersos... pero creo que debíamos comenzar a obligarnos a armar todas estas piezas en un conjunto, a organizarlas. Y luego, hay una última parte que es una tentativa de reabrir el discurso sobre esta base.

¿Para qué sirve esta empresa teórica, de síntesis, respecto de las luchas?. Ante todo sirve para no hacerse más ilusiones sobre la posibilidad de que existan atajos para reunirse con fines prácticos. Sirve entonces para no concebir ya más la idea de que puedan utilizarse las instituciones existentes y, simultáneamente, sirve para redefinir la crítica de las instituciones. Ya que dentro de la dimensión imperial, el fun-

damento mismo de las instituciones democráticas se torna completamente caduco. Y ya no únicamente por razones de traición, sino simplemente desde un punto de vista estructural. El comando capitalista se ha actualmente consolidado en un pasaje que va desde arriba hacia abajo y que no acepta ya, salvo que sea en términos mistificadores, el pasaje inverso. Estas son cosas que en el fondo no conocíamos, y ello debido a que hay que colocarse delante de la máquina imperial para estar en condiciones de reconocer, y eventualmente, recuperar para fines tácticos ciertas transformaciones.

El segundo elemento central reside en la capacidad de reconocer cuáles son las nuevas instituciones del imperio. Se trata de ello y de no caer más en las grandes mistificaciones que ya no existen, tales como el Estado-Nación o el partido dentro de un contexto nacional. Hay que comenzar a decir, por ejemplo, lo que son las ONGs como función de despliegue de la capacidad imperial y hay que mirar desde una perspectiva jurídica cómo funcionan. Hay que observar cómo funcionan los grandes organismos mundiales, y no porque sean “malos”, sino porque es precisamente a través de ellos que se instituye la voluntad capitalista global, y no simplemente “la voluntad americana contra el resto del mundo”.

Se trata de un cambio de paradigma fundamental. Sucedió algo de una enormidad tal que debemos cambiar nuestra forma de mirar el mundo y en consecuencia de aceptar esta realidad. En realidad, es como si estuviéramos viviendo la caída del Imperio Romano –ya no recuerdo la fecha exacta, 300, 400 y algo, ello no dice igualmente nada, el Imperio romano ya había concluido mucho antes, y otra historia ya había comenzado. Las formas, los modos de vida y, sobre todo, los modos de liberación, habían ya cambiado.

No habría imperio si no hubieran existido estos movimientos de liberación que hemos con frecuencia descrito. De hecho, el libro se funda sobre una afirmación paradójica: la construcción del imperio capitalista es una victoria del proletariado. Las bases nacionales, fordistas, welfaristas han sido derrotadas y de alguna manera destruidas en el desarrollo mismo del movimiento de la clase obrera. Como siempre sucede cuando se trata de un desarrollo materialista, los sujetos están implicados hasta su propia destrucción. El movimiento comunista es un movimiento que destruye sistemática y continuamente a los sujetos, o que los transporta más allá de las figuras y de las relaciones –y, consecuentemente, de las categorías conceptuales por las que eran previamente definidos. Creo que el

sentido de este movimiento, de esta modificación de los sujetos, está contenido en el libro. Pero sobre este punto existe aún mucho trabajo por delante y creo que Michael estaría de acuerdo con esta afirmación. Una vez establecido este terreno, nuestro problema será el de escribir un segundo volumen que retome el discurso sobre las multitudes.

La dimensión sobre la que se establece el movimiento de las multitudes debe ser localizada de manera global en el momento mismo en que todas las grillas de lectura y todas las técnicas defensivas que teníamos se han vuelto inoperantes. Las teorías de los ciclos, tanto las de los ciclos económicos como las de los ciclos de las luchas, todas las grandes llaves de intelección que nos permitían leer el desarrollo histórico, aún la convicción de que a los movimientos en las luchas les correspondían aproximadamente momentos de crisis capitalista y el hecho de que en esos mismos momentos era posible promover, imponer al más alto nivel una profundización de la lucha de clases, todo ello ya no funciona. Actualmente estamos en presencia de ciclos ligados a un desarrollo financiero difícilmente controlable por el propio capitalismo. Resulta difícil hallar la correspondencia entre esta base financiera y una base ontológica precisa, así como una base histórica de-

terminada. Vivimos en una situación en la cual todos los momentos de ciclo deben ser recompuestos y reanalizados. En esta nueva fase del desarrollo de la investigación, por ejemplo, intentamos reunir un mínimo de historia y de documentación sobre el ciclo de luchas que ha seguido a la crisis asiática, desde Corea hasta Indonesia. Y ello porque creo firmemente que podemos aprender toda una serie de cosas a partir del hecho de examinar la manera en que se desarrolló el ciclo de luchas con posterioridad al fin del fordismo en esa región.

La otra cuestión sobre la cual habría que detenerse en detalle, es la de la intensificación de la transformación antropológica. En realidad sabemos actualmente muy pocas cosas acerca de lo que sido el devenir del hombre, del trabajador promedio, en el interior de estos procesos en los cuales predomina de ahora en más el trabajo inmaterial. Procesos en los cuales los intercambios entre las personas, los modos de vida, los modos de producción, son completamente transformados hasta coincidir frecuentemente entre ellos. La transformación del trabajo implica necesariamente la transformación de estos fundamentos antropológicos. Nuestra preocupación, a parte de la identificación de los grandes ciclos de lucha, debe ser entonces la de analizar los discursos de los estudiosos del trabajo, los de

las feministas y de toda una serie de movimientos para llegar a una nueva base de necesidades. Lo que resulta paradójico es que tal vez el día en que habremos definido esta nueva base de necesidades no será evidente que ella se dirija contra el imperio. Ellas serán contra el capitalismo, pero serán sobre todo la definición de un nuevo afuera. Para decirlo rápidamente, este libro es una tentativa de demostración de que el capital ha ganado una batalla en la cual, con su victoria, ha impuesto toda una serie de cuestiones que habían sido levantadas por la clase trabajadora. La clase trabajadora ha terminado su misión histórica, pero queda un sujeto fuerte que es el trabajo viviente como tal. Este sujeto debe encontrar un afuera, es decir que el trabajo debe alejarse del capital. La fase en la cual el capital ha de hecho configurado a la clase obrera a su imagen y semejanza, construyéndola en su propio interior y soportándola al mismo tiempo que la constituía, esta fase que podríamos llamar dialéctica se ha completado.

He ahí otro elemento paradójico: la reversión de la tesis acerca del fin de la historia. Aparece claramente que “esa” historia ha finalizado. La historia que puede nacer a partir de allí, de hecho la historia que nació, ya que nuestra periodización remonta aproximadamente al sesenta y ocho, y la que nacerá, todo ello remite a cuestiones por afuera del

desarrollo capitalista. ¿De qué manera?. ¿Bajo qué modalidades?. Sólo la práctica puede responder a estas preguntas... Esas prácticas ya existen, en cierta forma las hemos descrito; no obstante me parecería excesivo decir que hasta ahora ellas representan algo que se da a la escala de la posibilidad de una revolución mundial.

Sin duda la caída del muro de Berlín –entendida como fuga de trabajo desde los países del Este–, así como las iniciativas locales, las luchas como es el caso de Chiapas, la rebeldía del trabajo intelectual, ese sesenta y ocho chino que ha sido Tiananmen, el invierno del noventa y cinco en París.... todos estos son hechos extremadamente importantes, son prácticas que hay que estimular y sostener; todos ellos conforman polos que pueden ya comenzar a constituir elementos de construcción. Sin embargo, nadie podría pensar que todo ello pueda por sí sólo modificar el conjunto de relaciones capitalistas de comando, de control y de producción.

Nosotros hemos querido hacer una primer cartografía de la situación posterior al cambio de paradigma. También echar luz sobre el hecho que en esta situación no hubo solamente una derrota de la clase trabajadora, sino también a otro nivel, un trampolín, una posibilidad de avanzar. Señalamos asimismo que se debe estar sumamente aten-

tos porque el orden capitalista se ha establecido y que en consecuencia no hay dentro de él, en su interior, ninguna posibilidad de moverse; pero también destacamos, por otra parte, que dentro de ese interior, allí es donde estamos. Se trata entonces de inventar un afuera. Y la invención de ese afuera pasa inevitablemente por la capacidad de organizar grandes movimientos, movimientos de reapropiación general de los medios de producción, de reapropiación social del salario, de movilidad absoluta y universal de la fuerza de trabajo. Pero decir lo que esos movimientos hacen y harán es por de pronto absolutamente imposible. Aún cuando nos gustaría mucho poder hacerlo.

—Hay algo que resulta sorprendente en *Imperio*: la preocupación de articular unos con otros diversos conceptos y análisis que, por un lado, ya han enriquecido la reflexión de los grupos militantes (los que poseen ya en consecuencia cierta eficacia política) y, por el otro, esos dispositivos provienen de autores que reivindican el carácter disperso, fragmentario, no totalizable de sus trabajos (Deleuze, Foucault, etc.). Se encuentra entonces, en la forma de este libro, algo parecido al deseo de producir una suma, o una historia universal (algo en suma que, y dicho sin ironía, hace pensar en los grandes textos del siglo XIX). ¿En qué

medida este tipo de totalización resulta adecuado respecto de los mecanismos que intentan describir?

En la misma línea, ¿cuál resulta ser para Uds. el beneficio político de esta empresa totalizadora? Nos hacemos estas preguntas porque nos parece que numerosas luchas recientes han funcionado, por el contrario, según un movimiento de des-totalización: cuestionando la idea de que un problema específico remite a las grandes lógicas mundiales, sobre las que los individuos no tendrían ninguna impronta y decantando al mismo tiempo la especificidad de una determinada práctica institucional.

Respecto de estas luchas, ¿el rol de la teoría sería tal vez el de inscribir su accionar en un plano de conjunto, el que a su vez definiría su pertinencia y sus relaciones, en la forma de una arquitectónica? ¿Todo ello no remite a reconstituir en consecuencia la figura del intelectual?

—Pertenece un poco a nuestra tradición el escaparnos de la teoría. En mi caso, soy también un filósofo universitario y escribo libros precisos sobre ciertos temas. Pero en mis escritos políticos, busco fundamentalmente escaparme de la teoría.

Por otra parte, no sé si debe haber necesariamente dos niveles distintos. Por ejemplo, si estoy paseando, puedo de pronto detenerme y mirar hacia atrás, mirar la totalidad

del camino que he recorrido. Pero debo también pensar los próximos pasos uno a uno, sobre todo si estoy haciendo algo difícil. En todo caso, si existen dos niveles diferentes, ello se da respecto de la evaluación: una evaluación de lo que se ha obtenido, y otra específica concerniente a lo que queda por hacer. Dentro del marco de la retórica literaria y filosófica contemporánea se dice que la capacidad de desarrollar una aprehensión de la totalidad en la forma en que ella ha sido definida por la modernidad está concluida. Yo no creo que ello sea así. Yo creo que el deseo de la totalidad es parte del pensamiento y la acción humanos. Creo que esta teoría del fin de la totalidad puede ser sumamente útil cuando se trata de destruir una realidad preexistente que se ha vuelto una prisión; pero creo también que puede ser extremadamente peligrosa cuando se trata de construir algo nuevo.

Cierto es que lo que hay de nuevo se construye a partir de experiencias determinadas, en torno a polaridades por veces extremadamente restringidas y a partir de las cuales el discurso se expande, se despliega, porque todo lo que se hace necesita esta singularidad. Creo, no obstante, que debemos interrogarnos acerca de las capacidades de estas singularidades para abrirse a relaciones que, por supuesto, no persiguen una totalidad en la cual se encerra-

rían –nosotros no estamos en la búsqueda del paraíso o del infierno– sino que expresan un deseo de modificación del conjunto, de cambiar todo.

Pienso que la función de la teoría deviene continuamente menos relevante porque la gente puede reapropiársela cada vez más. Por ejemplo, el hecho de que el trabajo se torne cada vez más inmaterial significa fundamentalmente que el trabajo, pero también el conjunto de condiciones de reproducción, se torna cada vez más intelectual. Lo que rescato como importante, es la existencia de dispositivos específicos que nos permiten comprender lo que está por delante nuestro, y ello dentro de una ambigüedad positiva y creativa, simultáneamente respecto de lo singular y de lo universal, de lo concreto y de lo intelectual. Lo destacable entonces es que estos dispositivos, al mismo tiempo que enfatizan la realidad concreta, la singularidad, se abren a un diseño más general. Pero ese diseño no está jamás preconstituido, no es nunca pre-normativo; evidentemente hay que estar atento porque luego sí puede tener esos atributos. Es evidente que no podemos hacer una teoría de la acción humana, de la acción en general, en términos absolutos; habría que definir la problemática de la acción en términos que no sean ni dialécticos, ni funcionales, ni caóticos. Puede dar-

se por ejemplo que haya momentos de existencia caótica –esta vieja cuestión filosófica retomada por Félix Guattari o Gilles Deleuze– en donde las fases de esta experiencia caótica hayan sido particularmente importantes en el sentido de su eficacia para comprender el sentido de una crisis y para abrir el camino a una experiencia por venir. Sin embargo, la función de la teoría no puede ser la de una mediación en el sentido tradicional del término. Debemos efectivamente mostrarla desde el interior de un proceso que la supere. La multitud no puede devenir cuerpo, o espíritu, es decir no puede resistir una unificación a través de un poder que la trascienda. Por otra parte, hay que dejar de decir que la multitud es una red, porque todo ha sido siempre una red y entonces ello no cambia nada. El problema radica entonces entre lo uno y lo múltiple, y ese problema debe ser colocado en actos. Con ello quiero decir que la única manera de abordar el problema respecto del nivel actual de las luchas y el de la composición social del proletariado consiste en no poner la carreta delante de los bueyes, en no asimilar la multiplicidad a formas de unidad, ni la multitud en el seno del concepto abstracto de unidad, sino más bien el problema consiste en investigar (y si ello es posible encontrar) en el interior de la multitud, las formas concretas de acción.

¿Cuáles son entonces el rol y la función de la teoría? Yo creo que sólo pueden ser expuestos en términos teóricos, o sea aquellos de definición de un dispositivo singular y común. Pero una vez dicho esto, no hemos dicho casi nada. Porque inmediatamente las preguntas permanecen: ¿qué significan, por ejemplo, en vistas a la movilidad, los “documentos” como instrumentos o mediación de esta movilidad?.

–El hilo conductor del libro es un análisis de lo que se denomina actualmente como “mundialización” y que Uds. describen como una reacción capitalista al deseo de des-territorialización de la multitud. Del mismo modo en que lo escribía recientemente Yann Moulier-Boutang en un artículo a propósito del proceso a Bové en Millau: “la mundialización liberal es una respuesta capitalista a un movimiento de liberación que la precedió”. O como lo escribe Ud. mismo, “The Multitude called Empire into being”; o aún más “The formation of Empire is a response to proletarian Internationalism”.

Los hombres hacen la historia, y en el comienzo está el deseo de la multitud (“Las luchas del proletariado constituyen –en el sentido ontológico del término– el motor del desarrollo capitalista”). Tiende Ud. a negar toda iniciativa o todo desarrollo autónomo al capitalis-

mo, ya sea negando su propia capacidad de invención o descartando la idea de toda regularidad cíclica en su desarrollo. ¿Este esquema operaísta que se encuentra en el corazón mismo del libro no se desgasta al ser aplicado y generalizado a la totalidad del mundo tal cual es?. ¿No se podría imaginar una teoría un poco más híbrida de la mundialización, en el sentido de que dejara lugar a una cierta positividad y capacidad de invención de los dispositivos de poder?.

—El modelo explicativo que Michael y yo hemos adoptado consiste en que las luchas obreras —y los movimientos proletarios en general— constituyen la llave del desarrollo. Es indiscutible que las formas capitalistas de gestión, de extracción del plus-valor, son efecto de los movimientos de lucha del proletariado. Esa es la tesis fundamental a partir de la cual desarrollamos nuestro discurso. En este sentido, no creo que sea posible sostener una tesis híbrida, en donde por un lado insistiríamos sobre el capital y por el otro sobre la clases trabajadora. Esta tesis fundamental está en la base misma de la lectura del marxismo que ha sido hecha por los camaradas italianos en los años cincuenta y sesenta. Este marxismo que se llama marxismo operaísta y que desde hace ya tiempo ha sido muy difundido internacionalmente. Y esta tesis es probablemente una de

las grandes afirmaciones del operaísmo: se trata a la vez de una afirmación historiográfica, de una afirmación ontológica —en el sentido en que el valor es reconocido allí donde existen las luchas— y también una afirmación ética y política. Para comprender algo de este tema, debemos comenzar por aceptar que el sujeto del que hablamos no es la clase obrera en el sentido estrecho en que podíamos definirla en el fordismo. Cuando hablamos del trabajo como productor del proceso histórico (y aún del proceso histórico capitalista), hablamos en términos de trabajo vivo, es decir, de una fuerza que no sólo es producción, sino también capacidad de intervenir en la reproducción, en la intelectualidad, en los afectos, etc. No existe en este punto ningún mecanicismo. Por el contrario: a partir del surgimiento tan salvaje del saber y de la acción, constato una formidable fuente de creatividad de la historia que puede en el límite ser acusada de un poco de idealismo pero en ningún caso de mecanicismo.

Las luchas obreras han creado una internacionalización real, sobre todo al nivel de la fuerza de trabajo. Esta internacionalización no es evidentemente aquella que habíamos deseado y que se encontraba en el fundamento mismo de la construcción del comunismo. Pero ella es no obstante un impresionante avance, en el sentido de que destruye todas

las categorías clásicas del pensamiento político socialista y comunista. Hoy nos encontramos en el imperio. ¿Qué quiere decir vivir en el imperio? Cuando se define la construcción del imperio llegado a su madurez, se ha terminado con el paradigma de la lucha de clases como lo habíamos definido antes, no sólo imaginado sino construido-vivido.

El capital tiene capacidad de reacción pero no de invención. Es por ello que insistimos en que la función capitalista se torna crecientemente parasitaria. Porque aún desde el estricto sentido de la simple reproducción de la vida, de la consistencia y de la experiencia de lo real, ya no nos aporta más nada.

La construcción del paradigma sólo es posible al final del ciclo y ello tiene consecuencias enormes, en el sentido de que implica el pasaje desde una lucha de resistencias a una lucha que construye. Hay que evitar en la medida de lo posible las luchas de resistencia. Hay que escapar, fugarse, trazar líneas de fuga al mismo tiempo que desarrollar la capacidad de inventar cosas positivas, que estén ya en el afuera. Esto recuerda La Ciudad de San Agustín. Hay que empezar a pensar esta nueva clase trabajadora como aquellos que ya comienzan a rechazar la representación, quienes eligen la expresión en contra de la representación, aquellos que rechazan todo tipo de comando directo sobre el tra-

bajo, los que se desplazan continuamente y que comienzan a construir tribus verdaderamente exteriores... y después veremos lo que acontece. Pero debemos comenzar a mostrar y a definir estos nuevos movimientos del proletariado. Se trata de nuevos movimientos que van en círculos, se desvían, salen, se desplazan de una manera completamente anormal; y esto concierne a un punto central, porque no teniendo ya ética el capital, ni tampoco teoría, será paulatinamente obligado a seguir estos movimientos.

Antes del final de este ciclo, había una dialéctica. Ahora debemos acusar recibo del fin de la dialéctica. Y el fin de la dialéctica equivale a concebir el imperio. Una parte importante del libro se dedica a mostrar cuáles son las condiciones de estructuración del imperio, y entonces cuál es la relación del imperio a la fuerza física, a la moneda; ¿qué significa hoy la moneda en el sentido imperial?. ¿Qué significa producir cultura, lengua o lenguajes?. Estas son cosas que me interesan, al igual que la capacidad de la Constitución americana para representar el esquema de una nueva forma de constitucionalidad o de juridización de los movimientos imperiales. Tenemos ejemplos de ello continuamente, como es el caso absurdamente espléndido de la condena de Microsoft. En el plano nacional, se acusa a Microsoft de que-

rer subordinar el poder nacional americano a la función imperial de la empresa en cuestión, o sea, de usurpar la función imperial a la Nación americana; en segundo término, se le reprocha el ser contradictoria con la aristocracia industrial sobre el plano mundial mediante el uso de prácticas monopolísticas; finalmente, se la acusa de inhibir a los usuarios la posibilidad de desarrollar diferencialmente los logiciels. Estos textos atacan en consecuencia a la monarquía, a la aristocracia y a la democracia del imperio; ellos reproducen así el esquema de tres niveles de poder que nosotros describimos en el libro. Y está escrito en la sentencia!.

—Ud. evoca el pasaje del “obrero-masa del modo de producción fordista al obrero-social” que sería la nueva figura subjetiva de la producción en nuestra era post-fordista. Pero, y para no salir de la cuestión de las denominaciones de la lucha de clases, existe en su libro como una suerte de hesitación para nombrar a esta fuerza positiva que se opone al imperio y hasta a veces se tiene la impresión que se refiere Ud. con mucha frecuencia al concepto spinozista de “multitud” para no tener que decir a menudo “proletariado”. ¿Ud. ve estos términos como sinónimos?. ¿Cuáles serían sus funciones teóricas respectivas?.

—En efecto, es una cuestión que

se plantea. Y ello debido a que existe una fricción y probablemente un comienzo de contradicción entre este movimiento de disolución interna del viejo concepto de clase trabajadora y la subsunción del trabajo industrial bajo el concepto, la categoría, en fin, la potencia de las multitudes productivas. Evidentemente, ello coloca el problema de decretar el fin de un término tan glorioso como el de “clase trabajadora” y, por otra parte, es un poco ridículo pensar la multitud como la “conclusión” de un proceso contradictorio de luchas, de revoluciones. En todo caso, me parece que desde un punto de vista analítico, se puede afirmar que existe una cierta continuidad del obrero-masa al obrero-social, es decir, hacia el actual obrero móvil, flexible, postmoderno; y esa continuidad está ligada a la producción de valor, algo que no aparece en el término multitud. Por otra parte el concepto de multitudes obliga a buscar más lejos sus orígenes, en la historia del pensamiento político y de la teoría política. En consecuencia, el abordaje de esta figura conclusiva no sólo del proceso de disolución sino del de transformación proletaria y su vínculo con el concepto de multitud necesita aún una definición. Y ello aún cuando sea hoy evidente, en esta última fase del proceso de evolución socio-económico y de la crítica de las categorías del capitalismo

y de la clase obrera, que asistimos a una singularización del trabajo, de la función del trabajo. Cuando se habla de obrero social, se está en realidad hablando de una singularidad, de una singularidad activa y desde este punto de vista pienso que la singularización de la fuerza de trabajo como trabajo vivo roza el límite del concepto de multitud, aún si éste no tiene la complejidad y la potencia del discurso sobre el proletariado.

En cuanto al concepto de multitud, se da una superposición incompleta, desfasada, entre un concepto jurídico-político y un concepto económico-político, aún a pesar de que la singularización del trabajo en el proceso de constitución del nuevo proletariado está sin duda alguna extremadamente avanzada.

Habrà que enriquecer el concepto de multitud con las características del proletariado, y en consecuencia, del trabajo vivo, de acuerdo con las formas en que el trabajo se nos presenta actualmente. Creo firmemente en la hibridación de conceptos diferentes, es la única manera en que podemos proceder. Toda la teoría jurídica se funda justamente en una tentativa de purificación de los conceptos; nosotros, en cambio, debemos ensuciarlos, hibridarlos, porque no hay otra cosa que hacer en esta fase de transformación. Y por otra parte creo que, a pesar de todo, es útil desde un punto de vista epis-

temológico asumir el concepto de multitud porque permite el despliegue de la universalidad del trabajo como función constituyente de lo social y de lo político, permitiéndonos así avanzar en el discurso. En cuanto al hecho de que ello oblitere o bloquee la fina distinción del carácter específicamente precario o inmaterial del trabajo, no creo que ése sea el caso: por el contrario, nos permite establecer un fundamento político común a estos discursos. Por ejemplo, utilizar el término de multitudes en las investigaciones gremiales, que es lo que estamos haciendo actualmente, es sumamente útil porque nos permite comprender inmediatamente que hablamos de formas diversas, que la clase ya no es algo que se repliega sobre sí mismo sino que se expande, que explota, que se torna múltiple a lo largo de las diferentes estratificaciones sociales.

—Ud. combate enfáticamente cierta nostalgia de izquierdas que se opone a la “mundialización” liberal. El discurso sobre las bondades del Estado-Nación, ya sea que recaiga sobre la grandeza de la Nación o sobre la del Estado (la defensa del Estado como único garante posible del “servicio público a la francesa”), está particularmente difundido por estos lugares, desde Chevènement hasta las organizaciones trotskistas. Total que efectúa Ud. simultánea-

mente la crítica del “nacionalismo de izquierda”, así como de un culto, digamos neo-social-demócrata del Estado, particularmente muy de moda en la extrema izquierda francesa. Por otra parte, Ud. recuerda los trazos del Estado nacional como síntesis esencializante e identitaria, por un lado, y como aliado objetivo del “capitalista colectivo”, por el otro. Pareciera que lo que dice en el fondo es: nuestra mundialización contra la de ellos, construyamos un contra-imperio y recordemos que la única respuesta verdadera al Imperio romano fue la cristiandad, proyecto, si los hay, universalista y transnacional. En la misma línea, más vale la mundialización que el Estado-Nación, y en ese sentido Marx mismo prefería también el capitalismo al sistema feudal. En otros términos, no deja Ud. de insistir en el hecho de que sería un error sostener discursos vueltos hacia el pasado y hacia “los buenos viejos tiempos del Estado-Nación” y de enfatizar que urge situarse, al menos, en el mismo nivel de totalidad que el propio imperio. Dentro de todo este contexto, nos sorprende no encontrar en su libro reflexiones concernientes a los actuales debates sobre el proceso de integración europea, del de la moneda única, en fin, de la idea de una Europa federal o de la de una constitución europea. ¿Cuál es el rol para Europa en el imperio?. ¿O cuál es su

función en ese contra-imperio que desea Ud. tan vehementemente?.

—Dentro del contexto de la temática que hemos propuesto, cualquier función soberana como la Nación o aún la federación de Naciones estaría desde ahora en más completamente superada. Por supuesto que a esta afirmación puede oponérsele la clásica objeción leninista ligada de hecho a la historia del movimiento obrero y de sus organizaciones políticas, en el sentido de que es necesario un punto de apoyo sobre el cual hacer palanca. ¿Puede Europa ser eventualmente ese punto?. Dejo la cuestión completamente abierta. No obstante, no creo que, dado el estado actual de las cosas, todos aquellos que luchan por una expansión de la batalla política al nivel del imperio puedan encontrarse albergados por Europa. Como tampoco creo que ese pudiera ser el caso en Francia o en Alemania. Muy por el contrario, pienso que la dinámica de la constitución de la Unión Europea está íntimamente ligada a los intereses del centro imperial, a la absorción progresiva por parte de ese centro respecto de ciertas zonas ampliamente desarrolladas del planeta. Creo entonces que actualmente la función de Europa no está siendo para nada la de constituir un poder concentrado sobre sí mismo y, en consecuencia, capaz eventualmente

de desarrollar ciertas alternativas en relación al mecanismo imperial. Su función parece ser la de absorber a la Europa del Este, eventualmente a la propia Rusia, o también a ciertas regiones mediterráneas, para construir de esta manera una gran zona de modernización imperial. A este respecto creo que el mecanismo imperial sólo puede ser derrotado desde dentro. Desde dentro y yendo hacia un afuera. Es decir, rechazando sus leyes, sus razones, y, consecuentemente, encerrándolo. ¿Pero qué quiere decir encerrar una totalidad?

En el espacio de un año, he escrito dos artículos acerca de Europa. En el primero de ellos, me parecía que esta gran transformación que está ocurriendo en Europa, con cierto retraso respecto de los Estados Unidos, en fin, que este proceso de post-fordización produciría inevitablemente dos polos. Porque existe cierto tipo de trabajo inmaterial que Europa posee cuantiosamente y porque a partir de allí Europa podría estar interesada en construir un momento de ruptura en el interior del proyecto imperial. Para modificarlo desde una dimensión general, abriendo así un frente de batalla de transformación en el sentido comunista. En Europa podría haber fuerzas capaces para ello, entonces, ¿por qué no intentarlo?. Pero, he aquí que un año más tarde nos encontramos frente a la guerra en Yugoslavia.

Esta ha sido una verdaderamente clásica operación imperial para vaciar a ese eventual proyecto europeo de todo contenido. Todo aquello que podríamos haber esperado de una función europea de transformación ha desaparecido. Creo no obstante que el debate debe permanecer abierto, pero lo que debe estar claro es que no se trata de una alternativa entre Europa o los Estados Unidos, que no es en torno de la batalla entre el dólar y el euro que se encuentran los temas decisivos. La batalla de la que se trata interpela un nuevo modelo de desarrollo, pero también de democracia.

Tengo la impresión de estar en una situación de tipo maquiavélica, en el sentido estricto del término. Hacia comienzos del siglo XVI, Italia había dejado de representar un modelo. Por otra parte, el Estado Absolutista estaba en curso de afirmarse en Francia y en Inglaterra. Maquívelo se interroga entonces en torno a lo siguiente: ¿qué Príncipe puede afirmar la unidad de Italia –y ello ligado a la capacidad de producir el Renacimiento– y colocarse como una alternativa al Estado absolutista de la modernidad?. ¿Quién será el Príncipe contra el imperio?.

—Ud. parte de dos ideas heredadas: “la derrota de lo político” (que es, en su opinión, sólo la crisis de soberanía del Estado-nación pero no de la soberanía política como tal) y

del “imperialismo americano” (que justamente no es un imperialismo sino un elemento entre otros de un nuevo modo de soberanía política, la soberanía imperial). El concepto de “soberanía imperial” le permite señalar las diferencias entre la actual situación y la de los imperialismos del pasado. Y aún cuando los Estados Unidos juegan un rol decisivo en el actual orden mundial, no podría asignárseles el rol de “potencia imperialista”, en el sentido que este término se usó para Francia e Inglaterra en el siglo XIX. El imperio, entonces, ya no es el imperialismo, ya que no se constata una relación simple entre el centro y su periferia, entre una metrópolis y sus colonias. Pero si en la mundialización el centro está en todas partes y en ninguna, ¿por qué entonces haber elegido el término de imperio, que hace pensar tan directamente en el Imperio romano, para describir la mundialización?. ¿En qué sentido Roma sería todavía un paradigma operativo?.

—En efecto, el haber escogido el término imperio implica fuertes connotaciones, desde su acepción “romanista”. Pero puede decirse que, en general, toda la temática jurídica y política de occidente está caracterizada por esta tradición del Imperio romano. Creo entonces, desde la perspectiva de la continuidad de cierto régimen conceptual, que el término escogido es poco

escandaloso. Por otra parte, en la primera página del libro nos disculpamos por no haber tenido en cuenta en nuestro discurso, como características fundamentales, otras formas imperiales. Simplemente hemos tomado una tradición jurídica que posteriormente se mostró dominante durante la modernización. La otra cuestión que nos interesaba respecto del término imperio era la de retomar de manera central las temáticas postcoloniales. Porque esas temáticas serán luego centrales con el cambio de paradigma que sobrevino en torno al sesenta y ocho. Ello no quiere decir que existe un postcolonialismo que tendría las mismas características y la misma significación que el antiguo colonialismo. Hablar hoy de postcolonialismo es referirse a una situación que se ha transformado profundamente y en la cual una parte de los viejos países coloniales participan del imperio mientras que otros son excluidos de él o por lo menos juegan un rol en esta nueva división internacional del trabajo que incluye normalmente en el centro del imperio aún a las élites de los países más descentrados.

Se trata de retomar la tradición del pensamiento político occidental, de volver sobre los problemas tal como han sido expuestos por Gibbon, Montesquieu y todos aquellos que han escrito sobre la

crisis y la decadencia del Imperio romano, y ello porque se trataba de esquemas clásicos para tratar las formas de gobierno. Y lo que no deja de sonar extraño en este esquema es el hecho de que en toda la tradición de las Luces respecto del problema del Imperio romano, el cristianismo fue considerado como una fuerza negativa, destructora. Para nosotros, por el contrario, el problema que encaramos es el de una nueva religión, completamente atea y materialista: la religión de la Ciudad de los hombres en vez de la Ciudad de Dios. Y es en el horizonte de la potencia que debe dibujarse ese pasaje hacia el afuera. No sé con certeza cómo se hace eso. La teoría de la deconstrucción ha definido bastante bien este proceso en el cual se debe lograr ir siempre hacia el límite. Pero sucede que esa teoría, así como acontece con las posiciones de tipo Agamben que son si se quiere mucho más materialistas, todas ellas son posiciones que sólo llegan al margen para ser luego re-aspiradas hacia el interior. Nosotros, en cambio, quisiéramos saber si es posible ir hasta el margen para comenzar a circular en el afuera, a caminar por ese afuera. No sé hacia dónde nos dirigimos y no obstante, es cla-

ro que se trata de una concepción del margen que dice: desde ahora todo está dentro, ya no hay posibilidad alguna de innovación si no es rozando el margen, deconstruyendo hacia el margen. El problema consiste en lograr comprender que esta deconstrucción hacia el margen reduce paulatinamente el campo y la amplitud del poder. Un poder que se ha vuelto lenguaje, dominado por ese lenguaje, por la moneda, por los intercambios. Se trata de ver si es posible la creación de zonas libres, es decir, liberadas del lenguaje y de la fuerza. Crearlos por afuera y de ir restringiendo el campo del poder hasta que caiga. Debe existir la posibilidad de construir el afuera desde dentro y ello significa luchar, crear modos de vida diferentes, utilizando la biopolítica contra el biopoder. En ese preciso momento podemos apreciar cómo el término multitudes deviene útil, porque él toma a cargo las nuevas significaciones, otros nombres, nombres que han sido rechazados, dejados al costado por la tradición obrera, pero que ahora, poco a poco, pueden ser reconquistados para un nuevo proyecto.

Traducción: *Marcelo Matallanes*

Teoremas de la resistencia a los tiempos que corren*

Daniel Bensaïd

En el transcurso de la última década (desde la desintegración de la Unión Soviética y la unificación alemana), algo se terminó. Pero ¿qué? ¿El “siglo corto” del que hablan los historiadores, iniciado con la Primera Guerra Mundial y terminado con la caída del Muro de Berlín? ¿El corto período consecutivo a la Segunda Guerra Mundial, marcado por la bipolaridad de la Guerra Fría e ilustrado, en los centros imperialistas, por la acumulación y la regulación fordistas? ¿O también un gran ciclo dentro de la historia del capitalismo y del movimiento obrero, abierto con el desarrollo capitalista de los años 1880, la expansión colonial, y el surgimiento del movimiento obrero moderno simbolizado por la formación de la IIa Internacional?

Los grandes enunciados estratégicos de los que aún somos hacedores datan en gran parte de este período de formación, anterior a la Primera Guerra Mundial; se trata

del análisis del imperialismo (Hilferding, Bauer, Rosa Luxemburgo, Lenin, Parvus, Trotsky, Bujarin), de la cuestión nacional (Rosa Luxemburgo todavía, Lenin, Bauer, Ber Borokov, Pannekoek, Strasser), de las relaciones partidos-sindicatos y del parlamentarismo (Rosa Luxemburgo, Sorel, Jaurés, Nieuwenhuis, Lenin), de la estrategia y los caminos del poder (Bernstein, Kautsky, Rosa Luxemburgo, Lenin, Trotsky). Estas controversias son tan constitutivas de nuestra historia como las de la dinámica conflictiva entre revolución y contrarrevolución inaugurada por la Guerra Mundial y la Revolución Rusa.

Más allá de las diferencias de orientación y de las opciones a menudo intensas, el movimiento obrero de esta época presentaba una unidad relativa y compartía una cultura común. Se trata, hoy en día, de saber qué queda de esta herencia, sin dueños ni manual de uso. En un editorial muy poco claro de

la *New Left Review*, Perry Anderson estima que el mundo nunca desde la Reforma estuvo nunca tan desprovisto de alternativas de cara al orden dominante. Charles-André Urdy, con mayor precisión, constata que una de las características de la situación actual es la desaparición de un movimiento obrero internacional independiente. Estamos entonces en medio de una transición incierta, donde lo viejo agoniza sin ser abolido, y donde lo nuevo se esfuerza en surgir, atrapado entre un pasado no superado, por un lado, y por el otro, por la necesidad cada vez más acuciante de un programa de trabajo autónomo, que permita orientarse en el mundo que emerge frente a nuestros ojos. Por el debilitamiento de las tradiciones del antiguo movimiento obrero es, en efecto, grande el peligro de resignarnos ante la mediocridad de nuestros interlocutores y contentarnos con algunas conquistas de eficacia comprobadamente polémica. Por cierto, la teoría vive de los debates y confrontaciones: siempre somos tributarios de sus sostenedores y sus adversarios. Pero esta dependencia es relativa.

Es fácil constatar que las grandes fuerzas políticas de la izquierda plural –el Partido Socialista, el Partido Comunista, los Verdes–, son bastante poco estimulantes cuando se trata de abordar los problemas de fondo. Pero también hay que recor-

dar que a pesar de sus ingenuidades y a veces de sus excesos juveniles, los debates de la extrema izquierda de los años setenta eran mucho más enriquecedores.

Hemos iniciado entonces el peligroso tránsito de una época a la otra y nos encontramos en el medio del río, con el doble imperativo de no permitir la pérdida de la herencia y de estar dispuestos a recibir lo nuevo a inventar. Nos encontramos entonces comprometidos y con una doble responsabilidad: de transmisión de una tradición amenazada por el conformismo, y de exploración de los contornos inciertos del futuro. A riesgo de parecer chocante, me gustaría encarar esta terrible prueba con un espíritu que calificaría como de “dogmatismo abierto”. “Dogmatismo”, porque, aun si esa palabra tiene mala prensa (según el sentido común mediático, siempre vales más ser abierto que cerrado, *light* que pesado, flexible que rígido), en toda teoría, la resistencia a las ideas en boga tiene sus virtudes: el desafío a las impresiones versátiles y los efectos de modas exige plantar serias refutaciones antes de cambiar de paradigma. “Abierto”, porque no se trata de conservar religiosamente un discurso doctrinario, sino de enriquecer y de transformar una visión del mundo ensayando prácticas necesariamente renovadas.

Propondría entonces, a modo de ejercicio, cinco teoremas de la resis-

tencia a las ideas en boga cuya forma subraya deliberadamente el necesario trabajo por la negativa.

1. El imperialismo no se disuelve en la mundialización mercadista.
2. El comunismo no se disuelve en la caída del stalinismo.
3. La lucha de clases no se disuelve en a las identidades comunitarias.
4. La diferencia conflictiva no se disuelve en la diversidad ambivalente.
5. La política no se disuelve en la ética ni en la estética.

Frente a postulados indemostrables que requieren la aprobación del interlocutor, o de axiomas que apelan a la fuerza de la evidencia, los teoremas son proposiciones demostrables. Los escolios subrayan ciertas consecuencias de las mismas.

TEOREMA 1: El imperialismo no se disuelve en la mundialización mercadista. El imperialismo es la forma política de la dominación que corresponde al desarrollo desigual y combinado de la acumulación capitalista. Este capitalismo moderno cambia de apariencia. No desaparece. Pasó, en el transcurso de los siglos pasados, por tres grandes etapas: la de las conquistas coloniales y de las ocupaciones territoriales (imperios coloniales franceses y británicos); la de la domina-

ción del capital financiero o “estadio supremo del capitalismo” analizado por Hilferding y Lenin (fusión del capital industrial y bancario, exportación de capitales, importación de materias primas); después de la Segunda Guerra Mundial, la de la dominación compartida del mundo, de las independencias formales y del desarrollo dominado.¹

La secuencia abierta por la Revolución Rusa finalizó. Una nueva fase de la mundialización imperial, que se reenlaza con las lógicas de la dominación financiera aparecidas antes de 1914, está a la orden del día. La hegemonía imperial se ejerce de ahora en más de múltiples maneras: por la dominación financiera y monetaria (que permite controlar los mecanismos del crédito), por la dominación científica y técnica (casi-monopolio sobre las patentes), por el control de los recursos naturales (aprovisionamiento energético, control de las vías comerciales, patentamiento de los organismos vivos), por el ejercicio de una hegemonía cultural (reforzada por el desarrollo mediático desigual) y, en última instancia, por el ejercicio de la supremacía militar (ostensiblemente puesta en escena en las guerras del Golfo o de los Balcanes).²

Dentro de esta nueva configuración del imperialismo mundializado, la subordinación directa de los territorios se muestra secundaria

con respecto al control de los mercados. De eso resulta un desarrollo muy desigual y muy mal combinado, nuevas relaciones de soberanía (mecanismo disciplinario de la deuda, dependencia energética, alimentaria, sanitaria, pactos militares), y una nueva división internacional del trabajo. Países que podían parecer, hacía veinte o treinta años, los menos mal iniciados en el camino del desarrollo anunciado, se encuentran de vuelta atrapados por la espiral del subdesarrollo. La Argentina volvió a ser un país principalmente exportador de materias primas (la soja se convirtió en su primer producto de exportación). Egipto, que se gloriaba en la época de Nasser de su soberanía recuperada (simbolizada por el canal de Suez), de sus éxitos en la alfabetización (proveyendo ingenieros y médicos para los países del Medio Oriente) y de comienzos de una industrialización industrializante (como Argelia bajo Boumedienne), se está convirtiendo en un paraíso para los operadores turísticos. De Argelia mejor ni hablar... Después de las dos crisis de la deuda (1982 y 1994) y la integración al NAFTA, México aparece, más que nunca, como el patio trasero del "coloso del Norte".

La metamorfosis de las relaciones de dominación y de dependencia se traduce especialmente a través de la transformación geoestratégica

y tecnológica de las guerras. En la época de la Segunda Guerra Mundial, ya no era más posible hablar de guerra en singular y de una sola línea de frentes, sino de varias guerras imbricadas unas con otras.³ Con mayor razón, desde el fin de la Guerra Fría, las apuestas mezcladas de los conflictos impiden cualquier aproximación maniquea en términos de buenos y de malos. El "bibloquismo" implicaba una nefasta sumatoria simplificadora para delimitar el propio dominio, siguiendo una pobre lógica binaria de la guerra. Todos los conflictos recientes, abordados dentro de la combinación singular de sus apuestas y de sus contradicciones múltiples, ilustran acerca de la imposibilidad de ir más allá de una respuesta única que expresaría el punto de vista de un dios que todo lo ve (o de una Internacional como concebida como su encarnación laicizada). Si la lógica de guerra depende de una comprensión común, de uno y otro lado de las líneas de fuego, esta comprensión cae a causa de orientaciones prácticas diferenciadas, según la situación concreta de cada protagonista.

En el momento de la Guerra de las Malvinas, la oposición a la expedición imperial de la Inglaterra de Thatcher no obligaba de ninguna manera a los revolucionarios argentinos a apoyar la fuga hacia delante de sus dictadores militares. En el

conflicto entre Irán e Irak, el derrocamiento revolucionario se imponía frente a esas dos formas de despotismo. En la Guerra del Golfo, la oposición internacional a la operación "Tormenta del Desierto" no implicaba sostén alguno al régimen despótico de Saddam Hussein. Mucho más claro todavía, frente a la intervención de la OTAN en los Balcanes, una comprensión común de la situación debía conducir a la vez a París, Londres, Nueva York o Roma a oponerse a los bombardeos, a apoyar a los jóvenes desertores serbios y a la resistencia armada de los kosovares en su derecho a la autodeterminación.

La mundialización provoca también consecuencias en la estructura de los conflictos. No estamos más en la era de las guerras de liberación y de oposiciones relativamente simples entre dominadores y dominados. De ello resulta un entrecruzamiento de los intereses y una rápida reversibilidad de las posiciones. Es una razón evidente para hacer un balance pormenorizado y extraer algunas lecciones de las dudas, de los errores (a veces), y de las dificultades que pudimos encontrar para situarnos dentro de los conflictos de los últimos años.

Tanto más puesto que el nuevo discurso de la guerra imperial tiende a reemplazar la retórica de la "guerra justa" por el imperativo categórico de una guerra santa, donde

el veredicto del Juicio final sería sustituido por el de una Humanidad con mayúscula ventrílocua. Es la lógica misma de la cruzada "ética" predicada por Tony Blair, Bernard Henri-Lévy, o Daniel Cohn-Bendit: la confusión de la moral con el derecho, como la desaparición de la política entre las fatalidades de un mercado autómatas y las "obligaciones ilimitadas" de una ética de la dominación imperial. Si es cierto que "el arma es la esencia de los combatientes", esta guerra nueva, donde el riesgo de morir no es recíproco, tan abrumadora es la supremacía de la tecnología, donde la diferencia entre combatientes y civiles se borra bajo los rayos del castigo aéreo, anuncia barbaridades inéditas. Todavía no poseemos las claves de la morfogénesis del universo político-estratégico que comenzó.

COROLARIO 1.1: LA SOBERANÍA DEMOCRÁTICA NO SE DISUELVE EN LA HUMANIDAD CON MAYÚSCULA. Hubo un tiempo cuando algunos pretendían administrar la Justicia en nombre de la Historia con mayúscula. Otros (a veces los mismos) pretenden hoy administrarla en nombre de la Humanidad con mayúscula. ¿De dónde se arrogan el derecho de hablar y de juzgar en su nombre? La humanidad no es una sustancia de la que podamos apropiarnos, si-

no un devenir, una construcción, un proceso de humanización que se desarrolla a través del derecho, las costumbres, las instituciones, en una larga tarea de unificación de las multiplicidades humanas. Entre tanto, invocar una legitimidad humanitaria sirve a veces de máscara a los intereses del poderío imperial. En ese sentido, Alain Madelin pudo proclamar con franqueza que la operación Fuerza Aliada *“marca el ocaso de una concepción determinada de la política, del Estado y del Derecho”*: *“A partir de ahora, el único soberano absoluto, es el hombre.”*

Pero, ¿de qué hombre se trata? ¿De un hombre abstracto, sin atributos, sin historia, sin pertenencias sociales? El derecho del más débil así reivindicado aparece extremadamente idéntico a la moral del más fuerte. Dentro del proceso de mundialización desigual, justifica la ingerencia del fuerte en el débil, y la negación unilateral de las soberanías democráticas.

COROLARIO 1.2: EL DERECHO INTERNACIONAL NO SE DISUELVE EN LA ÉTICA HUMANITARIA. Aún cuando la función de los Estados-Nación tal como se constituyó en el siglo XIX está sin lugar a dudas transformada y debilitada, la era del derecho internacional interestatal no está sin embargo perimida. Paradójicamente, Europa ha visto, en estos diez últi-

mos años, surgir más de diez nuevos estados formalmente soberanos y trazarse más de quince mil kilómetros de fronteras nuevas. La reivindicación del derecho a la autodeterminación para los bosnios, los kosovares o los chechenios, queda a todas luces, como una reivindicación de soberanía. Es esta contradicción la que tiende a hacer olvidar la noción peyorativa de “soberanismo” bajo la cual se confunden nacionalismos y chauvinismos nauseabundos con la aspiración democrática legítima a tener una soberanía política que ofrezca resistencia a la pura competencia de todos contra todos.

El derecho internacional todavía está llamado a encaminarse en forma duradera sobre sus dos pilares o a conjugar dos legitimidades: aquella, emergente, de los derechos universales del hombre y ciudadano (de los cuales, ciertas instituciones como la Corte Penal Internacional constituyen cristalizaciones parciales); y la de las relaciones interestatales (cuyo principio se remonta al discurso kantiano acerca de la “paz perpetua”), sobre los cuales reposan instituciones tales como la Organización de las Naciones Unidas. Sin atribuir a la ONU virtudes que no tiene (y sin olvidar el balance desastroso de su actuación en Bosnia, Somalia o Ruanda), hay que constatar que uno de los fines perseguidos por las potencias comprometidas en

la operación Fuerza Aliada era modificar la arquitectura del nuevo orden imperial en beneficio de nuevos pilares que son la OTAN (cuya misión ha sido redefinida y ampliada durante la cumbre por su cincuentenario en Washington) y la Organización Mundial del Comercio.

Heredera de las relaciones de fuerzas surgidas de la Segunda Guerra Mundial, sin ninguna duda, la ONU debe ser reformada y democratizada (el antiparlamentarismo no impide proponer a escala nacional reformas democráticas del modo de escrutinio como la proporcionalidad y la feminización), en beneficio de la Asamblea General y contra el club cerrado del Consejo Permanente de Seguridad. No para pretender conferirle una legitimidad legislativa internacional, sino para actuar de manera que una representación por cierto imperfecta de la "comunidad internacional" refleje la diversidad de los intereses y de los puntos de vista (como lo ilustró, en abril, la toma de posición de los 77 contra el uso unilateral del "derecho de ingerencia"). De la misma manera, es urgente desarrollar una reflexión acerca de las instituciones políticas europeas y acerca de las instituciones judiciales internacionales como el Tribunal de La Haya, los tribunales penales de excepción y la futura Corte Penal Internacional.

ESCOLIO. Actualizar la noción de imperialismo no solamente desde el punto de vista de las relaciones de dominación económica (evidentes), sino como sistema global de dominación (tecnológica, ecológica, militar, geoestratégica, institucional) es de capital importancia, precisamente cuando cabezas que parecían bien plantadas consideran que esta categoría se volvió obsoleta con el derrumbe de su doble burocrático en el Este, y que el mundo se organiza, de ahora en más, alrededor de una oposición entre democracias sin adjetivos (dicho de otra manera, occidentales) y barbarie.

Mary Kaldor, quien fue, al comienzo de los años ochenta, conjuntamente con E. P. Thompson, una de las impulsoras de la campaña por el desarme nuclear contra el "exterminismo" y el despliegue de los *pershing*, afirma hoy que "la distinción característica de la era westfaliana entre paz interior y guerra exterior, ley doméstica ordenada y anarquía internacional, se acabó con la Guerra Fría." Habríamos entrado, a partir de ahora, en una era de "progreso regular hacia un régimen legal global". Es lo que algunos llaman, sin temor a la contradicción en los términos, un "imperialismo ético" y la misma Mary Kaldor, "un imperialismo benigno". Al denunciar "el antiimperialismo pavloviano" de los opositores de la intervención de la OTAN en los Balcanes,

Alain Brossat está en la misma línea. Más generalmente, la campaña mediática orquestada en esta ocasión se nutrió de un efecto *zoom*, de focalización de lo minúsculo, respecto del sufrimiento inmediato (real e intolerable) de los kosovares para eclipsar la profundidad de perspectiva histórica y el contexto internacional, reduciendo de esa manera el acontecimiento a un presente sin raíces y el discurso a una interpelación ética despolitizada.

La negación de la relación de dominación imperial es, en efecto, la condición ideológica que permite modificar los enunciados del conflicto y de reorganizar la visión del mundo alrededor de una oposición entre el Bien (Occidente, las democracias, la civilización) y el Mal (el totalitarismo, los “estados delincuentes” tan caros a la retórica norteamericana, la barbarie). Toda intervención militar está entonces justificada de entrada como defensa de la civilización y expedición puramente punitiva contra los delincuentes internacionales o los terroristas (anteayer Panamá, ayer el Golfo, mañana ¿Colombia?).

TEOREMA 2: EL COMUNISMO (CUALQUIERA SEA LA PALABRA CON LA QUE SE LO DEFINA) NO SE DISUELVE EN LA CAÍDA DEL STALINISMO. La ideología de la contrarreforma liberal, así como se esfuerza en disolver

el imperialismo a la competencia leal de la mundialización mercadista, pretende disolver el comunismo en el stalinismo. El despotismo burocrático sería entonces el simple desarrollo lógico de la aventura revolucionaria, y Stalin el hijo legítimo de Lenin o Marx. Según esta genealogía del concepto, la idea conduce al mundo. El desarrollo histórico y el desastre oscuro del stalinismo se encontrarían ya en potencia en las nociones de la dictadura del proletariado o del partido de vanguardia.

Una teoría social nunca es más que una interpretación crítica de una época. Si se deben buscar las lagunas y las debilidades que la hicieron perder fuerza frente a las evidencias, por cierto aleatorias, de la historia, no se podría juzgar esa teoría según los criterios anacrónicos de otra época. De esta manera, las contradicciones de la democracia, heredadas de la Revolución Francesa, lo impensado del pluralismo organizado, su confusión del pueblo, del partido del Estado, la fusión decretada de lo social y lo político, la ceguera frente al peligro burocrático (subestimado en relación con el peligro principal de la restauración capitalista), habrán sido propicia a la contrarrevolución burocrática en la Rusia de los treinta.

Hay en este proceso termidoriano, elementos de continuidad y de discontinuidad. Sujeta a un número

indeterminado de controversias, la dificultad para fechar con precisión el triunfo de la reacción burocrática remite a la asimetría entre revolución y contrarrevolución. La contrarrevolución no es en efecto el hecho inverso o la imagen invertida de la revolución, una especie de revolución al revés. Como muy bien lo dice Joseph de Maistre (quien sabía de eso) a propósito del Termidor de la Revolución Francesa, la contrarrevolución no es una revolución en sentido contrario, sino lo contrario de una revolución. Ella depende de una temporalidad propia donde las rupturas se acumulan y se complementan.

Si Trotsky remonta a la muerte de Lenin el comienzo de la reacción termidoriana, él mismo estima que la contrarrevolución no se consumó sino al comienzo de los años treinta, con la victoria del nazismo en Alemania, el proceso de Moscú, las grandes purgas y el año terrible de 1937. En su análisis de *Los Orígenes del Totalitarismo*, Hannah Arendt establece una cronología parecida, que fecha en 1933 o 1934 el advenimiento del totalitarismo burocrático propiamente dicho. Trabajos historiográficos más recientes, como los de Mikhaïl Guefter, basados en la experiencia personal y la apertura de los archivos soviéticos llegan, aunque con otras categorías, a conclusiones en el mismo sentido. En *Russia-URSS-Russia*, Moshe Lewin

saca a la luz la explosión cuantitativa del aparato burocrático del Estado a partir del fin de los años veinte. En los años treinta, la represión contra el movimiento popular cambia de escala. No es la simple prolongación de lo que prefiguraban las prácticas de la Tcheka o la cárcel política de las Solovki, sino un salto cualitativo por el cual la burocracia de Estado destruye y devora al partido que había creído poder controlarla.

La discontinuidad demostrada por esta contrarrevolución burocrática es capital desde un triple punto de vista. En cuanto al pasado: la inteligibilidad de la historia que no es un relato delirante contado por un loco, sino el resultado de fenómenos sociales, de conflictos de intereses de salida incierta, de acontecimientos decisivos donde no solamente lo conceptual, sino las masas están en juego. Respecto del presente: las consecuencias en cadena de la contrarrevolución stalinista contaminaron toda una época y pervirtieron por largo tiempo al movimiento obrero internacional. Muchas paradojas y callejones sin salida del presente (comenzando por las crisis recurrentes de los Balcanes) no son entendibles sin la comprensión histórica del stalinismo. Finalmente, respecto del futuro: las consecuencias de esta contrarrevolución, donde el peligro burocrático se revela en su dimensión inédita

ta, pesarán todavía durante un largo tiempo sobre los hombres de las nuevas generaciones. Como lo escribe Eric Hobsbawm, *“no se podría comprender la historia del corto siglo veinte sin la Revolución Rusa y sus efectos directos e indirectos”*.

COROLARIO 2.1.: La democracia socialista no puede ser subsumida al estatismo democrático. Hacer aparecer a la contrarrevolución stalinista como consecuencia de los vicios originales de “leninismo” (noción forjada por Zinoviev en el Vº Congreso de la Internacional Comunista, después de la muerte de Lenin, para legitimar la nueva ortodoxia de la razón de Estado) no es solo históricamente errado, es también peligroso para el futuro. Sería entonces suficiente haber comprendido y corregido los errores para prevenir los “vicios profesionales del poder” y garantizar una sociedad transparente.

Si se renuncia al espejismo de la abundancia —esa es la lección necesaria de esta desastrosa experiencia— que dispensaría a la sociedad de las elecciones y los arbitrajes (si las necesidades son históricas, la noción de abundancia es fuertemente relativa); si se abandona la hipótesis de una transparencia democrática absoluta, fundada sobre la homogeneidad del pueblo (o del proletariado liberado) y la abolición rápida del Estado; si, finalmente, se sacan

todas consecuencias de “la discordancia de los tiempos” (las elecciones económicas, ecológicas, jurídicas, las costumbres, las mentalidades, el arte identifican temporalidades distintas; las contradicciones de género y de generación no se resuelven de la misma manera y al mismo ritmo que las contradicciones de clase), entonces se debe concluir que la hipótesis del debilitamiento del Estado y del derecho, en tanto esferas separadas, no significa su abolición decretada, so pena de ver estatizarse la sociedad y no socializarse el poder.

Pues la burocracia no es la consecuencia molesta de una idea falsa, sino un fenómeno social. Por cierto revistió una forma particular dentro de la acumulación primitiva en Rusia o en China, pero tiene raíces en la escasez y en la división del trabajo. Se manifiesta en diversas formas y en distintos grados de manera universal.

Esta terrible lección histórica debe conducir a la profundización de las consecuencias programáticas extraídas a partir de 1979 con el documento de la IVª Internacional, Democracia socialista y dictadura del proletariado, que se refieren específicamente al pluralismo político de principio, la independencia y la autonomía de los movimientos sociales con respecto al Estado y a los partidos, la cultura del derecho y la separación de poderes. La noción

de “dictadura del proletariado”, evoca, dentro del vocabulario político del siglo XIX, una institución legal –el poder de excepción temporario designado por el Senado romano– antinómico de la tiranía, que es entonces el nombre del poder arbitrario.⁴ Está sin embargo demasiado cargada de ambigüedades iniciales y asociada en adelante a experiencias históricas demasiado urticantes como para ser usada todavía. Esta constatación no podría sin embargo dispensarnos de replantear la cuestión de la democracia mayoritaria, de la relación entre lo social y lo político, de las condiciones de debilitamiento de la dominación a la que la dictadura del proletariado, bajo la forma “finalmente encontrada” de la Comuna de París, parecía haber dado una respuesta.

ESCOLIO 2.1. La idea de que el stalinismo es algo así como una contrarrevolución burocrática, y no una simple evolución más o menos irreversible del régimen surgido de Octubre, está lejos de contar con el consenso general. Todo lo contrario: contra-reformadores liberales y stalinistas arrepentidos se oponen, coinciden en ver en la reacción stalinista la prolongación legítima de la revolución bolchevique. Es en efecto la conclusión a la que llegan los “renovadores” post-stalinistas cuando se obstinan en pensar al stalinismo principalmente como una

“desviación teórica” y no como una formidable reacción social. Ya era el caso de Althusser, en su *Respuesta a John Lewis*,* que hacía del stalinismo una desviación economicista. A causa de su formalismo en fidelidad al hecho comunista inicial, Alain Badiou sigue siendo incapaz de producir un análisis histórico del porqué y del cómo las “secuencias” inauguradas por Octubre o por la revolución china pudieron interrumpirse. Roger Martelli ve por lo pronto en el stalinismo una mutación de la forma partido. Por no dimensionar su rol contra-revolucionario, Alain Badiou termina situando al “apogeo del comunismo”... ¡después de 1945! En cuanto a Lucien Sève, él estima que la etapa “socialista”, concebida como etapa previa a la sociedad comunista se apartaba de ella en lugar de acercarse, bajo las formas de estado gemelas, socialdemócrata y stalinista. Esta última consideración podría proveer material para un debate profundo a condición de articular esta crítica, formal y abstracta en *Commencer par les fins*, a los debates históricos y estratégicos del período de entreguerras acerca de la revolución permanente y el socialismo en un solo país, no solamente a partir de Trotsky sino también de Gramsci o de Mariátegui.⁵ Una vez más, el acento puesto sobre un “error” teórico, desligado de los procesos históricos y sociales de burocratiza-

ción, sugiere que sería suficiente corregir dicho error para conjurar el peligro burocrático.

El método de la “desviación teórica”, al perpetuar el paréntesis en el análisis político de la contrarrevolución burocrática, se compromete en una búsqueda del pecado teórico original y trae como consecuencia una liquidación recurrente no solamente del “leninismo”, sino, en gran medida, del marxismo revolucionario o de la herencia del iluminismo: de culpar a Lenin, se pasa rápido a culpar a Marx... ¡o de culpar a Rousseau! Si, como escribe Martelli, el stalinismo es primero el fruto de un “desconocimiento”, bastaría con una mejor lucidez teórica para prevenir los vicios profesionales del poder burocrático.⁶ Sería demasiado, excesivamente simple.

ESCOLIO 2.2. La publicación francesa de *La Edad de los Extremos* de Eric Hobsbawm fue bienvenida por la izquierda como una obra con salud intelectual, como réplica a la historiografía furetista y a la judicialización histórica al estilo de Stephane Courtois. Esta bien merecida recepción, a menudo teñida de alivio, sin embargo corre el riesgo de dejar sin aclarar la parte sumamente problemática de *La Edad de los Extremos*. Hobsbawm no niega, por cierto, la responsabilidad de los funebros terrores, pero la minimiza, como si lo que sucedió hu-

biera tenido que suceder en virtud de las leyes objetivas de la historia. Apenas vislumbra lo que se hubiera podido hacer de diferente.

Y así llega Hobsbawm a lo que él considera como la paradoja de este extraño siglo: “El resultado más perdurable de la revolución de Octubre fue salvar a su adversario en la guerra como en la paz, incitándolo a reformarse.”⁷ Como si se tratara allí de un desarrollo natural de la revolución y no del resultado no fatal de formidables conflictos sociales y políticos, de los cuales la contrarrevolución stalinista no es el menor! La objetivación de la historia que sobrevino llega a la lógica conclusión de considerar que, en 1920, “los bolcheviques cometieron un error, que a mirarlo retrospectivamente, parece capital: la división del movimiento obrero internacional”.⁸ Si las circunstancias en las cuales fueron adoptadas y aplicadas las veintiuna condiciones de adhesión a la Internacional comunista exigen un examen crítico, no pudiésemos sin embargo imputar lo divino del movimiento obrero internacional a una voluntad ideológica o a un error doctrinario, sino al choque fundacional de la revolución y a la línea divisoria de aguas entre los que asumieron su defensa (crítica como Rosa Luxemburgo) y los que se asociaron poco o nada a la santa alianza imperialista. El historicismo de Hobsbawm surge de la misma problemática que

lleva a algunos, en Francia a proyectar, convencidos, “un congreso de Tours al revés”.

Si el período de entreguerras significa para él una “*guerra civil ideológica a escala internacional*”, no enfrenta las clases fundamentales, el capital y la revolución social, sino valores: progreso y reacción, antifascismo y fascismo. Se trata en consecuencia de reagrupar “un extraordinario abanico de fuerzas”. Dentro de esta perspectiva queda poco espacio para un balance crítico de la revolución alemana, de la revolución china de 1926/27, de la guerra civil española y de los frentes populares.

Al no analizar desde lo social la contrarrevolución stalinista, Hobsbawm se contenta con constatar que, a partir de los años veinte, “*cuando se asentó la polvareda de las batallas, el antiguo imperio ortodoxo de los zares resurgió intacto, en lo esencial, pero bajo la autoridad de los bolcheviques.*” Por el contrario, no es sino en 1956, con el aplastamiento de la revolución húngara, que “*la tradición de la revolución social se agotó*” y que “*la desintegración del movimiento internacional que le era fiel*” constituye la prueba de la “extinción de la revolución mundial” como la de un fuego que se apaga solo. En resumidas cuentas, ¡“*es sobretudo por la organización que el bolchevismo de Lenin habrá cambiado el mundo*”! Con esta frase fúnebre se sustrae otra vez una

crítica seria de la burocracia, simplemente considerada de paso, como un “inconveniente” de la economía planificada fundada en la propiedad social, ¡como si esta propiedad fuera realmente social y como si la burocracia fuera un gasto pequeño y lamentable en lugar de considerarlo un peligro político contra-revolucionario!

El trabajo de Hobsbawm se sitúa de esta manera en la perspectiva de una “historia historiadora”, más que de una historia crítica o estratégica capaz de descubrir las opciones posibles en las grandes bifurcaciones de los hechos.

En *Trotsky vivant*, Pierre Naville subraya muy fuertemente el alcance de este sesgo metodológico.: “Los defensores del hecho consumado, quienesquiera que fuesen, tienen una visión más corta que los hombres políticos. El marxismo activo y militante predispone a una óptica a menudo contraria a la de la historia.” Lo que Trotsky llamaba “prognosis”, recuerda Naville, se parece más a la anticipación profética que a la predicción o al pronóstico. Los mismos historiadores, que encuentran natural el sentido del hecho cuando el movimiento revolucionario va viento en popa, le buscan inconvenientes cuando las cosas se complican y se hace necesario saber remar contra la corriente. Les cuesta muchísimo concebir el imperativo político de “esbozar la historia a

contrapelo" (según la fórmula de Walter Benjamín). "Esto da a la historia, comenta Naville, la posibilidad de desplegar su sabiduría retrospectiva, enumerando y catalogando los hechos, las omisiones, los desaciertos. Pero, lamentablemente, estos historiadores se abstienen de indicar la vía correcta que habría permitido conducir a un moderado a la victoria revolucionaria, o, al contrario, indicar una política revolucionaria razonable y victoriosa dentro de un período termidoriano.

ESCOLIO 2.3. Sería útil —algo que poco hizo nuestro movimiento— llevar una discusión más profunda acerca de la noción de totalitarismo en general (de sus relaciones con la época del imperialismo moderno), y sobre la del totalitarismo burocrático en particular. Nos sorprende, en efecto, cuando releemos las *Obras* de Trotsky, por el uso frecuente de esta categoría, con la cual, en *Stalin*, acuña magistralmente la máxima ("¡la sociedad soy yo!") sin dar precisión a su status teórico. El concepto podría considerarse muy útil para pensar a la vez ciertas tendencias contemporáneas (pulverización de las clases en masas, etnización y deterioro tendencial de la política) analizadas por Hannah Arendt en su trilogía sobre los orígenes del totalitarismo, y la forma particular que ellas pudieron mostrar en el caso del totali-

tarismo burocrático. Esto permitiría también que un uso vulgar y demasiado flexible de esta noción útil sirviera para legitimar ideológicamente la oposición entre democracia (sin calificativos ni adjetivos, en consecuencia burguesa, realmente existente) y totalitarismo como la única causa pertinente de nuestro tiempo.

ESCOLIO 2.4. Insistir en la noción de contrarrevolución burocrática no implica de ninguna manera cerrarse a un debate más pormenorizado sobre el balance de las revoluciones en el siglo. Se trata, al contrario, de retomarlo desde una perspectiva renovada gracias a un replanteo crítico mejorado.⁹ Los diferentes intentos de elucidación teórica (teoría del capitalismo de Estado, de Mattick a Tony Cliff, de la nueva clase explotadora, de Rizzi a Burnham o Castoriadis, o del Estado obrero degenerado de Trotsky a Mandel), si pudieron tener consecuencias importantes en términos de orientaciones prácticas, son todas compatibles, mediante correcciones, con el diagnóstico de una contrarrevolución stalinista. Si Catherine Samary nos propone hoy la idea de que la lucha contra la nomenclatura en el poder exigía una nueva revolución social y no solamente una revolución política, no se trata, sin embargo, de una simple modificación terminológica. Según la tesis de Trotsky, enriqueci-

da por Mandel, la contradicción principal de la sociedad de transición se situaba entre la forma socializada de la economía planificada y las normas burguesas de distribución en el origen de los privilegios y del parasitismo burocrático. La “revolución política” consistía entonces en ubicar la superestructura política conforme con la infraestructura social adquirida. Es olvidar, subraya Antoine Artous que *“en las sociedades post-capitalistas [no solamente en esas sociedades que más valdría no calificar de “post”, como si ellas vinieran cronológicamente después del capitalismo, cuando, en realidad, están determinadas por las contradicciones de la acumulación capitalista mundial. DB], el Estado es parte integral en el sentido en que juega un rol determinante en la estructuración de las relaciones de producción; y es por este sesgo que, más allá de la forma salarial común, la burocracia, grupo social del Estado, puede encontrarse al interior de las relaciones de explotación con los productores directos”*.

La continuación de este debate debería llamar la atención sobre las confusiones teóricas ligadas a la caracterización de fenómenos políticos en términos directamente sociológicos, en detrimento de la especificidad del campo y de las categorías políticas. Muchos equívocos atribuidos a la categoría “de Estado obrero”, aunque fuera espurio, surgen de allí. Es probablemente también el

caso de la noción de “partido obrero”, que tiende a referir la función de una fuerza política en un juego de oposiciones y de alianzas, a una “naturaleza” social profunda.

TEOREMA 3: LA LUCHA DE CLASES NO SE DISUELVE EN LAS IDENTIDADES COMUNITARIAS. Durante un tiempo demasiado largo, el marxismo llamado “ortodoxo” atribuyó al proletariado una misión según la cual su conciencia al reunirse con su esencia, volviéndose en suma lo que él es, sería el redentor de la humanidad entera. Las desilusiones del día siguiente son, para muchos, proporcionales a las ilusiones de la víspera: por no haberse transformado en un “todo”, este proletariado sería, a partir de ese momento, reducido a menos que nada.

Conviene comenzar recordando que la concepción de la lucha de clases en Marx no tiene mucho que ver con la sociología universitaria. Si prácticamente no se encuentra en él un enfoque estadístico de la cuestión, no es principalmente en razón del estado embrionario de la disciplina en ese momento (el primer Congreso Internacional de Estadística data de 1854), sino por una razón teórica más fundamental: la lucha de clases es un conflicto inherente a la relación de explotación capital / trabajo que rige la acumulación capitalista y resulta de la separa-

ción entre productores y medios de producción. No se encuentra entonces en Marx ninguna definición clasificatoria, normativa y reductora de las clases, sino una concepción dinámica de su antagonismo estructural, a nivel de la producción, de la circulación como de la reproducción del capital: en efecto, las clases jamás son definidas solamente a nivel del proceso de producción (del cara a cara entre trabajador y patronal en la empresa), sino determinadas por la reproducción del conjunto donde entran en juego la lucha por el salario, la división del trabajo, las relaciones con los aparatos del Estado y con el mercado mundial. De eso resulta claramente que el proletariado no está definido por el carácter productivo del trabajo que aparece notoriamente en el Libro II del *Capital*, con respecto al proceso de circulación. En sus aspectos centrales, estas cuestiones fueron tratadas y discutidas ampliamente en los años setenta, en clara oposición a las tesis entonces defendidas tanto por el Partido Comunista en su tratado sobre *El capitalismo monopolista de Estado*, como inversamente por Poulantzas o por Baudelot y Establet.¹⁰

Marx habla generalmente de los proletarios. En general, en el siglo XIX, se hablaba de las clases trabajadoras en plural. Los términos en alemán, *Arbeiterklasse*, e inglés, *working class*, se mantenían bastante generales, mientras que el término *classe*

ouvrière, corriente en el vocabulario político francés, conlleva una connotación sociológica restrictiva propicia a los equívocos: remite al proletariado industrial moderno, excluyendo al asalariado de los servicios y del comercio, aunque éste sufre condiciones de explotación análogas, desde el punto de vista de su relación con la propiedad privada de los medios de producción, de su ubicación en de la división del trabajo, o más aún de la condición asalariada y del monto de su remuneración.

Michel Cahen opina con razón que, a pesar de haber aparentemente perdido actualidad, el término proletariado sea quizás teóricamente preferible al de clase obrera. En las sociedades desarrolladas representa efectivamente entre dos tercios y cuatro quintos de la población activa. La cuestión interesante no es la de su desaparición anunciada, sino la de sus metamorfosis sociales y de sus representaciones políticas, dando por entendido que su vertiente industrial propiamente dicha, aun cuando conoció un descenso efectivo en el transcurso de los últimos veinte años (de 35% a 26% más o menos de la población activa), todavía está lejos de la extinción. Así lo remarcan Beaud y Pialoux en su estudio sobre Montbéliard.¹¹ Más bien “se había vuelto invisible”, y las ciencias sociales universitarias no dejan de tener responsabilidad en este ocultamiento.

Por el contrario, es significativo que Boltanski y Chiapello retornen hoy a un análisis crítico del capitalismo contemporáneo, recolocando en el corazón de sus contradicciones el lazo orgánico entre explotación y exclusión. Además, el endurecimiento de las relaciones de clase hay que encararlas desde una perspectiva internacional. Entonces se hace evidente lo que Michel Cohen llama "la proletarización del mundo". Mientras que en 1900, sumaban alrededor de 50 millones los trabajadores asalariados de una población global de 1000 millones, hoy en día son alrededor de 2000 sobre 6000 millones.

La cuestión es entonces de orden teórico, cultural y específicamente político más que estrictamente sociológico. La noción de clases es en sí misma el resultado de un proceso de formación (cf. E. P. Thompson y *La formación de la clase obrera inglesa*), de luchas y de organización, en el curso del cual se constituye la conciencia de un concepto teórico y de una auto-determinación nacida de la lucha: el sentimiento de pertenencia de clase es tanto el resultado de un proceso político de formación como de una determinación sociológica. El debilitamiento de esta conciencia, ¿significa entonces recíprocamente la desaparición de las clases y de sus luchas? Este debilitamiento, ¿es coyuntural (vinculado a los flujos y reflujo de la lucha)

o estructural (como resultado de los nuevos procedimientos de dominación, no solo sociales sino también culturales e ideológicos, de lo que Michel Surya llama "*el capitalismo absoluto*"), siendo los discursos de la posmodernidad su expresión ideológica? En otras palabras, si la efectividad de la lucha de clases está ampliamente verificada en lo cotidiano, ¿la fragmentación y el individualismo posmodernos permiten todavía concebir el renacimiento de colectividades solidarias? La generalización del fetichismo mercadista y de la alineación consumista, el frenesí por lo efímero e inmediato, ¿permiten que renacen proyectos durables, más allá de momentos de fusión intensa sin porvenir?

Diversas corrientes de la sociología crítica insisten, dentro de este contexto, en la dimensión constructivista de la noción de clase. Pero el constructivismo es una denominación amplia. Si se trata de decir que toda noción teórica es una elaboración (ningún concepto, comenzando por el de perro, es el puro reflejo de una sustancia), es una banalidad. Si se trata de decir que todo concepto es una pura convención de lenguaje y el efecto de relaciones de fuerzas dentro del campo teórico, sin tener que rendir cuentas a la realidad, es lisa y llanamente una recaída en el idealismo mal concebido. En ese caso extremo, habría una paradoja constructivista: si la lucha

de clases fuera antes que nada un efecto de lenguaje, eso sería una razón más para estructurar la representación del mundo en términos de clase contra sus representaciones en términos de enfrentamientos raciales, étnicos o confesionales. En efecto, desdibujar la lucha de clases (especialmente en su dimensión internacionalista) y la crisis de las legitimidades nacionales alimentan, en los tumultos de la mundialización mercadista, una reformulación racial o religiosa de los conflictos comunitarios. Lejos de reducirse a un cambio tardío propio del totalitarismo burocrático disociado de sus elementos constitutivos, los impulsos purificadores en marcha en los Balcanes se inscriben dentro de una tendencia planetaria mucho más general e inquietante pero de un forma diferente a la que imaginan las inteligencias serviles de la OTAN cuando se contentan con verlos como los últimos sobresaltos del totalitarismo "comunista".

Una de las tareas teóricas prioritarias debería relacionarse entonces no solamente con las metamorfosis sociológicas del asalariado, sino con las transformaciones en curso de la relación salarial en términos de régimen de acumulación, tanto desde la perspectiva de la organización del trabajo como de las regulaciones político-jurídicas y de lo que Frederic Jameson llama "la lógica cultural del capitalismo tardío". La crítica

del ultraliberalismo, en reacción a la contra-reforma de los años Thatcher-Reagan corre, en efecto, el riesgo de equivocarse de meta si, obsesionada por la imagen de una selva mercadista en pos de una desregulación salvaje, no mide las reorganizaciones y los intentos de re-regulación en curso. La dominación del capital, como lo recuerden acertadamente Boltanski y Chiapello no podría durar bajo la forma desnuda de una explotación-opresión sin legitimidad ni justificación (no hay imposición duradera sin hegemonía, decía de otra manera Gramsci...).

ESCOLIO 3.1. Lo que está a la orden del día, es entonces la redefinición de una estructura global, de una organización territorial, de relaciones jurídicas, que renueven en función de las fuerzas productivas actuales (nuevas tecnologías) las condiciones generales de acumulación del capital y de la reproducción social. Es en este marco donde se inscriben las crisis de transformación de las fuerzas políticas tradicionales, la democracia cristiana, los conservadores británicos, la derecha francesa, y el cuestionamiento de la función que ellas cumplían desde la guerra en el marco del compromiso del Estado nacional; y es también en ese marco, donde se inscriben las transformaciones de los partidos socialdemócratas, cuyas élites, a través de la privatización

del sector público y la fusión de las élites privadas con la nobleza de Estado, están cada vez más integradas orgánicamente a los estratos dirigentes de la burguesía. Alimentados por las debilidades de las formaciones burguesas tradicionales en plena reconversión, esos partidos están llamados a menudo a asumir transitoriamente el protagonismo del *aggiornamento* del capital, arrastrado hacia su órbita, los restos de los partidos post-stalinistas sin proyecto y la mayor parte de los partidos verdes sin resistencia doctrinaria a la institucionalización acelerada.

Lo que se perfila entonces, tanto en el manifiesto por una tercera vía de Blair-Schröder, como por a través de proyectos de una Europa social de mínima, debatidos durante la cumbre europea de Lisboa, o más aún por medio de maniobras de la patronal francesa sobre el tema de la "refundación social", no es un liberalismo sin reglas, sino una nueva relación salarial inscrita en una forma inédita de liberal-corporativismo o liberal-populismo. En efecto, habría que ser peligrosamente miope para imaginar al populismo de mañana solamente bajo la forma tan particularmente francesa de un soberanismo a la manera de Pasqua-Villiers. La cruzada a favor del accionariado asalariado, los fondos de pensión (en detrimento de la solidaridad), y la "refeudalización" del lazo social (denunciada por Alain Su-

piot) por la primacía jurídica del contrato individual (a menudo sinónimo de subordinación personal en sociedades fuertemente desiguales) por encima de la relación impersonal con la ley, todo eso perfila, en efecto, una nueva asociación corporativa capital-trabajo, en la cual una pequeña franja de ganadores podría salvarse en perjuicio de la masa de víctimas de la mundialización. En ciertas situaciones, esta tendencia es perfectamente compatible con formas convulsivas de nacional-liberalismo a la manera de Putin o de Haider.

Por otra parte, es por eso que es perfectamente inoperante y posiblemente engañoso, tratar el caso Haider por analogía con los años treinta, en lugar de vincularlo con las formas contemporáneas y probablemente inéditas del peligro, legitimando en nombre de antifascismo reflejo de la unión sagrada basada en la conciencia limpia consensuada. Si es justo participar en las movilizaciones contra Haider (sin olvidar, sin embargo, las complacencias de una parte de sus detractores bien pensantes con Berlusconi, Fini, Millon, Blanc y otros) y, sobre todo apoyar aquéllas de la de la juventud austriaca en lugar de aislarla con un estúpido boicot, lo cual podría contribuir a no olvidar que Haider es primeramente también un producto de trece años de coalición entre conservadores y socialdemócratas,

de una determinada opción de construcción de la unidad europea y de políticas de austeridad que le permitieron llegar adonde está.

Más que representar farsas de las tragedias de ayer o de ante de ayer, sería entonces imperante pensar las formas singulares que pueden asumir las amenazas en el mundo de hoy, el rol de los regionalismos en la reconfiguración europea, los matrimonios entre nacionalismo y liberalismo. A su manera, a Haider no le falta por cierto humor negro cuando proclama *"Blair y yo contra las fuerzas del conservadurismo"*.¹² Nuestros dos partidos, precisa, *"quieren escaparle a las rigideces del Estado benefactor sin crear injusticia social"*. Los dos quieren "la ley y el orden". Los que consideran que los que están en condiciones de trabajar no deben ser incentivados para la inactividad por medio de las formas de asistencia (lo mismo que dice el Medef francés para justificar el Care). Los dos estiman que *"la economía de mercado, a condición de ser flexibilizada, puede crear nuevas oportunidades para los asalariados y las empresas."* El Partido Laborista así como el FPÖ tienen entonces un acercamiento *"no dogmático a aquel mundo en plena transformación en el que vivimos"*, mientras que *"las viejas categorías de izquierda y derecha se vuelven caducas"*: *"Blair y el Laborismo, ¿son de derecho so pretexto de aceptar los acuerdos de Schengen y de ser favorables*

a una legislación estricta acerca de la inmigración?", pregunta Haider. Y responde, *"si Blair no es un extremista, entonces Haider no lo es tampoco"*.

A buen entendedor... Hay que agregar que el regional-populista Haider es tan partidario de la OTAN como lo es Blair, ¡y aun más partidario que él del euro!

ESCOLIO 3.2. La reciente aparición de un texto inédito de Lukács, de 1926, en defensa de *Historia y conciencia de clase*, aporta una aclaración interesante que invalida hasta cierto punto las interpretaciones ultra-hegelianas de Lukács según las cuales el Partido sería finalmente la forma encontrada del Espíritu absoluto.¹³ Atacado por "subjetivismo" por Rudas y Déborine durante el Vº Congreso de la Internacional comunista –el de la bolchevización zinovievista–, Lukács rechaza el argumento de Rudas, según el cual el proletariado está condenado a actuar conforme a su ser y la tarea del partido se reduce a *"anticipar ese desarrollo"*. Para Lukács, el rol específico (político) del partido surge del hecho de que la formación de la conciencia de clase choca constantemente con el fenómeno del fetichismo y de la cosificación. Como lo señala Slavo Zizek en su epílogo, el partido juega en él el papel de término medio en el silogismo entre la historia (lo universal) y el proletariado (lo particular), en tanto que

para la socialdemocracia, el proletariado es el término medio entre la historia y la ciencia (encarnada por el partido educador) y en el stalinismo, el partido se vale del sentido de la historia para legitimar su dominación sobre el proletariado.

*

TEOREMA 4: LA DIFERENCIA CONFLICTUAL NO SE DISUELVE EN LA DIVERSIDAD AMBIVALENTE. Como reacción contra una representación reduccionista del conflicto social al conflicto de clase, es la hora de la pluralidad de los espacios y de las contradicciones. En su singularidad concreta e irreducible, cada individuo es en efecto una combinación original de pertenencias múltiples. La mayor parte de los discursos de la post-modernidad, como ciertas tendencias del marxismo analítico, llevaron esta crítica antidogmática hasta la disolución de las relaciones de clase en las aguas turbias del individualismo metodológico. No son solamente las oposiciones de clase, sino más generalmente las diferencias conflictivas, que se diluyen entonces en lo que ya Hegel llamaba "*una diversidad sin diferencia*": una constelación de singularidades indiferentes.

Es cierto que lo que pasa por ser una defensa de la diferencia se reduce a menudo a una tolerancia liberal permisiva que es el reverso consumista de la homogeneización mer-

cadista. Frente a ese simulacro de diferencia y a su individualismo sin individualidad, las reivindicaciones identitarias tienden al contrario a hipostasiar y naturalizar la diferencia de género o de raza. No es la noción de diferencia la que es problemática (ella permite construir oposiciones estructurantes), sino su naturalización biológica o su absolutización identitaria. Así, mientras que la diferencia es una mediación en la construcción de lo universal, la extrema dispersión por sí misma lleva a la renuncia de esta construcción. Cuando se renuncia a lo universal, afirma acertadamente Alain Badiou, lo que triunfa es el horror universal.

Esta dialéctica de la diferencia y de la universalidad está en el corazón de las dificultades que frecuentemente nos cuesta resolver, como lo ilustran las discusiones y las incomprendiones acerca de la igualdad o del rol del movimiento homosexual. A diferencia del movimiento *queer* que proclama la abolición de las diferencias de género en beneficio de prácticas sexuales no exclusivas, hasta rechazar toda afirmación colectiva durable lógicamente reduccionista, Jacques Fortin, en su *Adieu aux normes*, esboza una dialéctica de la diferencia afirmada por constituir una relación de fuerza frente a la opresión y de su debilitamiento deseado en un horizonte de universalidad concreta.

El discurso *queer* proclama, al

contrario, la eliminación inmediata de las diferencias. Su retórica del deseo, en la que se pierde la lógica de las necesidades sociales, es el adelantado de un deseo de consumación compulsivo. El sujeto *queer*, viviendo en el momento una sucesión de identidades sin historia, no es más el (la) homosexual militante, sino el individuo cambiante, no específicamente sexuado o definido por su raza, sino simple espejo roto de sus sensaciones y sus deseos. No es para nada sorprendente que este discurso haya tenido una buena acogida por parte de la industria cultural norteamericana, puesto que la fluidez reivindicada por el sujeto *queer* está perfectamente adaptada al flujo incesante de los intercambios y de las modas. Al mismo tiempo, la trasgresión que representaba un desafío a las normas y anunciaba la conquista de nuevos derechos democráticos se banaliza como momento lúdico constitutivo de la subjetividad consumista.

Paralelamente, ciertas corrientes oponen a la categoría social de género, la "*más concreta, específica y corporal*" de sexo. Pretenden sobrepasar el "feminismo del género" en beneficio de un "pluralismo sexual". No es sorprendente que un movimiento tal implique un rechazo simultáneo del marxismo y del feminismo crítico. Las categorías marxistas habrían, en efecto, pro-

porcionado una herramienta eficaz para pensar las cuestiones de género directamente ligadas a las relaciones de clase y a la división social del trabajo, pero para comprender "el poder sexual" y fundar una economía de los deseos distinta de la de las necesidades, sería necesario inventar una teoría autónoma (inspirada en la biopolítica "foucauldiana").

Al mismo tiempo, la nueva tolerancia mercantil del capital hacia el mercado gay conduce a atenuar la idea de su hostilidad orgánica hacia orientaciones sexuales improductivas. Esta idea de un antagonismo irreductible entre el orden moral del capital y la homosexualidad permitía creer en una subversión espontánea del orden social por medio de la simple afirmación de la diferencia: era suficiente que los homosexuales se proclamaran como tales para estar en contra de él. La crítica de la dominación homofóbica puede entonces terminar en el desafío de la autoafirmación y en la naturalización estéril de la identidad. Si, al contrario, las características de hetero y homosexualidad son categorías históricas y sociales, su relación conflictiva con la norma implica la dialéctica de la diferencia y de su superación, reivindicada por Jacques Fortín.

Esta problemática, evidentemente fecunda cuando se trata de las relaciones de género o de comunidades lingüísticas y culturales, no deja de

tener consecuencias en lo que concierne a la representación misma de los conflictos de clase. Ulrich Beck ve en el capitalismo contemporáneo la paradoja de un *"capitalismo sin clase"*. Lucien Sève no teme afirmar que, *"si hay por cierto una clase en un polo de la construcción, el hecho desconcertante es que no hay clase en el otro"*. El proletariado se habría disuelto en la alineación generalizada; se trataría entonces, a partir de ahora, *"de librar una batalla de clase no ya en nombre de una clase sino de la humanidad"*.

O bien se trata allí, en la tradición marxista, de una banalidad que consiste en recordar que la lucha por la emancipación del proletariado constituye, bajo el capitalismo, la mediación concreta de la lucha por la emancipación universal de la humanidad. O bien, se trata de una innovación teórica colmada de consecuencias estratégicas, por lo demás presentes en el libro de Lucien Sève: la cuestión de la apropiación social no es más esencial a sus ojos (es lógico, en consecuencia, que la explotación se vuelva secundaria con respecto a la alienación universal); la transformación social se reduce a *"transformaciones [de desalienación]?", no más súbitas, sino permanentes y graduales"*; la cuestión del Estado desaparece en la de la conquista de los poderes (título, en otro tiempo, de un libro de Gilles Martinet), *"la formación progresiva de una hegemonía conduce tarde o tempra-*

no al poder en las condiciones de un consentimiento mayoritario", sin enfrentamientos decisivos (de Alemania a Portugal pasando por España, Chile o Indonesia, este "consentimiento mayoritario" sin embargo ¡hasta el día de hoy nunca se verificó! Encontramos el mismo tenor en Roger Martelli, para quien "lo esencial ya no es preparar el traspaso de poder de un grupo a otro, sino comenzar a dar a cada individuo la posibilidad de apropiarse de las condiciones individuales y sociales de su vida". La temática antitotalitaria muy legítima de la liberación individual desemboca entonces en un placer solitario en el que viene a diluirse la emancipación social.

Si hay por cierto interacción entre las formas de opresión y de dominación, y no un efecto mecánico directo de una forma particular (la dominación de clase) sobre las otras, queda por determinar con más precisión el poder de esas interacciones en una época dada y al interior de una relación social determinada. ¿Se trata solamente de una yuxtaposición de espacios y de contradicciones que pueden dar lugar a coaliciones coyunturales y variables de intereses? En cuyo caso la única unificación concebible procedería de un puro voluntarismo moral. O bien, ¿la lógica universal del capital y del fetichismo mercadista afecta a todas las esferas de la vida social, al punto de crear las condiciones de una uni-

ficación relativa de las luchas (sin implicar, sin embargo, por ser tan discordantes los tiempos sociales, la reducción de las contradicciones a una contradicción dominante)?

No se trata de oponer a la inquietud posmoderna una totalidad abstracta fetichizada, sino admitir que la destotalización (o deconstrucción) es indisociable de la totalización concreta, que no es una totalidad *a priori* sino un devenir de la totalidad. Esta totalización en proceso pasa por la articulación de la experiencia, pero la unificación subjetiva de las luchas surgiría de una voluntad arbitraria (dicho de otro modo, de un voluntarismo ético) si ella no reposara sobre una unificación tendencial de las cuales el capital, comprendido allí bajo las formas perversas de la mundialización mercadista, es el agente impersonal.

TEOREMA 5: LA POLÍTICA NO SE DISUELVE NI EN LA ÉTICA, NI EN LA ESTÉTICA. Hannah Arendt temía que la política terminara por desaparecer completamente del mundo, no solamente por la abolición totalitaria de la pluralidad, sino también por la disolución mercadista que es su cara oculta. Este temor está confirmado por el hecho de haber entrado en una era de despolitización, donde el espacio público está recortado por las fuerzas violentas que acompañan el horror económico y por una moralismo

abstracto. Este debilitamiento de la política y de sus atributos (el proyecto, la voluntad, la acción colectiva) impregna la jerga de la posmodernidad. Más allá de los efectos de la coyuntura, esta tendencia traduce una crisis de las condiciones de la acción política bajo el impacto de la compresión espacio-temporal. El culto moderno del progreso significaba una cultura del tiempo y del devenir en detrimento del espacio, reducido a un rol accesorio y contingente. Como lo señalaba Foucault, el espacio se había convertido en el equivalente de lo muerto, lo fijo, de la inmovilidad, al oponerlo a la riqueza y la fecundidad dialéctica del tiempo viviente. Las rotaciones endiabladas del capital y el ensanchamiento planetario de su reproducción trastocan las condiciones de su valorización. Es este fenómeno el que expresa el sentimiento, tan intenso desde hace dos décadas, de reducción de la duración al instante y de desaparición del lugar en el espacio. Si la estetización de la política es una tendencia recurrente inherente a las crisis de la democracia, la admiración por lo local, la búsqueda de los orígenes, la sobrecarga ornamental y el simulacro de la autenticidad revelan sin ninguna duda un vértigo angustiado al comprobar la impotencia de la política puesta frente a condiciones que se han tomado inciertas.

Que la política sea, en una prime-

ra aproximación, concebida como el arte del pastor o como el del tejedor, implica en efecto una escala de espacio y de tiempo, de los cuales la ciudad (con su plaza pública y el ritmo de los mandatos electivos) es la forma. Se habla tanto más de ciudadanía que la ciudad y el ciudadano se tornan inhallables en el desorden general de las escalas y de los ritmos. Sin embargo, vivimos siempre *“en un período donde hay ciudades y donde el problema de la política surge porque nosotros pertenecemos a este período cósmico durante el cual el mundo es librado a su suerte”*. La política no nos libera en cuanto arte profano de la duración y del espacio, de trazar y de desplazar las líneas de lo posible en un mundo sin dioses.

COROLARIO 5.1: LA HISTORIA NO SE DISUELVE EN UN TIEMPO PULVERIZADO SIN MAÑANA. El rechazo posmoderno de los grandes relatos no implica solamente una crítica legítima a las ilusiones del progreso asociadas al despotismo de la razón instrumental. Significa también una deconstrucción de la historicidad y un culto a lo inmediato, lo efímero, lo descartable, donde proyectos de mediano plazo no tienen más cabida. En la conjugación de los tiempos sociales desajustados, la temporalidad política es precisamente la del mediano plazo, entre el instante fugitivo y la eternidad inalcanzable. Exige de ahora en

más una escala móvil de la duración y de la decisión.

COROLARIO 5.2: EL LUGAR Y EL SITIO NO SE DISUELVEN EN EL SILENCIO TEMIBLE DE LOS ESPACIOS INFINITOS. El desajuste de la movilidad geográfica del capital (moneda y mercancía) con respecto a la inmovilidad relativa o movilidad muy condicional del trabajo aparece como la forma actual del desarrollo desigual que permite las transferencias de plusvalía a la época del imperialismo absoluto: el desarrollo desigual de las temporalidades complementa y relega aquel de los espacios. En consecuencia una escala móvil de territorios, la importancia adquirida por el control de los flujos, el esbozo de un orden mundial muy apoyado en un mosaico de Estados débiles, auxiliares subalternos de la soberanía mercadista.

Ahora bien, la acción colectiva se organiza en el espacio: la reunión, la asamblea, el encuentro, la manifestación. Su poder se inscribe en lugares y el nombre propio del acontecimiento está relacionado con fechas (Octubre, 14 de Julio, 26 de Julio) y a lugares (la Comuna, Petrogrado, Turín, Barcelona, Hamburgo...) como lo subraya Henri Lefebvre, sólo la lucha de clases tiene la capacidad de producir diferencias espaciales irreductibles a la sola lógica económica.

COROLARIO 5.3: LA OPORTUNIDAD ESTRATÉGICA NO SE DISUELVE EN LA NECESIDAD ECONÓMICA. El sentido político del momento, de la oportunidad, de la bifurcación abierta a la esperanza, constituye un sentido estratégico; el de lo posible, irreducible a la necesidad; no el sentido de un posible arbitrario, abstracto, voluntarista, de un posible donde todo sería posible; sino el de un posible determinado por un dominio, donde surge el instante propicio para la decisión ajustada a un proyecto, a un objetivo por alcanzar. Es, al fin de cuentas, sentido de la coyuntura, de la respuesta adecuada a una situación concreta.

COROLARIO 5.4: EL OBJETIVO NO SE DISUELVE EN EL MOVIMIENTO, EL ACONTECIMIENTO EN EL PROCESO. La jerga posmoderna concilia de buen grado el gusto por el acontecimiento sin historia, por el *happening* sin pasado ni futuro, y el gusto por la fluidez sin crisis, por la continuidad sin ruptura, por el movimiento sin objetivo. En la jerga post-stalinista de la resignación, el derrumbe del futuro desemboca lógicamente en el grado cero de la estrategia: ¡vivir el momento aún sin gozar sin trabas!

Los ideólogos del mañana desilusionante se conforman, en consecuencia, con predicar un “*comunismo que está ahí nomás*”, concebido

como un “*movimiento gradual, permanente, siempre inacabado, que incluye momentos de sacudones y de rupturas*”.¹⁴ Proponen “*un nuevo concepto de revolución*”, “*un revolucionamiento sin revolución, una evolución revolucionaria*”, o más aún un “*ir más allá sin demora*”, hacia una inmediatez extratemporal.¹⁵ Afirman que “*la revolución no es más lo que era puesto que no hay más un momento único donde las evoluciones se cristalizan*”, “*no hay más un gran salto, un gran ocaso, ni un umbral decisivo*.”¹⁶ A la luz del social-liberalismo menjunje de izquierda pluralista, este “comunismo que está ahí nomás” hace una triste figura: comunismo, ¿estás ahí?

Ciertamente, no hay un momento revolucionario único, de epifanía milagrosa de la historia, sino momentos de decisión y umbrales críticos. Pero la disolución de la ruptura en la continuidad es la contrapartida lógica de una representación del poder posible de lograr con la desalienación individual: “*La formación progresiva de una hegemonía que conduce tarde o temprano al poder dentro de las condiciones de un consentimiento mayoritario*”, garantiza Lucien Sève. Ese “tarde o temprano” que, a fuerza de dejar el tiempo al tiempo, define una política fuera del tiempo, parece por lo menos imprudente a la luz del siglo y de sus ensayos (España, Chile, Indonesia, Portugal). Ignora sobre todo el círculo vicioso del fetichismo y de

la cosificación, las condiciones de reproducción de la dominación.

COROLARIO 5.5: EL ANTAGONISMO NO SE DISUELVE EN LA HEGEMONÍA. La teoría de la hegemonía según Ernesto Laclau y Chantal Mouffe reposa sobre una noción de universalidad a la vez necesaria e imposible. Esta universalidad deja siempre un resto irreducible de particularidad. No existe sino encarnada y subvertida por lo particular. Recíprocamente, la particularidad no accede a la política sino produciendo efectos universalizantes. Siendo imposible una coincidencia perfecta de lo universal y de lo particular, la relación hegemonía implica la producción de significantes tendencialmente vacíos que, aún manteniendo la inconmensurabilidad entre lo universal y lo particular, permiten al segundo representar al primero.

La hegemonía según Laclau aparece entonces como el terreno sobre el que se desarrollan relaciones de representación constitutivas del orden social, *“la representación de lo irrepresentable”* es la condición misma de la emancipación. La hegemonía requiere la generalización de las condiciones de representación. Ella implica también la no-transparencia del representante por el representado, *“la irreducible autonomía del significativo con respecto al significado”*.¹⁷ Bajo el manto de la teoría

de la representación se esconde, en realidad, una apología de la delegación. La representación, por medio de una fuerza social particular y de una totalidad imposible conduce, en efecto, a privilegiar la lucha política por la democracia sin adjetivos, desligada de la cuestión social y reducida a un consenso negociado: *“La única sociedad democrática es la que evidencia permanentemente la contingencia de sus propios fundamentos y mantiene la distinción entre el momento ético y el orden normativo.”*

COROLARIO 5.6: LA LUCHA POLÍTICA NO SE DISUELVE EN LA LÓGICA DEL MOVIMIENTO SOCIAL. Entre la lucha social y la lucha política, no hay ni muralla de China ni compartimientos estancos. La política surge y se inventa dentro de lo social, en las resistencias a la opresión, en el enunciado de nuevos derechos que transforman a las víctimas en sujetos activos. Sin embargo, la existencia de un Estado como institución separada, a la vez encarnación ilusoria del interés general y garante de un espacio público irreducible al apetito privado, estructura un campo político específico, una relación de fuerzas particular, un lenguaje propio del conflicto, donde los antagonismos sociales se manifiestan en un juego de desplazamientos y de condensaciones, de oposiciones y de alianzas. En consecuencia, la

lucha de clases se expresa allí de manera mediada bajo la forma de la lucha política entre partidos.

¿Todo es política? Sin duda, pero en cierta medida y hasta un cierto punto. En “última instancia”, si se quiere, y de diversas maneras. Entre partidos y movimientos sociales, más que una simple división del trabajo, opera una dialéctica, una reciprocidad, una complementariedad. La subordinación de los movimientos sociales a los partidos significaría una estatización de lo social.

Inversamente, la política al servicio de lo social llevaría rápidamente al *lobbying* corporativo, a la sumatoria de intereses particulares sin voluntad general. Ya que la dialéctica de la emancipación no es un río largo y tranquilo: las aspiraciones y las expectativas populares son diversas y contradictorias, a menudo divididas entre la exigencia de libertad y la demanda de seguridad. La función específica de la política consiste precisamente en articularlas y conjugarlas.

ESCOLIO 5.6. Comentando la desaparición de disyuntivas elecciones políticas auténticas y el hecho de que la confusión de las alternativas de clase se traduce, en los países anglosajones, en la tendencia a la elaboración de plataformas arco-iris, concebidas como *collages* incoherentes de *slogans* que buscan captar a todos a la vez y cuyas prioridades

son obtenidas de las encuestas de opinión. Zygmunt Bauman se interroga acerca de las capacidades de los movimientos sociales para aportar una respuesta a la crisis de las políticas. Subraya la manera en que éstas sufren los efectos de la posmodernidad: una vida acotada, una débil continuidad, agregados temporarios de individuos reunidos por la contingencia de una dificultad única y dispersados nuevamente apenas se soluciona el litigio. No es culpa de los programas y de los líderes, precisa Bauman: esta inconstancia e intermitencia reflejan más bien el carácter ni acumulativo ni integrador de los sufrimientos y de las penurias en estos tiempos disonantes. Estos movimientos tienen entonces una pobre capacidad para exigir grandes transformaciones en grandes cuestiones. Son pobres sustitutos de sus predecesores. Esta fragmentación impotente es el fiel reflejo (el fenómeno isomorfo) de la pérdida de soberanía del Estado reducido a una comisaría de la policía de seguridad en medio del *laissez-faire* mercadista.¹⁸

Zizek ve en la dispersión de los nuevos movimientos sociales la proliferación de nuevas subjetividades sobre el trasfondo de la renuncia, consecuencia de las derrotas del siglo. Este retorno a los Estados, a los estatutos y a los cuerpos sería la consecuencia lógica de la destotalización y del oscurecimiento de la

conciencia de clase. Mediante el rechazo a la política responde a la limitación política de lo social llevada a cabo por las “filosofías políticas” de la última década. Ahora bien, el gesto mismo que pretende trazar el límite entre política y no-política, para sustraer ciertos dominios (comenzando por la economía) a la política es “el gesto político por excelencia”.¹⁹

Para Laclau, la emancipación estará indefinidamente contaminada por el poder, de modo que la completa realización significaría la extinción total de la libertad. La crisis de la izquierda sería el resultado de un doble derrumbe de las representaciones del futuro, bajo la forma de la quiebra del comunismo burocrático y de la bancarrota del reformismo keynesiano. Si un renacimiento eventual implica la “*reconstrucción de un imaginario social nuevo*”, la fórmula permanece muy vaga ya que Laclau no encara ninguna alternativa radical. En la controversia que los opone, Žizek insiste, frente a la nueva domesticidad del centro-izquierda, en “*conservar abierto el espacio utópico de alternativa global, aún si este espacio debe quedar vacío mientras espera su contenido*”. En efecto, la izquierda debe elegir entre la resignación y el rechazo del chantaje liberal según el cual toda perspectiva de cambio radical debería conducir a un nuevo desastre totalitario.

El mismo Laclau no renuncia al horizonte de unificación. Ve, al contrario, en la dispersión radical de los movimientos, que vuelve impensable su articulación, el fracaso mismo de la posmodernidad. ¿Movimientos acéfalos, reticulares, rizomáticos, obligados por las derrotas a quedar acorralados en una interiorización subalterna del discurso dominante? Pero también redespliegue del movimiento social en los diferentes ámbitos de la reproducción social, multiplicación de espacios de resistencia, afirmación de su autonomía relativa y de su temporalidad propia. Todo esto no es negativo si se va más allá de la simple fragmentación y se piensa en la articulación. Si no es así, no hay otra salida más que el *lobbying* disperso (imagen misma de lo subalterno como efecto de la dominación sobre los dominados – cf. Kouvelakis) o la unificación autoritaria por medio de la palabra del amo, ya se trate de una vanguardia científica, que reduciría la universalización política a la universalización científica (un nuevo avatar del “socialismo científico”) o de una vanguardia ética que la reduciría a la universalidad del imperativo categórico. Sin llegar a conseguir sin embargo, tanto en un caso como en el otro, a pensar el proceso de universalización concreta por medio de la extensión del dominio de la lucha y por su unificación política. No hay otra salida en

esta perspectiva sino volver a partir del tema universalizante, el capital mismo, y de los múltiples efectos de dominación producidos por la cosificación mercadista.

Notas

¹ Véase Alex Callinicos, "Imperialism Today", en *Marxism and the New Imperialism*, Bookmarks, Londres 1994.

² Véase Gilbert Achcar, *La Nouvelle guerre froide*, PUF, collection Actuel Marx, París 1999.

³ Véase Ernest Mandel, *The Meaning of the Second World War*, Verso, Londres 1986. Versión en castellano *El significado de la Segunda Guerra Mundial*, Ed. Fontamara, México 1991. (N. del T.)

⁴ Véase Garonne, *Les révolutionnaires du XI-Xe siècle*, Champ Libre, París.

⁵ Lucien Sève, *Commencer par les fins*, La Dispute, París 1999.

⁶ Roger Martelli, *Le communisme autrement*, Syllepse, París 1998.

⁷ Eric Hobsbawm, *L'Age des extremes*, Editions Complexe-Le Monde Diplomatique, París 1999.

⁸ Ibid., pág. 103.

⁹ Véanse las contribuciones de Catherine Samary, Michel Lequenne, Antoine Antous en *Critique communiste*, nº 157, invierno 2000.

¹⁰ Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales en el Estado Capitalista*, Siglo XXI, México 1969 y *Las clases sociales en el capitalismo actual*, Siglo XXI, Madrid 1977; Baudelot y Establet, *La Petite-bourgeoisie en France*, Máspero, París 1970. Véase también la colección de revistas *Critique de l'économie politique*, *Critique communiste*, *Cahiers de la Taupe*.

¹¹ Stéphane Beaud y Michel Pialoux, *Retour sur la condition ouvrière*, Fayard, París 1999.

¹² *Daily Telegraph*, 22 de febrero de 2000.

¹³ Reencontrado recientemente en Hungría, el texto de Lukács ha sido publicado en inglés bajo el título *Tailism and Dialectic*, seguido de un epílogo de Slavo Zizek, Verso 2000.

¹⁴ Pierre Zarka, *Un communisme à usage immédiat*, Plon, París 1999.

¹⁵ Lucien Sève, *Commencer par les fins*, op. cit.

¹⁶ Rober Martelli, *Le comunismo autrement*, op.cit.

¹⁷ Laclau, op.cit, pág. 66.

¹⁸ "Carta de Zigmunt Bauman a Dennis Smith", en Dennis Smith, *Zygmunt Bauman, Prophet of Post-modernity*, Polity Press, Cambridge 1999.

¹⁹ Zizek, op.cit., pág. 95.

Imperialismos e imperio

(Reseña de Michael Hardt y Antonio Negri: *Empire*,
Cambridge, Harvard University Press, 2000)

Aviones comerciales secuestrados que se estrellan contra los símbolos del poder financiero y militar norteamericano. Una cruzada occidental y cristiana contra una *jihad* musulmana. Hechos –¿simulacros montados por la CNN?– en su perfecta irracionalidad inmediata.

Los epistemólogos anglosajones bautizaron ampulosamente como “teorema de la indecibilidad de Duhem-Quine” la idea, bastante simple, de que los hechos no alcanzan para decidir racionalmente entre dos teorías en pugna. Pero, si convenimos en que hay teorías que se las arreglan mejor que otras con ciertos hechos, podemos preguntarnos qué teoría acerca de la realidad política mundial rinde cuenta mejor de acontecimientos inéditos como estos que vivimos. ¿Alguna teoría del imperialismo? ¿o una nueva teoría, digamos, del imperio? Toni Negri y Michael Hardt propusieron hace un año una posible respuesta a esta pre-

gunta en su *Empire*.¹ Revisaremos críticamente aquí algunos de sus argumentos centrales.

La tesis clave de Negri y Hardt consiste en afirmar que el imperio es la “nueva forma de soberanía” que corresponde al capitalismo globalizado contemporáneo. “El imperio es el sujeto político que regula efectivamente estos intercambios globales, el poder soberano que gobierna el mundo” (Prefacio, XI). Se trata de una nueva forma de soberanía que estaría reemplazando la declinante soberanía de los estados-nación y que, por consiguiente, no debe confundirse con la extensión imperialista de la soberanía de ninguno de los estados-nación existentes.

Aquí se encuentra ya una primera virtud de *Empire*. Negri y Hardt prefieren dirigir su mirada hacia las realidades nuevas que se esconden detrás de nociones tales como las de “globalización” y “nuevo orden mundial”, incluso cuando apenas se

esbocen como tendencias, en vez de soslayarlas como realidades viejas con un nuevo nombre.² Se diferencian así de quienes “son renuentes a reconocer un cambio mayor en las relaciones de poder globales porque ven que los estados-nación capitalistas dominantes continuaron ejerciendo la dominación imperialista sobre las otras naciones y regiones del globo. Desde esta perspectiva, las tendencias contemporáneas hacia el Imperio no representarían un fenómeno fundamentalmente nuevo sino simplemente un perfeccionamiento del imperialismo. Sin subestimar estas líneas de continuidad reales e importantes, sin embargo, pensamos que es importante advertir que lo que usualmente era el conflicto o la competencia entre varios poderes imperialistas fue reemplazado en aspectos importantes por la idea de un poder único que los sobredetermina a todos, los estructura de una manera unitaria y los trata bajo una noción común de derecho que es decididamente post-colonial y post-imperialista” (2.1, 9). Pero esta opción también los sitúa, inevitablemente, ante un desafío intelectual inmenso y cargado de riesgos. Se enfrentan así a las tareas de definir las características de esta nueva forma de soberanía imperial, de explicar el pasaje entre la soberanía de los estados-nación, con su extensión imperialista, y la soberanía del imperio, y de delinear una nue-

va política dentro de y contra el imperio.

Comencemos atendiendo a la génesis o, como preferiría Negri, a la genealogía del imperio. Negri y Hardt analizan los orígenes del imperio fundamentalmente en dos niveles: en el nivel de las formas de soberanía (“*passages of sovereignty*”) y en el de sus bases materiales (“*passages of production*”).

Un extraordinario recorrido a través de los avatares históricos del concepto de soberanía a lo largo de la modernidad europea sustenta la genealogía del imperio al nivel de las formas de soberanía. El recorrido se inicia con el descubrimiento de su carácter inmanente en los albores de la modernidad –momento que culmina hacia el siglo XVII en el pensamiento spinoziano–,³ pasa por su crisis y la reacción contra esa inmanencia en manos de la ilustración –Hegel incluido– y concluye en la resolución, siempre provisoria, de esa crisis en la instauración del estado-nación como *locus* trascendente de la soberanía. Las nociones de estado, nación, pueblo y representación son sometidas a una rigurosa crítica durante este recorrido.⁴ A propósito del momento más controvertible del mismo, la propia revolución francesa, por ejemplo, Negri y Hardt sentencian: “Nunca el concepto de nación fue más reaccionario que cuando se presentó a sí mismo como revolucionario” (2.2,

104). Y también someten a crítica la naturaleza, más ambigua, de dichas nociones en la periferia –no podía ser de otro modo, puesto que están discutiendo el imperialismo, pero conviene detenerse en este punto porque es particularmente relevante desde nuestra perspectiva. Escriben: “El concepto mismo de una soberanía nacional liberadora es ambiguo si no completamente contradictorio. Mientras este nacionalismo busca liberar a la multitud respecto de la dominación *extranjera*, erige estructuras de dominación *domésticas* que son igualmente severas” (2.3., 133). Y concluyen un poco más adelante: “La cadena lógica completa de la representación puede ser resumida como sigue: el pueblo representando a la multitud, la nación representando al pueblo, y el estado representando a la nación (...) Desde la India hasta Argelia y desde Cuba hasta Vietnam, *el estado es el legado envenenado de la liberación nacional*” (id., 134). La declinación de esta noción de soberanía, tanto en el centro como en la periferia, será indicativa a su vez del pasaje hacia la nueva forma de soberanía imperial.

Es interesante advertir, de paso, que el posmodernismo y el fundamentalismo son ambos presentados como síntomas de ese pasaje entre los ganadores y perdedores del proceso de globalización respectivamente. Acerca del llamado “funda-

mentalismo” escriben: “Es más correcto y más útil (...) entender los distintos fundamentalismos, no como la recreación de un mundo premoderno, sino más bien como un poderoso rechazo del tránsito histórico contemporáneo en curso. En este sentido, como las teorías posmodernistas y postcolonialistas, el fundamentalismo también es un síntoma del pasaje hacia el Imperio” (2.4., 146-7). Y en relación con el posmodernismo, en sintonía con Jameson, Harvey y otros, anotan que “a pesar de sus mejores intenciones, entonces, las políticas de la diferencia posmodernistas no sólo no son efectivas contra, sino que pueden incluso coincidir con y sustentar, las funciones y prácticas de la dominación imperial” (id., 142).

Pero Hardt y Negri deben también examinar los orígenes de esta nueva forma de soberanía imperial. Remiten entonces a la revolución norteamericana y al pensamiento constituyente que la acompaña, es decir, el asociado con *The Federalist*.⁵ Encuentran allí, en efecto, un proyecto de poder constituyente todavía no clausurado. Un proyecto que sigue suponiendo una concepción inmanente y expansiva, aunque inclusiva, de la soberanía, a diferencia de la concepción trascendental e imperialista que adoptaba por entonces el proyecto europeo. En la apertura de la frontera oeste norteamericana, en otras palabras, sitúan

el germen de un proyecto de república potencialmente universal, de una red de poderes y contrapoderes potencialmente carente de fronteras. Negri y Hardt siguen el despliegue de este proyecto de poder constituyente durante la historia norteamericana, de la declaración de independencia, la guerra civil y la reconstrucción, pasando por la disputa entre los proyectos imperialista de Roosevelt y reformista de Wilson durante el cambio de siglos, a su clausura durante el New Deal, la Segunda Guerra y la subsiguiente guerra fría. El fin de la era de posguerra daría lugar, en este sentido, a realización plena de aquel proyecto, pero bajo la forma de una soberanía imperial extendida a escala global.

Negri y Hardt examinan entonces las modificaciones en las relaciones sociales que sustentan este pasaje entre formas de soberanía. Su punto de partida es un rescate, ciertamente bastante ortodoxo, de las teorías clásicas del imperialismo vinculadas a los problemas de realización (Luxemburgo) y la exportación de capitales (Lenin) del capital monopolista. Especialmente significativa es, en este contexto, su lectura de la crítica de Lenin a la hipótesis del ultraimperialismo de Kautsky. Sostienen que Lenin compartía la existencia de la tendencia hacia el ultraimperialismo señalada por Kautsky –esto es, la concentración y la centralización del capital como

proceso acumulativo que conduce a la superación monopolista de la competencia y de la nivelación de tasas de ganancia– pero que objetaba, desde una apuesta política, que las contradicciones del imperialismo abortarían la realización de dicha tendencia. “Hay una alternativa implícita en la obra de Lenin: *o bien la revolución comunista mundial o bien el Imperio*” (3.1, 234). El imperio no puede entonces sino quedar definido como una suerte de realización ultraimperialista del imperialismo en nuevas condiciones históricas. La duradera deuda de Negri con (su propia interpretación de) el leninismo cierra de antemano, en este sentido, un camino alternativo para la interpretación de las transformaciones del capitalismo asociadas con la globalización.⁶ Un camino que consideramos mucho más provechoso y que comienza con una revisión crítica de aquellas hipótesis de las teorías clásicas del imperialismo.

Esas nuevas condiciones históricas que sustentarán la realización del imperio son, para Negri y Hardt, deudoras de la combinación entre reformismo e imperialismo gestada en el New Deal y extendida a escala mundial durante la posguerra. Es decir, el “orden disciplinario mundial” asociado con la producción en masa fordista y los estados keynesianos, que se expande mundialmente a través de los procesos de descolonización, de descentralización de la

producción, de la guerra fría y la americanización durante la posguerra. La instauración de un *disciplinary government* mundial durante la posguerra preludia una plena realización de la subsunción real del trabajo al capital generalizada a nivel del mercado mundial: la informatización de la producción, la plena socialización e intelectualización del trabajo y el subsiguiente pasaje del obrero masa fordista al obrero social posfordista, la disolución de la distinción entre trabajo productivo e improductivo y entre fábrica y sociedad, la economía postindustrial, en fin, organizada en redes de producción descentralizadas.⁷ Y es esta realización generalizada de la subsunción real la que requiere, a su vez, el pasaje desde esa soberanía imperialista sustentada en un paradigma disciplinario hacia una soberanía imperial sustentada en un nuevo paradigma de control.

En este punto de la argumentación acerca de la transición hacia el imperio se reproduce una tensión que, en nuestra opinión, mina en su conjunto el pensamiento de Negri. El Negri autonomista, por así decirlo, reafirma la naturaleza inerte del capital: “la historia de las formas capitalistas es siempre necesariamente una historia *reactiva*” (3.3, 268). La transición hacia el imperio es así resultado del “asalto al orden disciplinario” que cierra la era de posguerra a fines de los 60 y tanto en el centro

(el mayo francés) como en la periferia (Vietnam). “Uno puede incluso decir –sugieren– que la construcción del Imperio y sus redes globales es una *respuesta* a las varias luchas contra las máquinas de poder modernas, y específicamente a la lucha de clases llevada adelante por el deseo de liberación de la multitud” (1.3, 43). Pero a la vez un Negri regulacionista explica esa transición en términos decididamente estructural-funcionalistas: “el sistema entró en crisis y cayó a causa de su incapacidad estructural para ir más allá del modelo de la gobernabilidad disciplinaria, con respecto a la vez a su modo de producción, que era fordista y taylorista, y con respecto a su comando político, que era keynesiano-socialista y por ende simplemente modernizante internamente e imperialista externamente” (3.3, 277).

Es preciso detenernos en este punto. La declinación de la soberanía asociada con los estados-nación no puede implicar en su análisis una declinación de la soberanía en sí misma, es decir, de esa regulación política de la acumulación que habría alcanzado su cima en los estados imperialistas-keynesianos de posguerra, sino un desplazamiento de la soberanía hacia una instancia superior. Escriben entonces que “la fase contemporánea de hecho no se caracteriza adecuadamente por la victoria de las corporaciones capita-

listas sobre el estado. Aún cuando las corporaciones transnacionales y las redes globales de producción y circulación minaron los poderes de los estados nación, funciones del estado y elementos constitucionales fueron efectivamente desplazados a otros niveles y dominios” (3.5., 307). En otras palabras, una creciente imbricación entre estado y capital sería un proceso irreversible que conduciría necesariamente, una vez que la globalización del capital supera la capacidad de regulación de los estados-nación, a un desplazamiento de esa capacidad de regulación a una instancia supra-nacional.⁸ En este sentido afirman que “una teoría marxista del estado puede ser escrita sólo cuando todas esas barreras fijas (fronteras) son superadas y cuando el estado y el capital coinciden efectivamente. En otras palabras, la declinación de los estados nación es en un sentido profundo la realización plena de la relación entre el estado y el capital” (3.1, 236). Si la soberanía de los estados-nación declina, pues, tiene que estar aguardándolas una nueva forma de soberanía, un cuasi-estado, el imperio. “Hay ciertamente procesos de subsunción real sin mercado mundial, pero no puede haber un mercado mundial completamente realizado sin el proceso de subsunción real. En otras palabras, la realización del mercado mundial y la nivelación general o al menos el ma-

nejo de las tasas de ganancia a una escala mundial no pueden ser simplemente el resultado de factores financieros o monetarios, sino que deben suceder a través de una transformación de las relaciones sociales y productivas. La disciplina es el mecanismo central de esta transformación. Cuando una nueva realidad social se forma, integrando a la vez el desarrollo del capital y la proletarianización de la población en un proceso único, la forma política de comando debe en sí misma ser modificada y articulada de una manera y en una escala adecuada a este proceso, un cuasi-estado global del régimen disciplinario” (3.2, 255). La argumentación alrededor de la transición hacia el imperio queda así descuartizada entre esta necesidad funcional de una nueva forma de soberanía y aquel asalto de la multitud a la vieja soberanía de los estados-nación.⁹

Pero ¿en qué consiste esta nueva forma de soberanía del imperio? Muchas de las dificultades que enfrentan Negri y Hardt a la hora de definirla derivan, pensamos, de esa tensión que signa sus argumentos alrededor de la transición hacia la misma. El rasgo más distintivo de la nueva forma de soberanía radica en su doble carácter global, sin afuera, y a la vez descentrado, presente en todas partes, caracteres ambos incompatibles con la soberanía del estado-nación. El imperio se ve en-

frentado así a las diferencias, a las que incluye, afirma culturalmente y maneja y jerarquiza en una nueva modalidad de comando sobre microconflictos que se multiplican. Negri y Hardt asocian esta nueva modalidad de comando con un nuevo paradigma de poder, el “control”, generalización del paradigma previo, “disciplinario” (Foucault). Un nuevo paradigma de “biopoder” de naturaleza rizomática (Deleuze y Guattari), completamente inmanente a la sociedad y a la producción y reproducción de la vida misma, inscripto en los cuerpos y los cerebros de los ciudadanos, interiorizado a través de los medios de comunicación, las políticas de bienestar, etc. Negri y Hardt asocian asimismo esta nueva modalidad de comando a una nueva constitución que, retomando las formas polibianas, tiene su monarquía en EEUU y su monopolio de la coerción, su aristocracia en las corporaciones transnacionales, los estados-nación centrales y sus asociaciones, como el G7, con su manejo de instrumentos monetarios, y su democracia en los restantes estados-nación y ciertas grandes ONGs humanitarias. Pero, a diferencia de la polibiana, se trataría de una constitución híbrida (no mixta), dispuesta en funciones (no en cuerpos) y, por sobre todas las cosas, propia de aquella modalidad de comando como un control inmanente (y no como disciplina trascendente).

Un aspecto de esta constitución merece ser resaltado en la presente coyuntura: la función de EEUU y sus armas no se asimila a la de una potencia imperialista. EEUU opera como agente de esa “noción común de derecho” que mencionamos antes y que es específicamente imperial. El imperio está asociado entonces a la emergencia de un “derecho de intervención” –que en realidad es tanto “militar” (con EEUU y la OTAN como ejecutores) como “moral” (con las ONGs humanitarias)–, una suerte de “estado de emergencia y excepción permanente justificado por el llamado a valores esenciales de justicia” (1.1, 18). Este derecho de intervención se habría aplicado por primera vez en la operación “tormenta del desierto” y, naturalmente, es un postulante serio para explicar la operación “justicia infinita” de nuestros días.¹⁰ “La importancia de la guerra del golfo –escriben en este sentido– deriva del hecho de que presentó a los Estados Unidos como el único poder capaz de manejar la justicia internacional, no en función de sus propios motivos nacionales sino en nombre del derecho global” (2.5, 180).

Las consecuencias políticas que Negri y Hardt derivan de su análisis del imperio son en nuestra opinión, para finalizar, uno de los aspectos más importantes del texto. La política es la acción de la multitud “*en* el Imperio y *contra* el Imperio” (1.3,

61), en pocas palabras. “Nuestra tarea política no es simplemente resistir estos procesos sino reorganizarlos y dirigirlos hacia nuevos fines. Las fuerzas creativas de la multitud que sustentan el Imperio son también capaces de construir autónomamente un contra-Imperio” (Prefacio, XV). Es en este sentido que, ante el imperio, reclaman “deshacerse de toda nostalgia por las estructuras de poder que lo precedieron y rechazar toda estrategia política que implique un retorno a estos viejos órdenes, tales como intentar resucitar el estado nación para protegerse contra el capital global” (1.2, 43).

Toni Negri es uno de los intelectuales marxistas más lúcidos y creativos de nuestros días y, con su extraordinario esfuerzo por determinar las novedades políticas que caracterizan el capitalismo contemporáneo y a pesar de las críticas que el resultado de dicho esfuerzo merezca, *Empire* no hace sino confirmarlo. Pero Negri es también, desde hace años, un intelectual revolucionario empeñado en determinar siempre nuevas estrategias políticas anticapitalistas. “Hemos de aceptar este cambio y aprender a pensar globalmente y a actuar globalmente. La globalización debe ser enfrentada con una contra-globalización, el Imperio con un contra-Imperio” (Intermezzo, 207).

Alberto Bonnet

Notas

¹ Una versión en español de *Empire* ya circula en internet y seguramente pronto va a ser publicado en nuestra lengua. Las citas que incluyo a continuación remiten a la edición original mencionada, con el capítulo y página correspondientes; las traducciones son mías y las itálicas de los autores en todos los casos.

² La objeción de que estas nuevas realidades analizadas por Negri y Hardt son simplemente tendencias nos parece poco relevante, habida cuenta de ellos las asumen como tales. Marx ofrece extraordinarios ejemplos de estos análisis tendenciales como, por ejemplo, los del proceso de socialización del trabajo de los *Grundrisse* que justamente retoma Negri (*Marx beyond Marx. Lessons on the Grundrisse*, New York, Autonomedia, 1991; su publicación en español fue anunciada por Akal Ediciones).

³ Las concepciones spinozianas de la inmanencia de la soberanía –como opuesta a su trascendencia en el estado– y de la multitud –como multiplicidad opuesta a identidad del pueblo– vuelven a desempeñar aquí un papel clave (puede ampliarse en *La anomalía salvaje*, Barcelona, Anthropos, 1993).

⁴ Para profundizar en esta crítica, uno de los aportes más valiosos de Negri, puede consultarse *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Madrid, Libertarias-/Prodhufi, 1994.

⁵ Remitimos nuevamente a *El poder constituyente*, ed.cit., en particular los capítulos 3 y 4.

⁶ El principal texto de Negri sobre Lenin (*La fabbrica della strategia. 33 lezioni su Lenin*, Padua, Cleup, 1976) no se encuentra disponible, pero véase M. Hardt: “La constitución de la ontología: Negri entre los filósofos”, en *Anthropos* 144, Madrid, 1993.

⁷ Esta problemática centrada en el pasaje de la subsunción formal a la subsunción real es ampliamente tratada por Negri en varios escritos; uno de los más abarcativos es *Fin de siglo*, Barcelona, Paidós, 1992.

⁸ “En la fase contemporánea de la lucha de

clases, el estado capitalista muestra un nivel de integración estructural de la sociedad civil que se aproxima a los límites extremos previsibles. El estado capitalista comienza a ser definido *realmente* como un 'capitalista colectivo ideal', escribía Negri, parafraseando a Engels, ya a mediados de los 70 ("Comunist state theory", en A. Negri y M. Hardt: *Labor of Dyonisus. A critique of the state-form*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996). Disentimos de esta tesis: la separación entre lo político y lo económico, constitutiva del capitalismo, no es simplemente un aspecto de la forma liberal de estado ya superado sino un momento propio de toda forma de estado capitalista.

⁹ John Holloway muestra concluyentemente, a nuestro entender, que esta tensión entre una explicación sustentada en la lucha de clases y otra dependiente de las necesidades funcionales inherentes a esos paradigmas de soberanía remite, en última instancia, a la concepción no-dialéctica de la relación entre trabajo y capital como una relación de exterioridad propia de Negri (véase *Change the world without taking power*, capítulo 9, de próxima aparición).

¹⁰ Véase también en este sentido, desde una perspectiva de análisis muy diferente de la seguida por Negri, la noción de "guerra ética" desarrollada por D. Bensaid (*Contes et légendes de la guerre éthique*, Paris, Textuel, 1999).

Viento del Sur

Revista de ideas, historia y política

Cuadernos del Sur

Editorial:

Juan Berterreche

Alberto Bonnet

El día en que el sólido imperio se
desvaneció en el aire.

¿Réquiem para el sueño
americano?

Elecciones 2001: nadie vota a
nadie

Protesta social: viejas y nuevas formas de lucha

Nicolás Iñigo Carrera /María Celia Cotarelo

Adrián Piva

Eduardo Lucita

Rolando Astarita

Clase obrera y formas de lucha
en la Argentina actual

La década "perdida. Tendencias
de la conflictividad obrera frente
a la ofensiva del capital (1989/
2001)

Cortando rutas, abriendo nuevos
senderos. Desocupados,
ocupados, "piqueteros": viejas
y nuevas formas de lucha

Un análisis crítico sobre la tesis
de las ondas largas.

Controversias sobre el "Imperio"

Antonio Negri

Eduardo Bensaïd

Imperio: el nuevo lugar de
nuestras conquistas

Teorema de la resistencia a los
tiempos que corren

Artista plástico invitado: Antonio Berni (1905/1981)